



Luz Machado

ANTOLOGÍA PERSONAL

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Luz Machado Poeta, ensayista y crítica literaria, nació en Ciudad Bolívar en 1916. Miembro fundadora del grupo literario Contrapunto, también se destacó en el activismo político y el campo diplomático. Fue galardonada con el Premio Municipal de Poesía 1946 y el Premio Nacional de Literatura 1986. Cabe destacar entre sus obras: *Variaciones en tono de amor* (1941), *Vaso de resplandor* (1946), *La espiga amarga* (1950), *La casa por dentro* (1946-1965) (1965) y *La ciudad instantánea* (1969), entre otras. Falleció en Caracas en 1999.

« *La evolución del mundo*, Braulio Salazar.
Mural, 1964.



163

Antología personal

POESÍA DE LUZ MACHADO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Antología personal

LUZ MACHADO



Nota editorial

Al fulgor de su propia existencia y al carácter ominoso que pueda sugerir una época, la aparición de una vida y una obra puede pasar ignoradas, y quizás, en la mayoría de los casos, (in)justamente olvidadas. Sin embargo, hay una fe latente e intemporal en la palabra, específicamente en la poesía. En el caso de Luz Machado su espesor biográfico también contiene la fe de la militancia activa que abogaba por los derechos de la mujer vinculados a la ciudadanía. Si nos referimos a su dimensión como escritora diremos que fue autora de más de quince poemarios, de una dilatada obra ensayística y periodística, así como fundadora de publicaciones periódicas e impulsora de movimientos literarios. En este último caso, no hay que soslayar al grupo Contrapunto, en Venezuela, y Fuego de Poesía, en Chile.

Los integrantes del grupo Contrapunto tenían una misión estética y renovadora desde una evocación por lo nacional. Esto quiere decir que a esta idealización se tenían que sortear otros problemas: más allá de lo estético se aglutinaba una serie de inconvenientes que limitaban el papel de la mujer dentro de la sociedad. Un ejemplo evidente era la lucha por el voto femenino para la elección popular. Luz Machado, a la par de su escritura y sus primeros libros —elogiados con mucho acierto por Vicente Gerbasi—, también confrontó la antipatía contra la militancia femenina y lo que esta representaba. En su caso, abogó desde lo político por un movimiento que reclamaba estos espacios de equidad. Ya desde muy joven fue electa secretaria del Movimiento Feminista de la Feder-

ación de Estudiantes de Venezuela, integrante de la Unión Femenina de Lara y de la Asociación Cultural Femenina, fundadora y primera vocal de la Asociación de Escritores de Venezuela, entre otras actividades ligadas a la militancia.

¿En qué grado pudieron estas acciones afectar su poesía? Un lector atento se sorprenderá al detectar en su escritura un acercamiento, un saber mirar detenidamente sobre las cosas más elementales; tanto así que podría, en ocasiones, aproximarse a una oración que recuerde a los espacios íntimos y sagrados, algo cercano a un ritual. Quizás el fin último de su poética sea iluminar sobre los objetos más comunes y ver cómo estos son despejados de su vulgar uso y costumbre. La poesía de Luz Machado nos recuerda el valor y la arbitrariedad del signo lingüístico, la palabra refractando sobre lo inanimado. En fin, una materialidad poética que trasciende lo telúrico.

Para la realización de la presente edición hemos utilizado la antología publicada por Monte Ávila Editores en 1980, en la colección Altazor. Se han corregido las erratas advertidas y actualizado algunos usos a las normas ortográficas vigentes de la RAE.

LOS EDITORES

Ronda

(1941)

Pupilas inmóviles

Las tres ventanas de la sala
tienen
los postigos abiertos:
ojos vacíos tras de los que miramos
a pesar de su tiesa armazón de pestañas.

Por unos miro
un cuadrante de fronda que moviliza el viento,
hojas brillantes,
como llenas de aceite,
y un ángulo de cielo todo azul.

En la otra ventana
las pupilas son del color del tiempo,
casi siempre azules y vacías,
o fingiéndoles “niñas” de azabache
el vuelo en espiral de algún zamuro.

En la tercera son del color gris
por la pared de enfrente
que con otra ventana siempre ciega,
corta de un tajo su ansia de ver lejos.

A veces a esta mía
la he oído dialogando con la otra

que siempre está cerrada.
Le habla de todo
lo que pasa en la sala donde vivo,
de cómo abro sus hojas
porfiando con el viento que las cierra,
de la gente que pasa a media noche
del cine, o de una cita,
de los que van a misa,
del auto bullanguero
y de ese polvo que la cubre toda
por estar siempre quieta. . .

Por eso, ella,
cuando la de mi casa es la que duerme
en un impulso de coquetería
—o curiosa tal vez—
levanta un párpado,
(la hoja siempre gris de su postigo)
y el viento que ha tiempo ansiaba entrar por esa cuenca,
se venga con la injuria
de ensuciarle la cara
con todas las basuras de la calle!

Oh, las ventanas!,
los tres trozos perennes que poseo
del gran rompecabezas
que a cada rato estoy reconstruyendo:
el lienzo en que figuran
esquinas de la Plaza y de la Iglesia,
la gruta de la Virgen

y una avenida larga,
como la espera que en las tardes tejo
cuando, siendo ya el Ángelus, no llegas. . .

Oh, los postigos!,
pupilas de las casas, tras de las que miramos
a pesar de su tiesa herrazón de pestañas!

Variaciones en tono de amor

(1943)

IX

Me quedé entre la lluvia y tu ausencia
pensándote.

La lluvia suena sobre el piso
monótonamente.

A ratos una ráfaga sacude el cuerpo cristalino
y hay un espasmo húmedo.
Y luego, lentamente, vuelve la nota única
a caer sobre el mundo pequeño del patio apenumbado.

Estará cayendo sobre las espigas y las flores del campo
lo mismo que ahora
aquí
sobre los cristales de esta puerta cerrada.
Este grueso vidrio blanco resiste
y con algún rayo de luz se enriquece.

Las gotas entonces son monedas de oro
rodando.

Pero las azucenas y las margaritas! . .
Qué curva húmeda, olorosa y dolida
estarán describiendo sus tallos
bajo los dedos rígidos del agua! . .

Si pudiéramos!

Iríamos juntos al campo
donde estaban erguidas
y con nuestras manos alzaríamos las corolas.

Serían rostros con lágrimas,
mirándonos. . .

Vaso de resplandor

(1943-1945)

(PREMIO MUNICIPAL DE POESÍA 1946)

Diálogo con el hijo al regreso

Aquí estoy. No llores más.
No vuelvo a querer nada, nada.
Nada más que lo que quieras tú.
Yo te haré un cuento hermoso.
Aquí tienes otro cordero preso
y este nuevo paisaje de escombros en tus manos.
Los dos son tristes. Pero, no importa.
Juega con ellos, hijo.

Ya puedes quitarle corazón y vellones.
Hiere entre las orejas el recuerdo
de la campanilla del alba.
Ya verás cómo apagó sus flautas el balido
y cómo el hocico áspero y triste
no busca el hontanar de tu clemencia.

Quiebra las patas que conocieron
la fuga de la estrella
sobre el lomo ágil del agua.

Haz polvo el hueso frágil
en donde la yerba escondiera sus más leves
canciones.

Aprieta el cuello entre una cinta
fuertemente,
hasta el salto del ojo entre las cuencas.
Rasga la piel, estírala.
Tendrá un color de luna degollada
en la bandeja oscura de la noche.
Yo reiré con risa de Salomé
transfigurada ante el Bautista nuevo
de tu sangre y mi muerte.

Ya está. No llores más.

Vas a templar el grito entre mis venas
y será mía tu inconsciencia,
aunque después lloremos juntos sobre mi corazón
un mismo río doloroso.

Toma este barco de papel.
Échalo en el pozo del patio.
¿Naufraga?...
No importa.
Aquí tienes mis manos de Dios que oye y responde
y crea, a tu capricho, ciudadelas de azúcar,
con un puente de fábula para el río de tu sueño
y un corcel que conoce la ruta
del castillo en que habita
un pez de sangre y nácar prisionero en un foso.

Toda una galería de luz y suavidades
—vaso de mi quebranto—
recorrerás conmigo.

Tú, con ojos abiertos que no conocen nada,
Yo, con ojos cerrados que lo conocen todo:

grandes retratos quietos frente a los ventanales,
polvo leve apagando antiguos candelabros...
Una alimaña escarba entre el silencio y huye
por el cristal ya roto que aún resiste en el marco.

Afuera un viento claro suelta un collar de nubes.
En el umbral de hierro mi voz será tu llave.
Cuando quieras volverte, otro camino intacto
recogerá tus pasos sobre mis propias huellas.

Yo te haré un paraíso sin ángeles airados
con espadas de llamas y sentencias mortales.
Porque vas de mi mano y esto que pudo ser
látigo, clavo, cruz, llama, tormento, lágrima,
es tan sólo un camino que perdí en otro tiempo:
dogal de tierra y llanto para mi cuello inerme!...

Hora de espejo

Este mirarme siempre el propio abismo
ha invertido el mirar y es sólo adentro
donde tiene mi esencia estas pupilas
que vigilan lo efímero y lo eterno.

¿Quién me dejó el Amor y su cadáver
a la orilla del ser?... ¿Quién dio las sierpes
de Medusa a mi voz y en mis umbrales
grabó el escudo, roto, de Minerva?..

.

¿Quién pudo ser?... ¿Acaso soy del caos
rebelde átomo errante, sin pareja,
que sufre de los otros igual suerte,

castigada a llegar al fin del día
con esta sed y el mismo oscuro hastío
de sentirme con vida ante la Muerte?...

Jaculatoria en el estío

La tarde espiga luces bajo el cielo de junio.
Es de cristal el aire en los montes azules.
Dentro del mundo, todo se quebraría al tocarlo,
como fruta de vidrio en instante maduro.

La sangre se hace leve como un plumaje al aire.
Bajo la piel de ámbar la ven mis ojos libre
y ágil, como un arroyo de cauces imprevistos,
trémula, hacia los puntos cardinales marchando.

Al norte, entre las sienes de ceras extasiadas,
crece la ardida hoguera desde el sur de mi paso.
A oeste de mi diestra, limpios metales forja
mi corazón, herrero de occidentales fraguas.

Recogen alma y cuerpo -que ayer me doblegaron—
sus anclas de carcoma al flanco peregrino.
Tarde limpia de junio, pórtico de la luz,
toma mi sombra ¡y sálvame!...

Biografía del lirio

Forjó el silencio en tí su arquitectura.
En tí la soledad alzó su almena.
Guante de aroma que la brisa estrena.
Sueño con breve dimensión de altura.

Heraldo de la fuente y su frescura.
Sepulcro del rocío y la falena.
Minutero del sol que el aire ordena
hacia el umbral del fuego y su aventura.

En tí levanta el mármol su desvelo
y el palomar arremolina el vuelo
y hace la nube su estación más bella.

Narciso te dejó su huella viva
y la refleja intacta, cielo arriba,
el espejo remoto de la estrella.

Tú, conmigo...

I

Ante la desnudez de mi tormento
-nardo y acero de apagado grito-
arde la roja lámpara del rito
de tu clavado amor, a mi lamento.

Y pasan vida y sol y juramento
y el tiempo labra rosas de infinito.
Y acero y nardo y lámpara son mito
de antigua realidad y fiel momento.

Clamoroso tributo, cae tu llanto,
como si fuera desgarrado manto
de los hombros de un ángel perseguido,

que a la hora de oír mis padeceres,
soltara su lebril de amaneceres
tras el rumbo final de un ciervo herido.

II

Campana de alta torre estremecida
contra el blando arrecife de los vientos.
Mástil de nervio y sangre y pensamiento.
Ardorosa verdad no desmentida.

Jacinto de la luz. Simiente henchida
a la hora fatal del elemento.
Frontera de dulzura en el intento
de combatir la muerte presentida.

Clara aldea de paz. Llama y ceniza.
Escudo de laurel. Ala que triza
vasos de miel en vuelos aturridos.

Árbol que hirió la tempestad nocturna.
Tallo para una rosa taciturna
que Dios sepulta en mi terrón herido.

Apunte de medianoche

La noche es un molino que pasa agua de luna
moliendo sordamente la espiga del lucero.
La voz se me hace entonces harina de dulzura
contenida en el vaso cristalino del sueño.

En la hornacina breve de mi pecho,
desnuda reposa tu cabeza, como un dios sin deseos.
La brisa se descalza sobre el monte y se fuga.
Aullidos de la sombra la siguen desde lejos.

Las copas de los árboles son ciudades en ruina
y la luna es metálica nocturna golondrina
que abre y cierra postigos entre la oscuridad.

Dos péndulos sangrientos nuestros dos corazones.
La muerte los acecha. La vida los expone.
Dios cuenta los minutos desde la eternidad...

Confidencias

(Fragmentos)

I

Anoche te entregué mi sentimiento
como si fuera un medallón antiguo,
dado a tu mano en hora de agonía.

Tenlo en la vida junto al corazón.
Será un navío pequeño sobre el mar,
pulso del sueño sobre tus arterias.

III

Breve columna he hallado entre las ruinas
y al aire la levanto como espiga
que castigara el sol a eterna sombra

por pedirle su luz de alta manera,
empinada en el gozo de los musgos
y con fe en su babel de oro y harina.

Aquí la tienes ya. Tallo sin hoja.
Caído fruto al pie del árbol mismo
sin carteles de limo ni gusanos.

Aquí la tienes ya, sobre el naufragio,
como un delgado capitán de azúcar
sobre un puente de sal y agua y espuma.

Aquí la tienes trémula y pendiente
de la huella que atisba sobre el mar
antes de conocerse sumergida.

Recuerda con memoria de naufragio
la ola con el pez buscando el aire
y la vid del coral en el abismo,

como si alguna vez hubiera sido
habitante de simas con cadáveres
que se volvieron minerales y algas.

V

Sostenla ahora. Ya. Tu mano sea
cálido pedestal de mármol nómade.
Base ni friso cortan pie ni sienes.

Rota en su desnudez atormentada,
la luz del sol le hiera el hondo hueso
y el aire cobra su perfil de ausencia.

Guarda su esplendidez de joya antigua
entre savias y flores y racimos.
Libra del vidrio y su amenaza el gesto.

Fija su pie de lluvia detenida
en la perdida huella que no calza
otro paso que el tuyo. Y será entera.

(Por el ojo y el pie fijos estamos,
después de la matriz y sus espasmos,
en la historia del mundo, doblegados).

La espiga amarga

(1950)

Poema en el umbral

Comparezco ante la tempestad
con un espejo de rosas en las manos.

Para qué huir si el relámpago es cielo fugitivo
y en el trueno cabalga un arcángel herido?

Comparezco ante la tempestad con los ojos abiertos
y recibo en la lluvia el mensaje del génesis.

El mar bajo mis pies salva azules panteras.
La espuma en mis rodillas salva serpientes de oro.
El aire contra el pecho salva fantasmas bellos
y sofoca doncellas y liras en la noche.

Alto es el muro, alto. El mar sube y me habla.
Y en mis manos esconde sus estrellas salobres.

—En dónde están los hombres y el amor entre ellos?

Alto es el muro, alto. La soledad responde.

—Prestadme de la infancia su abanico de yerba.

El muro es alto, alto. Las nubes lo conquistan.

—Quién esconde los pueblos de la luz en el cinto?

El muro crece y crece y apenas miro el aire.

La soledad es una aldea con campanas
y esta noche agonizan las estatuas.

Quiebra, alma mía, tu espejo de rosas con mis manos.
La muerte hizo una máscara azul con la tormenta.

Embriaguez de la muerte

Quiero una casa de piedra junto al mar.

Quiero saber que detrás de cada cosa
estarías esperando mi pecho para caer,
como un oleaje.

Que echarías tu cabeza de diamante imprevisto
en el agua madura de mis hombros,
buscando, como un pez ávido de soledad,
un par de lunas de limo detenido
en las que un bosque antiguo recogiera sus iniciales savias.

Yo calzaría el crepúsculo entero entre mis dedos
probándome su herencia de anillos,
esperando que creciera en mi cara el polen de la eternidad.

Y tu dirías:

soplo el tiempo y descubro la llama
que habrá de cortar por siempre
esta piedra frutal de tu ceniza
mordida entre los dientes fríos de la muerte.

Y yo sentiría crecer todas las magnolias del mundo bajo el mar.

Eras un marino ciego contando barcos
por el recuerdo de las constelaciones en el puerto.

Y encendías con pequeñas cartas tu pipa azul

lamida con lenta lengua insomne.
Abrías en tus rodillas un álbum temporal de estampas sueltas
y clavabas con embriagados dedos las palabras
y sus mariposas secas en el resplandor del vuelo.
Sucias arañas nocturnas
derramaban las fechas de tus vinos más lentos
y en la piel te crecía una yerba de cántico enraizada en los huesos
cuando me recordabas.

Entonces yo tenía la edad de las campanas,
pero no conocía el verde campanario del mar

Ahora recibo la convulsa marejada
y una voz nunca oída levanta, fecundando, árboles de adentro.
Y un cinturón de islas me descubre fronteras
y arden bajo las sienes vastos campos de frío.

Tú, con ojos agrarios, vivos ahora y ciertos
frente a los míos de uva, de retama y de estío,
me sacudes, me llamas, breve fuego perdido,
y me ofreces tu red de peces aturdidos.

Y vigilo esa hora de légameos nocturnos
para que permanezca intacta,
porque sólo en la noche el sueño me recibe
con el dedo de Dios sobre la boca,
y el sigilo me unta sus bálsamos oscuros
y paso por el tiempo como una bestia pura.

Esa casa en el mar tendría izadas las banderas más claras del día

y jugaríamos a un viaje por todos los países
recreando sus colores en nuestra latitud.
En el aire leeríamos el diario de los pájaros
y ya podríamos hallar la luz en la pupila ciega de las frutas.

Cuando la tempestad abriera su abanico de inmensas plumas negras,
y una lengua de azufre buscara el pubis roto de los ángeles muertos,
nuestros pies estarían juntos y quietos, abandonados,
sobre el ramaje violento de la oscuridad,
pero entre nuestras manos Abel encontraría sus ramos de diamante.

Cuando la lluvia derramara su selva de abedules
y erigiera campanarios de frío llamando los broncees
enterrados en el fondo del océano;
cuando el agua soplara sobre el rostro de la tierra
las praderas del polvo entre la savia,
-como tú la eternidad sobre mi cara-
yo sé que nuestros cabellos tañerían sus liras de betún pudoroso
convocando ternuras,
como sirenas viejas buscando una ostra azul.
Cuando las estrellas descubrieran sus rodillas
y la luna copiara la playa en miniatura
y cayera de bruces en el pulso del mar
con su reloj de agujas de amaranto,
recorreríamos lentas avenidas como un par de criaturas
de pronto detenidas en el resplandor del cántico
y su íntima y solitaria iglesia iluminada.

Quiero una casa de piedra junto al mar.
Tendrá que ser de piedra porque hay sal en la ola

y en el alga la orilla exprime ácidos zumos.
Y habremos de estar juntos, como dos piedras juntas,
veraces en el polvo,
sustentando los nombres del amor en el tiempo;
tan claros ya los huesos que erigirán ventanas minerales;
ebrios en la dulzura violeta del racimo,
con la sangre alentando fábulas de palomas,
con la antigua certeza de una estatua sin rostro rescatada del mar.

La muerte es una casa de piedra junto al mar.

Elegía por el alma de las palabras

Dónde está y qué señal la hace conocida.
Si sólo encuentro de ella recados en el vino
apuntes en el llanto, huellas en las campanas,
grabados en el árbol, alfabeto en el aire,
y en las sienes siento clavados sus ojos fríos
como un par de golondrinas muertas en un friso.

Si apenas queda el cuerpo, las letras solamente,
húmedas en amor, violadas en amigo,
inútiles en paz; mutiladas, en fe.
Si desborda en las manos.
un soterrado fuego como vuelo siniestro.

Ah, su piel de marisma embriagadora y ávida,
su memoria transida de aroma y podredumbre,
su harina compañera, su ronda azul de bosque,
su temblor de ala abierta diciendo adiós y vente.

Ah, las palabras nuevas, símbolos del comienzo,
prólogo de los hombres ante las piedras mudas,
asombro de los labios por donde se escapaban
con esa gracia turbia del hijo que se pare.

Ah, las palabras limpias como las uvas verdes.
Las palabras redondas como horizonte y tierra.

Las palabras agudas, puñales de las voces,
las palabras quebradas como rayos celestes,
las palabras oscuras abriendo pensamientos
bajo el día de la frente.

Y esas de la penumbra: carta, desvelo, beso.
Y las claras, las frescas, las luminosas, ágiles:
lebreles, frutas, fuentes, cristales, días, ventanas.

Las cósmicas: sed, tiempo, libertad, luz, criatura.
Las leves de los aires, las raudas de los vuelos.
Las de la ira, sórdidas. Las del fracaso, acidas.
Las abiertas de ausencia: costa, puerta, fantasma.

Las rectas, como hombre. Las falsas: hombre-espejo.
Las fieles: hombres-hombres, y hombre-hijo, de sangre.
Y arriba, abajo, ser: escala de infinito,
tantálica raíz, vendimia prometeica.

En dónde está, hasta cuándo, alma suya y tan nuestra,
violento cielo, ávido corazón de la muerte,
cabellera maldita inasible y ardiente.

Somos aquí con ella. Somos aquí por ella,
en cada instante creando nuestro dios verdadero.
Yo doy esta campana del inefable llanto,
esta campana grávida del cobre de la estrella

para llamar sin tregua la rosa de los vientos,
para saber los nombres de la babel perdida,
para marcharnos juntos, para marchar por ella,
que acaso Dios la guarda bajo la sien como una
mariposa clavada, perseguida por todos,
arrojada del tiempo como de un paraíso,
por un ángel sonoro y su espada de cántico.

Y otro día...

Hay que dejar en las ciudades algo.
Para qué vamos hacia ellas si cuando nos marchamos
no sentimos en el pecho una pequeña piedra oscura, golpeándonos?
Nada es decir: yo conozco esas calles
y esos árboles limpios de la savia de un año.
He recogido la última soledad de la noche
antes de que la luz despierte sus praderas.
Sé por dónde han venido las bestias más pequeñas
a beber solitarias en el mediodía
y cómo sopla el viento las cortinas
cuando pasa la lluvia.
He visto hacia qué abismo dirigen las cascadas
sus pequeñas flotas de espuma;
bajo cuál puente oscuro se guarece la muerte;
hacia dónde vuelan las hojas de los libros rotos.

He oído los perros mordiendo mendrugos
debajo de las mesas solitarias
y sé a qué horas la constelación
abre su cintura de puertos resplandecientes
y cuenta la claridad con las estrellas que penden de su espada
mínima y sosegada.

Jardines, casas, campos y caminos
corren la misma suerte de los hombres.
El día, la tarde, la noche son tres flores distintas

con un aroma eterno y verdadero.
Toda esa ciudad yo la conozco, puedo decir.
Pero nada vale decirlo si no duele:
amor, palabra, estatua, mujer, árbol, poema.

Porque hay que sabernos después esperando
entre carbón y sed
la isla sumergida.
Y que después lleguen tempestades y nos hallen
de pie en granos de arena contando nuestros dedos.

Y que después vengan a estrujarnos banderas podridas en los ojos
y nos nieguen decir las palabras sagradas.

Y que después vengan y nos corten los pies y nos cieguen y hieran
y en la frente nos claven máscaras de piel sucia.

Y que después, solos,
cuando recordemos que hemos estado en una ciudad
y hemos perdido en ella algo,
sintamos un molino de cien ruinas
moliéndonos el aire en las entrañas;
padezcamos un ramo de violetas
como un alumbramiento de cal viva y de espanto;
oigamos las sirenas de los barcos partiendo
y no podamos irnos ni en la luz de una lágrima.
Que después que hayamos estado en una ciudad
perdiendo algo no poseído nunca,
un arbol nos hiera con su puñal de pluma colorada
y nos parezca que sobre la cintura de las uvas más dulces
pasa un volcán calzando un par de botas negras.

Flores en la noche

Hay que enterrar vivas las flores.
Para esa que tiene seis pétalos tranquilos
en terciopelo de óvalos morados,
y para aquélla que recuerda lentas cabalgaduras
con penachos rojos,
y para ésta viva en mi memoria,
para cualquiera pediría lo mismo viéndolas tan distantes,
tan hermosas, tan fieles,
aun cuando hubiera de romper el gran mazo
del color de la noche cuando cae sobre el mar.

Les he tocado el corazón escueto,
he juntado sus pétalos nerviosos
con ese movimiento simple de las mujeres
queriendo cerrar las puertas
cuando saben que el amante las abandona;
pero ellas volvían a abrirse
en su dulce y pequeña tensión violada.

Del tallo vienen a mis manos tristes
y en su sitio de siempre
queda el gran mazo ausente, sin un grito.

Alguien pregunta
de qué color tendrán el corazón después del viaje
y antes de que lo digan,

ellas dan las iniciales del color de la noche
creciendo sobre el mar.

Hay que enterrar las flores, vivas.

Es preferible a verlas morir entre dos hojas,
perdidos ya el matiz y el suave aroma.
Es preferible a verlas marchitarse día a día
como el amor fugaz de dos criaturas,
perdiendo poco a poco y en la ausencia
el calor inicial y las palabras.
Es preferible a escribirles esas cartas
de agua reciente en los floreros,
rogándoles resistir un poco más que nuestra propia pena.

Mirad cómo se irguen -ángeles del color en el espasmo-
y cómo caen después, lacias y oscuras,
en el sopor definitivo, abandonadas.

Hay que enterrar las flores, vivas.

Guardar esa imagen purísima en su vitral de aroma,
quedarnos para siempre con su amago amoroso
de quien no se atreve a decirnos nada más conocido ya en nosotros.

Y al dejarlas, pensar de ellas
lo que piensan los hombres de las mujeres bellas,
amadas una vez en la nostalgia y olvidando su nombre al despedirse.
Hay que enterrarlas vivas o perderlas,
que es el modo mejor de hacerlas vivas.

Carta a la Poesía

II

“Aquí me tienes”. Así empiezo mis cartas.
Y aquí estoy recorriendo lentos arcos de frío.
El pórtico sostiene la melancolía
y en los huertos baldíos crecen arroz y sal.

Llego ciega, perdida, a un bosque abandonado
y una rama estival florece solitaria:
“Ay, me duele la piel del cántico,
la frente de la piedra, la pestaña del musgo.
Dadme un vino de rosas y un bálsamo de mirto.
Llevo una luna ardiente clavada entre los senos
y una palabra antigua me crece como yerba olorosa en la boca.
En los pulsos hay vivas mariposas clavadas
y el aire tiene un aire de ciervo prisionero.

Saltan mastines jóvenes y lagartos desnudos
despertando los ríos cerca de mis tobillos.
Los ojos de la fábula son mi sed detenida
y pudre su esmeralda el silencio en mi boca”.

Avanzo, avanzo entre cadáveres.
Las ciudades más antiguas me gritan sus historias.
los hombres más antiguos desenvuelven sus mapas,
y una ráfaga última siembra sal en mis huesos.

Qué claros pergaminos arden bajo las sienes!
Qué antigüedad más ávida erige lentos cirios!
Qué hontanar transitorio germina en la heredad!
Cómo esparce la herrumbre su enjambre soñoliento!

Olvido en el regreso los nombres aprendidos.
¿Dónde dejé mis manos y su lámpara, dónde?
Por los acantilados la tierra escupe limo
y es una flor de piedra el silencio del mar.

III

Yo te pediría, te pido que vengas como eterno amante,
ahora que me siento tan desnuda por dentro
como si no tuviera vísceras ni sangre,
como si fuera una piel de cordero embalsamada
con el puro recuerdo de las praderas;
yo te llamo, igual que un gajo salvado de la tormenta,
convocando la savia estremecida.

Tiempo de soledad, con sus palomas, guárdame.
Tiempo de soledad, con sus serpientes, vénceme.
Yo busco entre su pecho la sangre verdadera.

Pastorea la ternura que me falta,
apacienta los ramos de la gracia,
con el junco de luz de tu palabra
trueca en magnolias esta sal que canta;
con un soplo amoroso desbarata
el collar de ceniza en la garganta;
dame el vino- y la miel que hay en tu casa
para la espiga fría de la estatua.

Yo te entrego la flor viva del alma
por tu absoluta estampa.

Canto al Orinoco

(1953)

Fuente inicial

En el nombre de Dios declaro miedo
iniciando un poema, este poema,
en cuya letra viviré sin muerte
lo que con gracia está en mi entendimiento.
Declaro miedo y me persigno y tiemblo
como jamás tembló ninguna piedra,
como vacilación, frío ni fiebre
pudo sentir jamás el universo.

Cuando Dios dijo RÍO, sin un grito
la tierra abrió los dedos de su mano
que el primer día en la creación quedaron
juntos en un amor sin compromiso.
Y el agua derramó sus naipes limpios,
la frescura inicial toda en un ramo
y fue mirada larga entre los párpados
primerizos y oscuros de los riscos.

Y en un terrón cayó en el remolino
alguna brizna uncida a algún guijarro,
y mar y aire absortos contemplaron
pájaro y pez andar por sus caminos,
a la luz entregados de improviso,
bajo el verbo primero apenas creados,
reunidos por amor con bestia y árbol
en claro juramento sin anillos.

El tiempo así nació frente a sí mismo,
y el raudo pie del agua, adelantado
en su aventura primordial, el paso
hacia la eternidad dejó esculpido.

En la madre inicial, sobre sus flancos,
la criatura fugaz fue lo imprevisto,
fue la imagen del canto. Y fue el canto.
Y en el acecho azul de los abismos,
ciega en la sombra original del ímpetu,
vuelca su amor de largo fuego dulce
y vive y muere en sostenido espanto.

La ciudad y el río

I

Quedó como un verano detenido
entre el agua y la selva.
Y los hombres después le dieron nombre
y campanas y puertas.
No de la tempestad nació sumisa,
mas, tampoco violenta,
sino desnuda como diosa y grave
y con el Río a cuestas.

Allí está y detrás de ella los abuelos
—sombras, humus, esteros—
nutriendo manantiales y callados
bajo los mismos cielos,
los de las néveas barbas en cascadas
y en saltos, como helechos,
por infinita savia sostenidos
como sueños,
recreando sus criaturas fugitivas
en los montes enhiestos,
puros de soledad y defendidos
como inmortales muertos.

Nunca se conoció piel de hembra alguna
más armoniosa y fresca

que ésta del nacimiento de los signos
húmedos de la selva;
este ramaje undoso de vertientes,
esta verde cadera
poderosa, enigmática, profunda
como una ola quieta,
este vientre de luces conmovidas,
esta nerviosa greda,
esta redonda plenitud de rosa
sencillamente abierta,
esta furia de aroma y resplandores,
de gestación sin tregua,
duro pecho de amor y juramento,
ciudad mía
y de piedra.

II

Yo nací en ella. El sol cayó ese día
entre las sombras, preso
con sus raudas doncellas amarillas;
y mis padres oyeron
el conjuro de Acuario en el eclipse
y mi nombre creciendo.
En la fugacidad sombría y lenta
del cénit de febrero,
un salobre alarido cortó el vientre
sofocado del fuego,
como otra vez abriera la honda tierra
el hontanar naciendo.

Después fue un puro contemplar navíos
y aprender las estrellas
y descubrir corriendo el agua viva
entre las aguas muertas,
escuchando en el roce de los remos
y junto a las goletas,
esa palpitación de la corriente
transcurriendo y sujeta:
los pájaros sobre ella y hacia el mar
y con ella la piedra.

La lección inicial fue la hermosura
del verde libro inmenso,
todo cuanto es conciencia y es memoria
y no inmortal ni eterno.
Todo en el hombre intacto y renaciendo

fue igual a un hondo apremio
en mujeril salmodia repetido
junto con los abuelos,
llegado a mí en la flor de los sentidos
entre mi propio aliento,
polvo de siglos que pulió mi madre
castigando sus huesos,
materia uncida al tránsito del Río
sólo por ser la antigüedad naciendo

III

No puedo liberarme ni lo quiero:

fue tácita promesa

la de nacer a orillas de las aguas

con la palabra a cuestras,

pequeño río de amor, ingrato dueño,

horizonte y estrella.

No puedo liberarme. Ser más suya

es la constante espera;

estación a estación, ser todo el tiempo, no sólo primavera,

descubrirla después en el aroma

fatal de la floresta,

sin espasmo, sin grito, hasta sin júbilo

en la total entrega,

leve, profunda, revelada, oculta,

poseída y ajena

como el oro en la roca, libre y suyo

en la escondida veta,

como la cicatriz de los relámpagos

desnuda en la tormenta,

hermosura total a la intemperie:

Ciudad

y Río a cuestras.

IV

Y tú me revelaste la mirada.

Eras frente a la ciudad un hombre silencioso y total y magnífico,
capaz de hacer saltar la cosecha futura

entre el aire afiebrado de verano y candelas.

De frutecer los líquenes en la humedad espesa

y dar lecho al tapir y alimento al venado,

endulzar la retama, esconder el barbasco,

quebrantar los anillos del manglar y la boa

sobre la simetría dorsal de la tortuga;

alzar del remolino un árbol instantáneo

para salvar del agua los pájaros caídos;

llevar hasta la orilla, sin muerte y sin espanto,

la viajera semilla carbón de las curiaras;

contener toda el agua del mar entre los brazos

para mirar sin lágrimas los ojos de la selva;

y con jaculatorias de rumor y de frío

-veste gris, tembloroso rosario de lagunas-

reducir mansamente la tribu del verano

con un salmo solar y un éxtasis de lluvia.

Un bostezo de garzas te aligeraba el sueño

y dibujos de juncos pretendían detenerte

y vértigos de esmalte descubrían mariposas

y nunca algún tatuaje fue más fugaz ni breve.

La playa crepitaba como un vasto incensario.

Su tensa piel dorada rodeaba la ciudad

y recibía el oleaje como el cielo las nubes

y era un hatajo ciego que no acababa de pasar.

Embalsamados en el resplandor los árboles

resistían el bochorno,
y el amuleto suyo -duro de calma y trópico-
se hacía añicos
sólo cuando el atardecer arriaba los colores.
Los niños te cercaban entonces con sus cantos.
Alguien soñaba apenas.
Y la vida a lo largo corría entre dos riberas:

Los barcos en el puerto,
la bandera en el mástil
y tú, pasando siempre.
Todo fue la mirada.

La pesca era un olor
creciendo entre las algas,
mas, la imagen del río
nacía de la atarraya.

Nunca otra gota dulce
hubo sobre mi cara
como aquellas del remo
soliviantando el agua.

De una orilla a la otra
-sol y viento a la espalda-
la ciudad sometida
comienza en las balandras.

Que es a orillas del Río
donde se queda el alma
aprendiendo la exacta
palabra. . .

V

Junto a ti los pescadores aprendieron las plurales instancias.

Y allí sobre ellos, juntas, las estrellas armaban

el respunte de fuego de las constelaciones.

Y tú contabas peces celestiales

vivos y quietos, íntegros en las redes nocturnas,

mientras el fondo tuyo hervía de animales

y era fugaz la vida, como ellos bajo el agua.

Cuando a solas quedaba con tu líquida imagen

¡qué desasosegado soñar, qué turbulencia

agitaba mis pulsos con acuosos martillos!

Eran flores de agua, eran soles de agua,

eran selvas de agua y playas minerales.

Una palabra entonces flotaba. Era un navío

dentro de un vaso de agua la noche de San Juan.

Al borde del abismo palpitante y fecundo

alguna voz nombraba claros duendes azules.

-Más lejos está el mar, decía... Yo despertaba

viendo pasar las garzas sobre el Río, hacia el mar.

El barinés es viento de presagio...

Sopla un aire pequeño.

Juguetea como una bestia nueva de oreja suave
y sonrosado hocico que husmeara presa y ofreciera gozo.
Forastero de amor, viene de lejos,
de más allá del otro río lejano,
de más allá donde las garzas son la pura lejanía,
de mucho más allá donde nacen los ríos de esta tierra.

Es el atardecer.

La caramera entrega su cúpula de selva y gira
entre los remolinos aturdida
y sigue y anda frente a la ciudad
y atravesando el arco del puente del crepúsculo
abandonada a la corriente flota, con una garza íngrima,
y el airecillo y su jauría de frescor sopla extasiado
y despierta el augurio entre los puertos.

El samán agita levemente el menudo ramaje y cae una flor seca.

El bambú se estremece y cruje en la intemperie
con un denso estertor de huesos verdes.

Toda la orilla del Río se conmueve pero nadie lo advierte:
el secreto lo tiene mi padre y los padres de mi pueblo
y una tarde lo entregan a los hijos sobre los malecones

con un gesto de icono,
mirando solamente el Río por el oeste:
“el barinés es viento de presagio”.

Y la niñez se hunde en los largos misterios de las aguas.

Vendrá como una vena henchida casi diciendo muerte.
Vendrá bello y creciendo como un incendio líquido.
Vendrá igual que una vid de uvas irresistibles,
arrastrado por ellas y su miel poderosa.

¿Quién podrá contener jamás el nacimiento
sin que un chorro de sangre moje las vestiduras?
¿Quién podrá resistirlo si desde las entrañas
emerge como un hijo después de la dulzura?
Nacerá, crecerá y seguirá su planta como una estrella errante
que saltando en la noche siempre cae en el mar.

Mi padre avizoraba la creciente:
el barinés es viento de presagio.
Y en las palabras yo sentía crecer el distante rumor,
la plenitud recóndita,
y aunque esa tarde el cielo fuera más que nunca
como una rosa de montaña abierta,
yo le miraba sordo, reticente,
como el marino viendo surgir la luna nueva
de espaldas en las rocas, sin escuchar el mar.

Después, en la ciudad febril y áspera,
la paz era la misma sentados a la mesa,

sumisa a las campanas llamadoras del sueño,
entre la lluvia abriendo su puerto de balandras,
bajo el sol, en la noche
y en esos mediodías desolados y acres
inmersa en una ola de aluminio y de zinc.

Nadie oye la creciente.
Su plenitud esponja el gran seno fluvial
lleno de la criatura convulsa y fugitiva,
enredada en las claras cabelleras de las corrientes.
Crece la pequeña onda en la gran onda,
-escoria ya el color de la brasa fluyente-.
Sobre sí misma salva el pánico y se entrega
perdida en el rumor acechante y voraz.

Saltan los peces vivos y el cardumen avienta
cicatrices nerviosas sobre la superficie.
La arena se desprende mordida en el oleaje
y en un redil de truenos braman las bestias líquidas.
Duende de lejanía, ebrio de selva y saltos,
las enlazas con ráfagas
y caen bajo el látigo de tus oros antiguos
rendidas y solemnes en el arpa violenta.

Sombra en el Zodíaco

En la ciudad antigua,
como si la cantárida del verano consumiera en febrero la fluvial here-
dad,
resuena el ala vítrea del cauce más delgado
hasta la fiebre azul de los cielos de agosto.

Mayo cimbra la savia.

Diciembre alza en las ramas su bandeja de niebla.

Enciende marzo el fuego floral de las acacias.

En mortal ceremonia
Noviembre sopla al rostro del hombre su ceniza.

Tiembla de furia abril con su espadín de lluvia.

Enero cumple el rito del alto plenilunio.

Junio le clava espuelas al ijar de la luz.

Julio recibe el riego de la herida celeste.

Y septiembre y octubre
rompen contra el chubasco sus mascarones de oro.

El viento estruja inmenso los dulces morichales
y crepita en las palmas un vasto escalofrío.

En la selva del trueno, erizado el plumaje lívido del azufre,
los rayos queman ávidos la piel del horizonte.

Mañana, tarde o noche, todo es sombra violenta.

Amalivac despierta a la hora del invierno
y Auyantepui recibe
las cenizas del Pájaro de los Siete Colores.

Creciente

Desde lejos, en los terrenos baldíos,
en la selva, en el llano, lamiéndole los ruedos a las montañas
con una lengua sorda y golosa y tremante.
Desde lejos, desde ahí donde la afluencia son las sienes desesperadas
que ya no pueden resistir más sueños.
Desde allí, desde lejos y desde más acá, aquí mismo
en las manos si la toco,
en los pies si la piso,
en el pecho si beso la sed,
en el vientre si añoro las espigas,
aquí, allá, siempre, irremediabilmente,
con minerales, con resinas, con la vida y la muerte,
devota, infatigable, armónica,
asida al claro signo de las lluvias,
repitiendo el lenguaje de las raíces más profundas,
emerge, crece, anda,
crece, arrastra, devora,
crece, ahoga, apareja,
crece, abierta, extendida,
adelantando y hacia adentro y hacia arriba crece,
sube, jadeando, temblando,
crece, crece, avanza y es furia y agonía
y es inmensa y se escapa de la mano del hombre.
Y con su voz de selva que no la escucha el agua,
con voz roja del hierro que no la escucha el agua,

con voz verde del viento que no la escucha el agua,
viene la voz del agua diciendo la belleza
y todo bajo ella poseído se borra
como un dibujo antiguo que devorara el tiempo.

Crepúsculo

Cuando el sol encierra sus caballos de oro,
las sienas celestes se cubren de vastas violetas,
de inmensos pensamientos floreciendo en la clara raíz del crepúsculo.
Entonces las mujeres sienten crecer bajo sus párpados
ardientes amatistas
y cerrarse sobre el vientre el anillo matriarcal de las constelaciones.
Son la ciudad tendida en su madurez,
descubriendo en las primeras sombras el pubis de arena
bajo el mugir lejano de los toros
que vendrán a escarbar los jagüeyes nocturnos,
buscando las salobres rosas de la aurora.
El río corre tranquilo entonces, en sosiego,
laso de eternidad, fuerte de paz y de misterio.
Corre su sangre dulce por la única vena de la soledad,
pero ella basta para contener la confianza estelar,
punzadora de luz y de altas lágrimas.
Nada conmueve el ámbito de la humedad. Ni límites ni voces.
La cabeza del hombre es otro caracol dormido
donde el gusano recrea su baba luminosa
y apenas vive en la palpación estable y cálida.
Nada padece nada.

El número y el nombre, fugitivos de azar, están rendidos.
Todas las noches Dios recuerda el caos y gime por el hombre
en cada estrella,
y las criaturas por nacer despiertan en el breve delirio,
y bajo el aire el río lame la ciudad. Y nace el canto.

Profundidad entre los árboles

Después de estos árboles y de esta tierra conocida
el agua ha de ser una ciudad encantada
con un pueblo de diamante y una costumbre limpia de profundidad,
con calles como alisios submarinos
y tránsito regido por estrellas de fósforo y lentos hipocampos.
Después de estos árboles conocidos y de esta tierra
con sus inmensas cestas de aroma abiertas para recoger primero
las primeras lluvias de abril,
ha de haber una ciudad tranquila donde los habitantes
tengan el color uniforme del abismo.
Habría que vencer la hojarasca, el rumor de los tallos
y las hojas moviéndose,
descubriendo los delgados muros multitudinarios
apretados en la defensa de su contextura,
guardando en sus arcones de fluviales maderas
la vida de la selva,
la íntima verdad una en su continente
y esparcida en pequeños retoños, en ramas, en bejucos,
en flor, en fruto, en cálices cerrados,
repartida en las mínimas unidades de la savia,
con su pueblo innumerable defendido por espinas y venenos
y plantas devoradoras y tremedal y simas.

Combaten aquí la luz y el animal sin tregua ni desmayo.
Un vaho de caliente humedad trenza el asalto

sobre los organismos peregrinos.

Aquí está el árbol del aceite, de liso tronco y nervadura honda,
por nombre y por resina
imaginado el éxtasis del bosque y su ternura.

Aquí está el caucho,
deudo de la esmeralda,
en donde el salto mineral clausura el ímpetu
y es leche apenas, vertical y lenta
en las manos del hombre.

Y el guayacán con una flor que aísla
su ronda de vigilia entre las hojas,
como si en el aroma descansara
algunas cuantas horas.

Y el pendare aguardando el hacha y la centella
para caer en trueno despacioso sobre la misma tierra,
con su temblor de torre construida
con viento y flor y sol y maravilla.

Y el algarrobo y su corola airada
quemando el viento
con sus ascuas.

Y el tamarindo dispendioso en sombras,
tenso de ácido y leños,
árbol de abuelos donde oyó mi infancia
crecer el mundo original del sueño.

Y el merey retorcido con un fruto
de violento color y mieles ásperas,
a orillas de riachuelos sustentando
su raleado esplendor, su jerarquía
persistente de amor en el verano,
cuando abre como un ala solitaria
de guacamayo implume,
sobre el nidal caliente de la arena
su esmaltado rumor en la sabana.

Y el moriche, guardián del agua fresca,
génesis ella misma de jagüeyes,
a lo largo, de pie, levanta un friso
de esplendorosos pavos reales verdes,
y esconde en soledades,
para la sed y el hambre y para el sueño,
el resplandor de un sorbo y el racimo,
la contenida red entre las hojas
donde la tempestad y el sol se acuestan.

Aquí está la sarrapia,
mujer de antiguo aroma derramado,
cubriendo en la hojarasca las serpientes.

Y el cubarro con un fruto sexual, nocturno y acre,
por espinas guardado
y en generosa altura sostenido.

Y el samán del inmenso tapiz ceremonioso
donde la muerte apenas toca las flores mínimas.

Aquí están, por mis manos tocados
y por el viento estremecidos,
descubriendo esqueletos vegetales,
los huesos de la tierra después de la canícula, antes del rayo,
primero que el gusano, cerca de las estrellas,
aquí arriba, al borde de las aguas, en ella reflejados,
queriendo penetrar hasta su lecho y contener la dádiva.
De algunos la raíz entra y se cubre
de conmovidos limos.

La vida entre ellos es regocijo húmedo,
gozo envolvente, genésica ternura permanente.
Las orillas descubren su encía blanda y negra
mordiéndose fugas, aprendiendo corrientes,
envejeciendo en humus.

Y el agua pasa y pasa sin herida, hiriendo,
socavando sin hierros, mordiéndose sin colmillos,
estrujando con lenta estrujadura
la piel de las orillas.

¡Ay, los ojos más ciegos de las plantas fluviales!
¡Ay, las manos más torpes de las viejas raíces!
¡Ay, el alma aterida por el turbión constante!

Más abajo, hasta adentro, hasta quién sabe dónde,
los árboles pretenden conocer hasta el fondo.
¿Quién intentó jamás poner pie en el abismo?
¿Quién llegó a conocerlo sin morir en el gozo?

El lecho de los ríos tiene sábanas negras,
tiene almohadas de frío, allí no duerme el hombre.

¡Cómo duele tocar la desnudez más íntima!
¡Qué profundas heridas nos da el deslumbramiento!

¿De qué son los ramajes, las flores bajo el agua?

Yo sólo sé que adentro todo es mortal blandura,
que es llaga la memoria
y escritura de lluvia todo amor sobre ella,
origen de los cantos, mas, no el canto.

Los dioses entre el agua juegan juegos extraños.
Unos se quedan fijos y otros van hacia el mar.
Vestidos con colores desvaídos y ciertos
de pronto nos despiertan entre la noche y velan
y preguntan por antiguos caminos
y rompen los capullos nocturnos del silencio y la paz.

Y escudriñan los rostros y giran como duendes
y los légamos dulces corren entre sus manos
y en transparencia gimen esclavos de respuestas
mientras los otros —¿cuáles?— con las aguas se van.

El gran Río convoca con sus arpas azules
las viñas que abre el limo, los parrales del hierro,
la piedra uncida al fondo como un hicaco negro
y tanto barco hundido y tanto hueso náufrago
sólo por ver la vida creciendo bajo el agua.

Que pasa el agua y repasa
con dulce mano su obra

y hacia un río con otro nombre
o hacia el mar manda su sombra;
que no regresa a montaña
ni a fuente más alta invoca,
aunque sal y azúcar libres
dan con ella iguales olas
y el origen las descubra
cuando las gusta la boca.
Que pasa el agua, hacia adentro
de sí misma. En ella, esposa
y madre y esclava amante
y principio y fin reposan.
No hay raíz sobre la tierra
que sus ojos no conozcan
ni ser del aire ni llama
que sus cristales escondan.
Sabiduría y secreto
hacen profunda la cópula
y la criatura conoce
la primera sangre sórdida
y para buscar la luz
va a la superficie inhóspita
y en descubriendo la huella,
la palpitación recóndita,
se hace piel y se hace entraña
la fugacidad devota.

Claro en la selva

Quedó la niebla atrás. Y la penumbra.
Aquí la soledad erige muros de vidrio triturándose,
crepitando en el incendio de su claridad destruida.
Su corazón sostiene un lirio de greda roja
y dos ventanas ebrias,
y por ellas
la selva es una inmensa mariposa de limo
con alas como anillos.
Reptiles y batracios repiten las líneas del vuelo en el pantano.
Cada rumbo seguido por los pájaros
alucina sus ojos con la fábula
y buscando el reflejo
uno sobre otro crecen en la promiscuidad del cieno.
Llevan la cuenta de las plumas caídas
en cada mordedura de la brisa,
hasta que al fin la bestia más bella de la selva
—por ágil y sedienta—
en sus colmillos rinde la jornada libérrima.

Dulce venado de la piel otoñal y la cabeza en celo,
con un acorde de café en los ojos
y una fuga de flautas en la huida,
por cada uno de vosotros sometido
a orillas de la fuente
yo os doy el amor último,

que es la memoria entera del amor!

Atrás quedó la niebla.

El cielo aquí abre su sombrilla de encajes,
su gran hongo de sedas descarriadas
y siempre perseguida por los vientos más fieles.
Ya descubro el secreto de la selva:
los duendes del silencio gritan entre los robles,
frotan nuestras palabras contra los pedernales,
hacen saltar la admonición como lagartos negros,
arrastran lentas cadenas de alaridos,
llaman con voces íntimas
y en mitad del encuentro nos abandonan más ciegos y afiebrados;
alzan lámparas verdes como lenguas de jade
con una luz que arrastra los sentidos
y hace saltar el corazón del musgo.
Azotan la piel de las frutas,
hinchán los juncos, soplan los ramajes
y el recinto vegetal colman de moscardones,
de un coro oscuro, silbante, susurrante,
y en las ramas, posadas en una espera ávida
entre iguanas y ortigas sueñan las mariposas
y descubren los pájaros los duendes y su origen:

Adentro el campanero cuelga su canto blanco
en las móviles cimas
y el de siete colores desteje el arco iris por puntadas.
En un rito la sombra unta el breve plumaje del moriche
y el arrendajo y el turpial comparten la anochecida forma,

mas, bebiendo del sol, salvan el canto
y se doran los pechos y las alas.
La luz de los diamantes quiebra su varillaje de violento abanico
sobre los guacamayos.
Entre la randa verde, lirios de humo
corta volando el pájaro de plata.
En cada cardenal —brasa dispersa—
la garganta del fuego gime y canta
y el cristofué nacido de esmeralda
y en oro bautizado,
busca el anillo en que asentar su vuelo.

Aquí el color se desintegra y canta.
Labrado en aire
el vitral de los vuelos se destroza
en aleteo constante,
sin sacrificio ni pavor ni alarma.
Nada esclaviza el súbito archipiélago
cuya fugacidad salva el más bello
territorio mortal,
el contemplado en oros bajo el día,
el guarecido en hojas de azabache
cuando la luz recoge la arboleda,
el de la miel y el pétalo temblando
en el espacio ecuatorial del verde,
el del polvo y la hormiga con la muerte,
el del viento y la estrella con la vida.

Aquí el miedo suelta su ancla temblorosa
en la más firme tierra.

Y sus fríos apretados en piedras y en estratos
ganan un lento sol, limpian la herrumbre
de tanta sal original.

Y el hombre vencido en el amor,
quieto en el éxtasis,
es, él mismo, el nuevo árbol, la fuente próxima,
el incendio futuro,
tierra gestando el nuevo paraíso.

Queda la niebla atrás y los misterios
y los ramos de helecho vuelto polvo.
La flor de ávido cáliz bebiéndose la luz de los cocuyos,
el plenilunio tenso como un cuero de plata
y la noche llamando para un ensalmo negro,
los pálidos columpios del bejuco
donde la lluvia asienta su desvelo perenne,
los venenos del árbol y de los caracoles,
la muerte en el curare, el espasmo en la yupa,
la danza entre los mimbres, la cúpula de plumas,
el mapire con huesos limpios por los caribes,
el tatuaje de añil, de azafrán y de onoto,
ese inmenso tapiz de grito y reverencia
que es el hombre en la selva.

Esto es un claro en la montaña.

Y aquí duermen las víboras con los pericos
mientras el retoño alrededor despunta su cúpula gozosa.
Nada perturba el diálogo de los monos a distancia
al encender en mitad de nuestra ronda fatigada

la rosa de montaña de las fogatas.
Lentas pasan las horas, lentas.
Apenas en un vuelo se reconoce el tránsito.
Mana el tiempo su agua densa y oscura
y en mitad del jagüey los hombres escarban su soledad
como una mazorca de tremante poderío.

¿Quién busca el horizonte? ¿Cómo eludir la impavidez del árbol
si hasta los ojos son dos hojas verdes
donde el gusano de la luz devora
la imagen de la tierra?

Vamos hacia el conocimiento.
Nos acompañan los amuletos de nuestras mujeres
y este vago recuerdo del primer hombre empujándonos hacia la tenta-
ción.

Anunciación

Y llegaron desnudos a las cerradas puertas de la tierra
y tocaron siete veces seguidas con un mazo de espigas maduras.
Y todos los animales pegaron las orejas del suelo estremecido
y escucharon a Dios en el primer día de la luz
iniciando la ceremonia del deslumbramiento.

Y tú, que resistías el tiempo como una hoja liviana de esmeraldas,
estuviste de pronto a la intemperie,
bajo los ojos de los hombres.

El reconocimiento

I

Me acerco a ti, vengo de la ciudad atormentada,
llena de ruido y voces,
donde los caminos tienen nombre
y toda flor ya ha olvidado su origen.

Me acerco a ti
buscando la verdad sobre la tierra
aquí donde es más solitaria y pura,
reclamando también su breve espejo y el sitio de su amor
y sus corolas pálidas alumbrando la noche.
El aire alrededor tiembla agitado en vasta onda,
repitiendo los ecos corporales,
multiplicando formas, avivando el color de los escudos,
despertando el esmalte del aroma
para azotar la fe con su delirio.

Me acerco a ti.

Quiero reconocer la fiebre
y su origen tranquilo hasta su nombre.
Porque ya sé cómo frente a la ciudad descubres el designio
y revelas el tiempo
y la fugaz entraña desprendida
y en cada humillación más alta y bella.

Pero aquí en el comienzo,
igual que una manada de tigres o caballos
esperaba mirar tu nacimiento
saltando en la embestida original, fecunda,
sacudiendo las crines fugitivas,
liberándose al sol desde la tierra,
en salto de rumor marcando el ímpetu
y en la primera brisa conocida
gestando la frescura
y su criatura leve y sometida.

Vengo de la ciudad.
Me acerco a ti en el reconocimiento.
Dame tu elemental noticia. Que no podría arrancarla,
ni siquiera tocarla en el hallazgo;
pero sé de su gracia desvelada y lejana
y es ya no resistir el nacimiento.

II

Emerge desde el fondo la líquida semilla de tu fuente inicial,
mas, no está la raíz, no se la advierte.
Y revolver el fondo para hallarla
es doblarse en el furtivo tacto,
ser prisionero de la argolla solícita, de la lenta atadura fidelísima.
No se mira el espasmo de la tierra,
ese crepuscular engendro que colma las rodillas
con su vaho de luces sollozantes.
La madre aquí concibe sin gemido
y da a luz sin espanto.
El coro de mujeres de la savia te rodea
suelta la cabellera, henchido el seno,
y te amamanta endurecido de humedad,
levantisco en la virginidad nunca rendida,
seguro de cumplir sobre la tierra
esa misión de soledad y augurio
creciendo diferente de la primera estrella
íngnima y sorprendente,
apenas sostenida por el resplandor de la tarde
y en ella ardiendo
como una gota de un cristal helado
en el vaso celeste.
Llegada soy en ti, mortal, comienzo
que en la tribulación halla alimento
y en la vigilia tregua.
Dame tú la verdad, que todos hablan de ella
como si fuera suya y solamente,
como si de niñez la conocieran
o más atrás aún la hubieran engendrado,

y doncella después sin castillo ni rey, llave o conciencia,
su corazón de mítica amapola
en la mano mortal morada hubiera.

Quiero ya poseerte sabiendo que he encontrado
al fin la certidumbre de tu fuente,
mas, no el secreto que la erige y salva,
que de saberlo
no vendría sedienta,
y si el entendimiento recordara,
olvidaría,
sólo por ser la antigüedad naciendo.

Me acerco a ti. Debajo de mis ojos
aún erguidos en la acrimonia del conocimiento
palpita la inefable affluencia,
la elástica pelambre cristalina
desollada de azar sobre la tierra,
la transparente y temblorosa gémula
del árbol fugitivo que no cesa
en el fluvial sumiso mandamiento.

Me recreo
en la clara maravilla de tu germinación.
Absorta en ella,
pueden girar los dioses subterráneos
con sus velos de aroma en el desvelo;
pueden llegar y alzar su red de tentación y éxtasis,
convocarme a la siesta de la miel y a la vendimia de los resplandores,
derramar sobre mi cabeza

el erecto licor de las montañas,
endurecerte a ti, oh gracia huyente,
y oscurecer tu líquido ramaje
sólo para tocar la memoria y su herida.
Mas, no podrían ahora
ni el helecho crujiente del incendio
ni su nieve iracunda
ni la lujuria de sus viñas fúlgidas
ni la prisión del viento en sus briseras
donde la luz es agua en el espacio,
es el río en el ámbito sumiso
y el hombre el ara de su propio rito,
separarme de ti,
de esta certeza de transcurrir sin envejecimiento
por la sabiduría ya ganada.

Invocación

Guardo tu imagen pura, la que no es descubierta.
Guardo tu verbo intacto, verbo desposeído
Guardo el misterio vivo que puede ser riachuelo,
hontanar borboteante, sólo humedad y augurio.
Guardo el signo debajo de la tierra más tierra
—carta sellada, íntima, antes de la agonía—.
Guardo el secreto hondo, tan hondo que no es mío
sino del sitio exacto de todo nacimiento.
Guardo el presagio apenas y ya es guardarlo todo,
dulce infinita gémula, alimento del sueño.
Ya no hay un velo suelto encima de la yerba
para ir tras del pie que no ataron sus giros.
No queda huella alguna para seguir buscando.
No queda signo, indicio, invitación, espera.
Es como si tragáramos de un golpe la esperanza.
Como si descubriéramos por qué la bestia es triste.
Como si de torrente el fuego señalara
la forma de entenderle la palabra huidiza.
Como si despertáramos conociendo la fecha
de morir sin la gracia del gozo, que es morir.
Como si el aire hendiera los pájaros en vuelo
y los astros quemaran el polen en la noche
y se volvieran árboles adentro de la tierra
la dura salamandra del metal y el diamante.
Es conocerlo todo de una vez, ser exhausto

y no morir del todo en el conocimiento.
Ay, violento Orinoco antiguo y en misterio,
así conmigo siempre, más allá, acompañándome,
despertándome siempre, calentando los huesos
con lumbre de leyenda, temblor de maravilla,
resistiendo conmigo, antiguo, resistiendo,
fecundo en la remota verdad, luz y comienzo,
sin palabras, sin signos, antiguo, resistiendo,
acompañame siempre Río-Dios-Orinoco.

La sola heredad

Ante la Poesía comparezco
vencida en el amor de su experiencia,
desvelada en su íntima memoria
y con la entraña al sol, ya descubierta.

Que ya en cielo ni tierra hallo secretos
para que la palabra me florezca
y sea río fecundo y redivivo
en cada soledad y a cada espera.

Aliénteme el deseo de hermosura
y, volviendo a la tierra, de mí crezca.. ..!

Sonetos nobles y sentimentales

(1956)

Soneto frívolo

Vengo de atar la liga a mi rodilla
y el mínimo alfiler a la cintura,
y de reconocer en mi estatura
el instante del mar sobre la orilla.

Vengo de la pulsera y la sombrilla,
del encaje y su íntima escultura,
con un trébol de aroma y de aventura
bajo el tacón de cada zapatilla.

A la luz del espejo cubro formas
y a la luz de la lámpara hallo normas
para esta oscuridad de estar despierta,

viendo caer a diario la hermosura
y al pensamiento erguirse en la amargura
de resistir dudando y no estar muerta.

Adolescente

Tan de corcel rebelde tu garganta.
Tan de águila esculpida tu cabeza.
Tan de varón y de ángeles la expresa
luz peregrina de tu joven planta.

Tan de torete arisco que se espanta
esa nariz de rápida belleza.
Tan de certera duda, tan cereza
esa boca de sed, de amor, de infanta.

La piel desnuda la osamenta nueva
y un inverso raudal sube y eleva
de tu pie hasta la sien un claro abismo.

La primavera en él crea tu pelo
y hace una flor de oscuro terciopelo
con la noche y su frente de espejismo.

Primavera en el árbol

Este árbol que hasta ayer fue un árbol claro,
desnudo, abstracto, hondo hasta los cielos,
se convirtió de pronto en un revuelo
de sombra palpitante y verde amparo.

Cubrió la línea oscura sin reparo,
en el viento, en la lluvia, bajo el hielo.
Su plenitud fue un júbilo del suelo.
Su soledad, fecundo desamparo.

Se llenó de retoños en un día.
Como pezones bajo el sol salían
del harapo invernal, duros y ciertos.

La tierra en su ramaje abrió el sentido.
Y la materia vino del olvido
y en la luz se ocultó el espacio abierto.

El viento en el árbol

El viento viene y pasa y silba entre los árboles.
Pálido gira, arrastra, fluye como los ríos.
Hechicero de suaves manos reconocidas
llena la gran vasija verde de los ramajes

de una rebelde agua que no se ciñe a nada,
de un incoloro fuego fugaz y peregrino,
de una tierra en que nace la abeja del sonido
en el soplo del viento que pasa entre los árboles.

Bellota oscura y hoja se estremecen y brillan
ardidas en el raudo tizón del movimiento,
sin otra quemadura que el temblor, desnudándolas.

Detrás de mi ventana, como un jade sagrado,
se abre y quiebra y deslumbra la unidad de los ramos,
roto ya el maleficio violento de la tarde.

Árbol seco

Aire de sal, tormenta de ceniza
rodean tu soledad, ciñen la sombra
de cuanto fuera savia y fuera hoja
y flor y rama y árbol en la brisa.

Celeste podredumbre diluida
cubre de mengua y soledad la forma;
y en la fronda de ayer viva y redonda todo
tiene un color de despedida.

Y es esqueleto de la savia ahora,
ola sin mar, navío sin marinero,
coral de limo con el viento a cuestras,

arpa quemada en cánticos azules,
clarín de otoño, hueso de la nube,
nudo de sierpes rígidas, despiertas.

Invierno con sol entre los árboles

Cruje el árbol de hojas resacas y ceñidas
a los ramos resacos movidos por un viento
que no es viento de invierno, sino estertor y aliento
de una estación que niega sus formas conocidas.

Cruje el árbol. Su sola paleta estremecida
bajo el pincel del aire mezcla un color-lamento
donde se tuesta el oro en un ocre fermento
de sonido y temblor, en áspera medida.

Cruje el árbol delante de mi ventana abierta.
No se desprenden hojas. La mirada despierta
vigila el doble juego de resistir sin vida,

permaneciendo enteras mientras el viento vuelve
y acaricia y estrecha y sacude y envuelve
implacable y violento, las hojas sostenidas.

La cordillera

Almidón de celeste lencería
para su faralá de antigua hechura,
cosida a tierra y cielo sin costura,
como de encaje duro y lejanía.

Una alforza de niebla le extravía
la recia desnudez de la cintura.
Y la mano solar, su crispadura
quiebra con luz y en fuentes la vacía.

La tierra en ella se libera. Toca
su belfo de hipocampo la otra boca
de labio azul y aliento delirante.

Y erguida en su adustez serena y alta,
sólo el volcán sacude y sobresalta
su oscura ola inmensa que no cae.

Irreverencias a la virgen de mi cabecera

I

CONTEMPLACIÓN

Tu vientre es breve rosa de montaña,
tu rodilla es de uva, y el tobillo,
azoro de fluviales cervatillos
sumisos a dogmáticas hazañas.

Medias lunas de sombra tus pestañas.
Y tus ojos, tus senos, en sencillo
juego de redondez, abren su brillo
de leche y luz a costa de tu entraña.

Cántico y bosque, río y soledades
conformaron tus huesos. Para el alma,
vaso de resplandor te fue confiado.

Y ni espada ni cruz, clavo ni llama
sufridos en el Hijo te quebrantan:
Señora del Color Imaginado.

II

DESAFÍO

Hubo de ser así: Varón y UNO
para que tu belleza fuera eterna.
Eres, dentro del marco, la cisterna
donde el agua no copia rostro alguno.

Hubo de ser impar. Varón. Ninguno
vino a entablar el diálogo. Y consterna
a la fecundidad que se prosterna
en sucesivos diálogos, TU UNO.

Yo que te envidio la inmortal dulzura
permaneciendo entera en la amargura,
limpia en la podre, indiferente al rito,

te cambio poesía por milagro
si nombras, algún día, la que acaso
te escuchara al parir, su propio grito.

III
SÚPLICA

No puedes esperar que sea sumisa.
No puedes esperarme resignada
si desde que nací te miro anclada
en esa misma juventud precisa.

No puedes esperar que esta ceniza
con su aviso mortal, por mí sea amada,
cuando borra la forma apasionada
y sustituye cántico y sonrisa.

¡Toda la gracia te quedó a ti sola!
No hubo paraíso que tentara
tu corazón de mística amapola.

Dulce criatura de inmortal conjuro,
¿qué te puedo ofrecer que no entregara
por ser madre y mujer siempre en futuro!

Agridulce

Yo te vi brillar los ojos.
Yo te vi brillar los dientes.
Yo te vi brillar la punta
de la nariz y la frente.

Los ojos te vi brillando,
los labios húmedos, frescos,
todo tú, como en un junco
una estrella fija y verde.

Y yo me vi de ceniza.
Y yo me vi de miseria.
Casi fantasma de nada.

Todo el sol en ti brillaba.
Y yo me vi de ceniza,
fuego apagado de tu alma.

Soneto triste

Tanta lágrima, Dios, tanta amargura
por resistir y amar cuanto me has dado.
¿Por qué siento en el júbilo, pecado?
¿Por qué busco la luz, si me hace oscura?

Ya no distingo acíbar de dulzura.
Desbarato el amor, y anonadado,
entre clavos incrédulos, clavado
lo gozo en solitaria desventura.

Vivo la vida en claras agonías.
Vivo la muerte en áspera alegría
y siempre me hallo entera la conciencia.

Y ni quiero morir ni quiero vida,
y abrasada en la luz y oscurecida,
tiemblo de imaginarme en Tu presencia.

La casa por dentro

(1943 - 1965)

La casa por dentro

A la Poesía

La casa necesita mis dos manos.
Yo debo sostener su cal como mis huesos,
su sal como mis gozos,
su fábula en la noche
y el sol ardiendo en mitad de su cuerpo.
Deben dolerme las cortinas y sus gaviotas
muertas en el vuelo.
Conmoverme el jardín y su antifaz de flores dibujado,
el ladrillo inocente acusado
de no haber alcanzado los espejos,
y las puertas abiertas para las recién casadas
con su rumor de arroz creciendo bajo el velo.
Debo atender su réplica del universo,
la memoria del campo en los floreros,
la unánime vigilia de la mesa, la almohada
y su igualdad de pájaros dispersos,
la leche con el rostro del amanecer bajo la frente
con esa yerta soledad de una azucena
simplemente naciendo.
Debo quererla entera, salida de mis manos
con la gracia que vive de mi gracia muriendo.
Y no saber, no saber que hay un pueblo de trébol
con el mar a la puerta
y sin nombres
ni lámparas.

1948.

Álbum

A la derecha del espejo mi abuelo
el Capitán de Navío
desde tres muertes anteriores me acompaña.
De pie en el puente del barco, delante de la ciudad,
con el pecho igual a un breve valle
donde crece la hazaña con sus flores estáticas,
mirando está mis actos cotidianos, mis libros y mis sueños,
con unos ojos donde la vida permanece
en un instante que debió ser crepúsculo,
tregua de la contienda,
nostalgia de su aldea metida entre la selva
como un puñado de maíz reventando bajo el sol.

Si ellos no hubieran dicho alguna vez: “De ahí vienes”
señalándome un puerto detrás de mí en la noche,
yo negaría mis ojos por sus ojos azules
y no el navío,
ah, el navío de mi abuelo viajero
con él de capitán.

Bajo el perfil de la ceniza heroica
mi sombra mortal está a sus pies,
doblegada
por el inmenso ramo de los sueños.

Mas, junto a la infancia y sus óleos azules
nítida y siempre blanca,
el otro abuelo ciñe su luz agraria a la heredad.
Los ríos para él fueron renovados tapices
con el dibujo intacto
y en un caballo negro los cruzaba
y era como una noche breve
con un solo astro sobre el mar.
El nombre de su pueblo sonaba
a tempestad,
a eucaliptus frotando su pluma rumorosa
contra sombras y viento y humedad.
Y oírlo era estar a solas en algún bosque
como una bestia nueva bajo la luz solar.
Por su memoria ando entre fuertes raíces.
Era un abuelo firme como selva en agraz.

Las abuelas tuvieron nombres de lejanía,
de celestiales símbolos y de alta soledad.
En silencios redondos guardan sus claros signos
como fuego alentando la sien ecuatorial.

Yo salgo del incendio matriarcal y profundo
hacia la gran ceniza y su astro mortal.

Estampas de la adolescencia

I

Cuando mi padre me descubría ante los altos libros
decía:

“Hay que leer, mas, no ahora
cuando el sol todavía persigue los girasoles,
sino después,
cuando te dé su cita el mar en el zodiaco”.

Y tocaba con su índice de ternura mis tobillos.
El talón caía en su frutal sorpresa desprendido,
y sonreíamos los dos, yo, descubierta,
y él con sonrisa beata de pastor distraído.

II

Mi esposo dice por las noches:

“Es tarde. Todas las casas cerraron ya sus puertas
y apenas queda tu lámpara encendida. Duerme”.
Y cubre mis rodillas.

Miro aún el dintel debajo del que alumbra
una inmensa estrella la madrugada.

Y cuando quiero responder, su espalda
florece como un as de oro en mi costado.
Marco, con una cinta verde, la página del libro
y entre las hojas queda como un alga

entre el río y el mar.
Y cuando cierro los ojos
-como quien intenta cerrar
la cárcel derruida a un fugitivo-
siento caer mi piel como mi par de medias
guardando bajo un friso de gusanos de seda
mis rodillas, que fueron algún día
de Afrodita.
En el sueño descubro que los venados
tienen la pelambre del color de mis piernas.
Y me miro sentada al borde de los ríos
contando la leyenda de un libro bajo el agua.

1948

Demonios

La monja de traje blanco y negro, de toca blanca
y pecho de nívea paloma, con una custodia de plata
renaciendo en cada brillo cotidiano, arrastra sus faldones
de negro oloroso a estancia cerrada,
a baúl antiguo de la madre, a incienso y a flácidas azucenas muertas.

La monja se acerca desde el fondo de la casa inmensa hacia mí.

La sonrisa es para la criatura y en los ojos tiene un fulgor
clausurado por llaves celestes.

Yo estoy al extremo del gran corredor de columnas azules.
Y la enredadera como todos los días tropicales, susurra
entre el vuelo de los abejorros y esparce un perfume violento
de sus flores rojas, en mazos, abiertas.

El sol desde arriba tiembla su hilo de vidrio desesperado
sobre los ladrillos.

Por las ventanas entra una brisa fresca
enredada en incienso, traspasadora de encajes
y sedas y dorados,
sacudiendo las pequeñas llamas de las velaciones.

La monja se acerca de blanco y de negro.
Hacia mí se acerca. Se acerca y yo aprieto en el pecho

mi gran lazo rojo. Y tiemblo y escondo el pequeño infierno crujiente
y al gran pobre Diablo a quien nadie quiere.

1949.

El poema

Olvidando la casa apareció a mi lado.
De pie, con sus zapatos rotos y suavísimos,
con el rostro caído ante la luz y el color,
mirando fijamente las imágenes desde su melancolía,
la mano en la barbilla, silencioso,
y tranquila la espalda curvada de siglos jóvenes.
Al lado apareció, de traje claro,
y cabello como el de un adolescente vagabundo.
Una mirada de honda sabiduría soltó sobre mis hombros
como si colocara un par de alas
para un sueño y un viaje, reunidos
en el desconocimiento.

1958.

La fiebre

Como un crecimiento de lirios rojos aparece.
Avispas de caliente ponzoña zumban alrededor
en el dintel de la morada.
La madre limpia con un cuento la puerta de los sueños
y levanta una lámpara de rezos
y asperja en las almohadas
el más antiguo aroma solitario.

1948.

Servidumbre y descanso

La dueña dispone la materia doméstica,
cuenta el orden creciente de las frutas,
sobre la mesa riega los hongos azules de las tazas,
sus senos dorados de desprendimiento,
sus finos hemisferios untados de color
como la primavera,
los vidrios educados por los fuegos,
los monogramas del café y las cartas
pueriles de la leche,
la hojarasca metálica que agosta
el ánimo diverso en las legumbres,
los acuerdos comunes de la harina,
sol del aceite, lunas del vinagre,
gargantillas de azúcar al cuello de las frutas
y alfileres de sal
para el pecado capital de los aliños.

Después ella en su lecho entre sábanas queda
como un navío descubierto en la noche por la luz.
Permanece su lirio.
Suma los paraísos y se ve dividida
como una estrella rota.
En las almohadas deja lentamente sus ojos,
su frente, sus cabellos
y su aliento,

que en cada amanecer alza la sangre
como si levantara
una gran casa roja.

1960.

Miro la casa desde un retrato

Estoy en paz.
El polvo de la casa levanta sus praderas
sin color ni alarido
y en la noche desprende sus trigos desolados.
Estoy en paz, al fin,
y no hago nada.
Ni el vestido se arruga
ni el collar debo quitármelo
ni los zarcillos,
para dormir.
Soy feliz poseyendo este rostro en un cuello sin latido
y si la sangre existe,
por la casa debe andar regada, sin espanto.
El marco me defiende
y no me canso de mirar lo mismo.
Nadie sabe que por las noches
mueren envenenadas cerca de mis oídos las palabras
debajo de esta mesa.
Saben, sí,
que este es el único sitio del mundo
en donde ni remiendo ni lloro ni paseo la tarde ni envejezco.
Pero ignoran igualmente
que los colores borrados por la luz están dentro de mi cerebro,
debajo de mis cabellos,
dándome todos los paisajes antiguos como nuevos

y todo el mundo detenido en esta hora del retrato
como antiguo.

Mis amigas desde que me han visto aquí,
hablan a sus maridos del suicidio
para que les permitan vivir como a las convalecientes.
Pero sabed, dulces señoras mías,
que este retrato fue hecho fuera de la ciudad y sus ventanas.
Y es piedra de David.

1951.

Memoria

La mujer se curva en la pena como un marco palpitante
alrededor de un reflejo.

Sorda como piedra bajo el viento,
débil como árbol entre el viento y viva
y hermosa en la esperanza como árbol que no oye,
la mujer quebranta con lágrimas el rocío de los tréboles,
mientras el río pasa mojando los pies negados al gran
peregrinaje.

1948.

Elektrón

Del ámbar, de su roce amarillo,
rosa de junio ahogada en sol y estío,
del color del verano y de la miel
que puede desbaratarse en el aire más leve;
del ámbar, de su cuerpo nacido debajo de la tierra
como una raíz imposible,
frotada lámpara de Aladino que apagas las sombras
y satisfaces el espacio más rápido,
la más violenta conjugación de la materia,
la suprema solicitud de los fuegos en el mantenimiento,
de ahí naces.

Y eres imagen fija o movimiento,
velocidad en aire, mar o tierra,
conquista de otros mundos,
rienda y número, tú,
en la mano del hombre.

Larga historia la tuya surgida del fondo de los siglos.
Los hombres más antiguos te conocieron,
ganosos del secreto guardado celosamente por ti
en la estría zodiacal de tu forma.
Bajo el golpe del hacha primitiva,
de la piedra, del fuego, del cuchillo,
tu astro pequeño se deshojaba hasta volverse polvo.

Resistías así la fuerza indoblegada,
el vínculo legítimo en la entraña.
Mas, en el intento, alguno recordó el guijarro
arrastrado por las olas,
y juntando dos veces idénticos perfiles
hizo saltar la rápida energía, rayo de Zeus
que el Olimpo legó para el futuro.
Y se oyó el diálogo del hombre y del átomo:
Rosa de junio,
lengua fugaz que se repite en sílaba infinita,
corriente inapresable que fecundas
dos mundos diferentes.
Insuflas en el hierro amor multiplicado
y riegas en ondas sucesivas
tu voz que estalla en chispas furiosas hasta el trueno.
Por el aire y el agua, entre los elementos,
diligente, incorpórea, sin embargo, apareces
y usas en la casa tus sandalias fluidas.
Y de nuevo en un rauda nacimiento contrario,
hacia el sol del crepúsculo y el alba
abres un abanico de luz violenta y áspera,
y los polos se inundan de raudales esquivos
como si compartieras tu frente y tus cabellos
Y con el hombre puedes destruir el pan.
Y el hombre.

Has de negarte entonces a la gran reverencia.
Has de negarte.
Quédate así tranquila en el corazón de los metales
donde por ti la materia doméstica transforma

la última estación de su viaje.

Y cuando sientas el hastío total del universo,
recógete de nuevo en la lámpara de Aladino
como una tortuga sagrada
y espera a quien pueda convocarte para el desencantamiento
otra vez a la orilla del mar,
para el Amor.

1961

Evocación de las fuentes

A un ovillo redujeron el agua,
como si fuera hilo.

De su hornacina de raíz o piedra fue traída
en una procesión iluminada
que contrajo su cuerpo
indivisible.

Apenas se oye su quebranto resonar
oculto en reducciones
o filtrarse en jazmines de vapor
hasta alcanzar temblando la otra orilla del aire
y de la lluvia.

En grandes socavones, reposa, ya cambiada y distinta,
detenida,
cubierta con las oscuras joyas
de la podre
después de la primera alucinación
y el cautiverio.

Está olvidando el cuerpo
que compartió roces de piedra
y de hojas desprendidas.

Se le ha huido la gente,
sus más asiduos huéspedes:
las bestias, los mendigos,
el niño de los juegos vegetales,
la adolescente impúber

estremecida de aromas y contactos,
las mujeres, los hombres que repartieron
embriaguez y alborozos o fatigas,
todo reflejo
en fugaz transparencia generosa.
Y permanece sola, contemplado elemento
para útiles destinos destinada,
claro avasallamiento imperdonable.
Como si fuera hilo fue ovillada.
Mas, a pesar de todo, en la frescura
racionada, en la obediencia,
puede recordar el brillo de la estrella
que el amor contempló desde su margen
y esa fidelidad insobornable
de nacer en la tierra y desde el cielo
para juntar la flor, la fruta, el árbol,
a pesar de la piedra, del metal
y del conocimiento.

1963.

Cumpleaños del hijo

Pero ya no me duele nada.
Y aquel día a esta hora
como una rosa estrujada
de intenso crecimiento,
girando hasta fijar el rostro en tierra,
como bestia que siente llegando la tormenta,
segura de que ahí nace y ahí queda,
desde las nueve de ese día de junio
en las entrañas yo me dividía.
En alta cuerda al sol tendí las sábanas.
Mi espalda estaba en ella sostenida de fríos.
El cuerpo desceñido y transparente
igual que el manantial donde comienza el río
que en el fondo descubre
el rastro vegetal del nacimiento,
los brillos de la tierra sumergidos
y la palpitación de las especies.
Al sol tendí las sábanas
Y dije a la maestra:
enséñele a los niños que a veces hay días largos.

Oí la voz de Dios llamándome
para la noche matriarcal.
Y no podía recordar la dulzura.
En cambio, sí a mi madre. A la plaza del pueblo
y a mi pueblo.

Y crují en la intemperie del sentido
como un alga de huesos y canícula,
como ramo caído en el relámpago,
como un campanario en el incendio,
como casa de sol en la creciente,
como greda caliente expuesta a lluvia,
como una pluma de cristal eléctrico,
como cesta de mimbres en la que el mar naciera,
como un pájaro mínimo con Dios en la garganta,
como un poema corto con todo el amor dentro,
como una hebra de hilo
en la que un campo de algodón se abriera,
como un grano de anís alumbrando el rocío.

Y, pasmo de dolor, amor doblado,
fui solamente humanidad creciendo.

12-6-56.

La inminencia fecunda

Alrededor están aunque estés sola.
Como la espuma en torno de los barcos
y el brillo saturando las estrellas.
Los verás en el árbol como hojas,
en la arena como los caracoles
y las piedras,
implacables metales,
claros vidrios multiplicándote
el mundo
y a ti misma,
fronda vivaz creciendo como fuego,
ávido estuario, nebulosa gimiente,
agua y aceite vivos, miel y vinagre vivos,
néctar, rocío, rosa,
tuyos y de más nadie después de haber nacido.

1956.

La engrapadora

La pequeña máquina muerde las hojas
con un solo diente ancho.
Las junta hasta la altura de un pistilo
y atravesada como firma de neurótico
declara el matrimonio de la escritura y del papel.
Muerde como un pequeño animal sin ojos
ahí donde mis manos reúnen la extensión
que antes pasara por el fuego,
que antes viviera un ciclo vegetal,
un turbio cielo de podredumbre y asco.
Así conoce el árbol, la soledad del hierro,
esa quebrantadura de huesos metálicos
que primero tiembla la forma de la vértebra
y después las cose en la columna.
Inocente y pequeña, si no la impulso,
ociosa de fríos permanece,
como una sardina muerta.
Si la uso, un chasquido recuerda
los pájaros carpinteros del bosque
y las mandíbulas de los pequeños roedores
a orillas de los ríos, sobre las maderas caídas.

1959.

El lecho

No vale mar moviéndose ni cataclismo terrenal.
Rasante como un gesto de Dios permanece,
idéntico al cansancio y al sueño del hombre.

Por eso tiembla como pecho bajo el amor
y tiene el calor de la boca del hombre
y cabe en él la mujer como imagen sin límites
y suena como el viento si es el amor un vuelo,
y el tiempo en él amaina su tempestad antigua
si vida y muerte engendran sombra y luz sucesivas.

1957.

Año de estudios perdido

La niña viene triste, de violetas,
ausente entre bordados y jazmines,
con la cabeza en flor bajo un estío
adivinado apenas en los párpados.

La niña viene triste, de campánula
doblegada por látigos azules,
como si padeciera una tormenta
de golondrinas ciegas y profundas.

No le animan el rostro adolescente
el ramillete abierto sobre el pecho,
el velo floreciendo en los cabellos,
la savia aérea de su enredadera.

Ni el sometido mar de su vestido
ni la luz desprendida de sus huesos
ni el rumor de las islas sumergidas
esperando gaviotas y corderos.

Nada levanta su mirada hundida
en el claro sopor que la adelanta,
contenida de espejos y presagios
como una rosa azul bajo el rocío.

La niña viene triste, de violeta
y adormidera y cirios apagados.
¿Por qué, sabiduría, no te le entregas
a la niña pastora de mi casa
y le revelas números y héroes
aunque me pierdan bosque y soledades?

Dale tus libros de áurea geografía,
cambia el laurel en miel y leche y fuente,
dirígela por puertas y ciudades
con un nardo de azúcar y una estrella.

No la asustes con números y espacios,
con enojos y ruinas y tormentas,
si un pañuelo de júbilo en tus manos
es como una perdiz en primavera,
y ella tiene los ojos como el día
en que Dios puso el cielo sobre el agua.

1951.

Reclamo de la vacación

Si el mar se fatigara
como yo,
subiendo y bajando
la escalera fugaz del oleaje,
nunca más aparecerían en la orilla
los restos del naufragio.
La cuerda que ató los pies del prisionero,
la astilla de la salvación,
la cáscara de fruta, ya materia secular
porque perdió color y aroma y zumo,
la olla magullada,
el zapato que parece una raíz,
tanto residuo que podría enumerar ahora
si tú me llevaras otra vez a ver de cerca al mar.

Ha de estar despierto hasta en el sueño el mar.
Qué gran hermano nos ha dejado Dios
para probar lo largo de su oficio.
Como si fuera sordo, como si los oídos
de tanto multiplicarse en caracol
se le hubieran gastado,
ahí lo halla el día y la noche, el amor y la furia,
la tormenta y el sueño.

Estalla aquí y a mil islas, lo mismo.

Reclina la sien inmensa y lo vemos como un nomeolvides
cuando en verdad es todo el color azul y universal
el que se inclina.

Ama a todas las orillas del mundo
y aunque ya conocemos la dulzura,
no hemos descubierto qué palabras inventa
para ese amor inmenso.

Y no se cansa el mar, como la vida.
Si así no fuera
podría yo encontrar
tantos navíos perdidos,
pulidos de intemperie hasta volverse puros,
cuando sobre tu pecho
soy como la resaca.

24-4-58.

Duermevela

recordando a Melville.

Moby Dick:

las mujeres te buscan
como la reina mala el misterio
de la belleza y la virginidad en el espejo.
Te quieren para sus costados
sin conocerte a ti ni al mar de donde emerges
como un gran pecho fabuloso.

Cuando las miro
pienso en tus reinos álgidos,
en las islas con flores como la desnudez,
en otras donde el sol se ahoga en un vino gris
o el hielo levanta ciudades solitarias,
mientras los navíos persiguen la luz apagada
en tus entrañas
y la ola te arroja desde su arco infatigable.

Te recuerdo en el mar de Melville,
libre en la inmensidad de la aventura.

Conmigo no está tu jarcia muerta.

Y mi piel madura lentamente por el rostro y la espalda
en el trance que dura lo mismo que tu fuente
devolviendo el bautizo del mar.

Te recuerdo en los cabellos grises del verano,
la ráfaga más pálida del otoño y las dunas
que se levanta ya desde mi frente.

Del milenio se acerca
tu gran alga de aceite
en un riesgo de sal y de blasfemia.
Y oigo pasar tu alcuña de mar y de silencio
como un traje de raso azul que se arrastrara
entre la vasta luz de las constelaciones.

10-4-59.

Noche

Todo se rinde. El cuadro queda inmerso en la oscuridad,
la ventana ante la calle solitaria,
el ramo del rosal vuelto sombra de otro árbol más alto,
las palomas, el libro, la ciudad, la montaña.
Enciendo mi lámpara y pienso en los amigos muertos.
Repaso el gran cuerpo hogareño,
las crepitaciones que parecen venir
desde el bosque hasta el fuego,
la mosca atravesando de crujidos
el sueño de los niños y su oleaje sin viento,
el reloj implacable
y afuera el ave nocturna escarbando leyendas y alucinaciones.

Un gallo levanta su laurel de cobre
y es la única estrella roja de la tierra.
Me recuerda los llanos, el pueblo solemne de verdes,
el río
y el caballo en la tormenta tocando nuestra puerta
y tú conmigo.

Mas, adentro, aquí sola,
todo ese mundo inmenso estremecido afuera
se aquietta en el espejo, en la lámpara oscura;
y solamente puedo tocar las otras formas
desde el fondo de mis ojos, casi desde mi alma.

Ah, peregrina fácil la memoria!
Qué soplo fresco el suyo entre la sangre
cuando antes hubo días
que sólo son después un dibujo de plumas...

14-9-54.

Patio interior

Puede no reflejar nada nunca el patio.
Seco, es sólo pedestal de la luz
con la ofrenda floral de los helechos.
Mas, si llueve, qué espejo claro el suyo!
Todo el contorno es poseído
y del reflejo de las puertas abiertas
salen antiguos fantasmas
buscando entre la lluvia las cartas olvidadas,
los desvelos, el júbilo.

Mis pies pueden entonces andar el cielo inverso
y mi frente está en tierra
en la profunda luz.

1948.

Las hornillas

Como pequeñas hortensias azules
como gigantes nomeolvides,
como cualquier flor celeste,
nacén de pronto.
Mas, no las toquéis. Son fuego.
Llamas redondas, dominadas,
anillos ardientes
que sin embargo pueden perder de pronto
el fulgor.
El brillo es apenas vivo y raudo contacto,
mínimo instante entre la ligereza y el viento.
Y el fuego comparece
al llamamiento rutinario
paje brevísimo e intenso,
gran compañero de la casa por dentro.
Círculos servidores
cuecen las alucinaciones vegetales,
destiñen brillos y crepitaciones
en el acto ritual del alimento,
porque la Dueña vigila el tiempo
en sus ojos de búho que descansan por las noches,
como los suyos que en la noche duermen. O aman.
Porque es amor o es sueño
toda noche con los ojos cerrados,
toda noche con los ojos abiertos.

1961.

La puerta

Cuerda de circo. Vida y muerte.
Detrás de ti el amor o el odio,
el pan, el hambre, la sequía, los sueños.
Antes que tú eso mismo,
todo junto,
como una sorpresa en el vacío.
Madrugada eres para la letra
y las vigiliás.
El hombre entra y sale, por ti,
tránsito de jaculatoria y de blasfemia,
trono de Dios y Satanás y el aire
que nunca es ruina,
porque es paso y azar,
espacio, tiempo, dimensión que jamás colma la vida.

No fue el pecado, fue el amor
quien te hizo necesaria
para recibir y entregar los testimonios.

¿Por qué te levantan de la tierra,
te hacen bajar del cielo,
te abren tu caja de secretos
y te cierran cerrando la soledad y su corona?

¿Por qué te hacen brillar como un diamante alegre

o asustar disfrazada de abismo en la noche
o sonar en el tiempo
como una palabra cristalina,
como una palabra furiosa
del relámpago?

Urges al hombre, a la criatura, por la vida,
oh, mañana mortal, árbol soleado,
plumón del ave de la casa
alzado para el vuelo,
clausurado en los vuelos clausurados.

Una hormiga recorre el dintel en triunfo altísimo
medido por un canto de cigarras;
y un gigante podría establecer en el umbral
su momento de fuerza.

Vida y muerte atraviesan tu velo impalpable,
soplan tu cascada de aire detenido,
disuelven tu enredadera de alabastro,
tu gran lienzo de pájaros fantásticos.

Doméstica ocasión,
parte incorpórea que existes en madera,
en metal y en la piedra,
como canto en el árbol.
Fuego domado, intemperie,
inasible, mas, cierta.

Todo destino en ti se cumple,
ara de sangre,

perspectiva del mundo que dominas,
sitio desde donde los mundos se abalanzan
al abismo del hombre,
puerto de despedidas,
puerto de los regresos,
puerta-puerto,
inmensa cerradura, llave inmensa
de la casa por dentro y por fuera,
de la casa que muere o resucita
si eres odio o amor en hoja contruidos,
forma de cercanía y de distancia,
término absurdo, acto irrefutable,
paso del hombre, sólo tránsito,
de la vida y la muerte,
referencia del ser entre los seres,
símbolo y propiedad no poseídos.
Verbo eterno, eso eres.
Eternidad y acto.

1962.

Calcomanías alrededor de la mesa

I EL CUCHILLO

Se ha quedado quieto el relámpago.

II LOS PLATOS

Después del diluvio
el sol cortó la luna en rebanadas.

III EL TENEDOR

Estás aquí conmigo,
para no permitirme olvidar a Neptuno
ni la embriaguez de los viejos dioses del mar.

IV LA CUCHARILLA

Nada sabe el metal de manos resurrectas.

V

EN LA MESA

La dueña comparte su destruido corazón
en torno de la mesa, acompañada.
Y cree en el cielo todavía,
porque a pesar de todo
puede recordar
altísimos papagayos azules.

VI

LOS VASOS

Porque recuerdan el Santo Grial
el hombre los posee.
Así se bebe diariamente
la eternidad en ellos.

1961.

El signo

...Porque la juventud es permiso de Dios
antes del gran pecado de vivir,
despertándola para que advierta entonces
que la vejez anuncia cancelados
todos los viajes de la palpitación.

1961.

Campo de cebollas

Si el viento no hubiera intentado
desvestir la cebolla,
nada habría ocurrido ese día en la tierra.
Mas, ¿cómo recobraría ella sus enaguas?
Y rubor y embriaguez, furia y envidia,
vistieron la pulpa original.
Desde entonces, cerrada, sólo
la abre el cuchillo.
Ah, su picante lágrima de sabor cenital.

1957.

Las agujas

Nadie diría nunca que la lluvia
remienda.
Sin embargo, entre nubes y horizontes,
por encima de todas las ciudades
y de los desgarrones de la tierra,
ella pasa y repasa
cerrando los secretos más pequeños.
Los de las cúpulas y los ramos del perejil,
los de los trenes donde viajan al sol
los amantes del mundo,
y los de las tinajas abiertas en los patios;
los de las grúas y el paraguas,
los del alpiste que el canario
sostiene en el pico
cerrándose el propio canto;
y los del brasero de las libélulas
suspendido en la piel caliente del pantano.
Porque el agua del cielo sólo conoce las ruelas celestes
y juega con los gatos haciéndolos correr
pegados del alero
donde ella suelta su fleco de alfileres
como si fuera un ovillo desmadejándose impunemente.

En mis manos, como una astilla cósmica, una sola aguja
realiza los milagros más simples, sin salir de la casa.

1960.

Tormenta

El relámpago rebana la negra manzana celeste.
El viento espolea los árboles. La lluvia
raya los vidrios y adentro caen las gotas,
atraviesan las maderas.
La casa tiembla bajo el trueno.

Puede caer la casa.

Ya no se ve la calle ni la luz de la lámpara
con la que mi vecina lee espantando la muerte.
Ni grillos ni serenos ni campanas.
Es el incendio un gran ojo
furioso contra el cielo.

Ay, que puede caer la casa.

Miro aparecer las goteras, la humedad
colar sus figuras esponjosas,
entrar con sus mujeres envueltas en pañolones dibujados.
Oigo crujir la boca de la tierra aquí junto a mis huesos.
Siento el frío alrededor con su acucioso manto de aluminio
ahumado entre la sombra,
tocándome la piel, abrasándome los párpados,
pegando a mi nariz su ramo crujidor de hielo.
Cierro el libro. Te llamo para combatir la muerte.

¿Dónde estás tú y los animales sagrados
de sangre brillante

que el horóscopo riega por los cielos?

¿Dónde estás!

Ven. Te grito entre la tempestad, entre la sombra,

entre esta resurrección nocturna del sonido,

porque la casa entera tiembla

y si tú no vienes

mañana sólo habrá la historia de una casa.

1955.

Soneto descompuesto a la sartén de hierro

Blanco primero, luego, renegrado por el fuego
curtiéndole la espalda.

San Lorenzo doméstico, respalda el credo
vegetal de lo nacido.

Su luna de metal enardecido, el verdor
terrenal junta y escalda;
y entre crujidos olorosos salda las diferencias
del sabor reunido.

En el ocio después,
de un clavo alzado,
o mudo, horizontal, abandonado, frío
en mortal quietud inexorable,
-péndulo,
fruta,
nota,
cerradura,
península,
alfiler-,
es su figura una lágrima negra,
inexplicable.

1946-50.

Decoración interior

*Pantalón de menguante,
camisa de verano,*
los hombres que pintan la casa
silban sobre las escaleras,
cantan extendiendo la pintura
como si a nuevos continentes dieran
esplendor oficial desde los muros.
De un color a otro pasan en la disposición
de los colores,
y nadie diría después, cuando se van,
-cuando la casa se queda silenciosa y duermen todos
en la noche profunda-
cómo se llama el que pintó las puertas,
puertas del breve viaje,
con brochazos de perla;
y el otro, que corrigiendo la plana celestial
con brocha blanca
y asegurando una lámpara en el centro
como si detuviera definitivamente
la estrella polar,
se marchara también después,
como si no hubieran hecho juntos, nada.
Usan trajes manchados, parecidos al campo en primavera.
Y si no fuera porque el oficio
los hace duros como la piedra

y ásperos como la trementina,
esos pintores de la casa parecerían figuras
de un gran juego doméstico
hecho de cera viva,
donde ellos, dueños de un tiempo
poderoso y fantástico,
pueden cambiar la intimidad
igual que los colores de una casa.

1958.

Ruego a la poesía

Un día te dije: ya no vengas.
Entre agujas y escobas voy y vengo en la sal del día
como cáscara alzada en el oleaje.

No podía recibir tu cabeza pensativa,
tu suave cabellera constelada,
tus pasos fraternales
y tus manos, tus manos,
en las que el mundo parecía detenerse para las ofrendas.
Yo te sentí, sin embargo,
ir y venir conmigo sobre mis hombros
como un pájaro, pegada a mi espalda, inseparable
como mi propia sombra,
plegada en un rincón
mientras alzaba el alma de los floreros
con un ramo
y descubriría palabras a los hijos.
En algún sitio hallaba tu sombrero de fragancia,
tus guantes para recordar los lirios
y tu nombre, para dormir con él
sobre mis sueños.

Mas, ahora estás triste. O estoy ciega.
Porque apenas te veo para esperarme
a la puerta del crepúsculo,

y el camino es tan largo
que ya no creo alcanzarte
para sentarme junto a ti y hablar contigo,
bajo la última estrella,
hablar de lo que es mío y es tuyo y nos importa
porque yo te conozco y me conoces,
oh, mi pequeña lámpara gemela, poesía,
ante quien solamente me arrodillo,
pecadora.

1951-56.

La escoba

Estás aquí, prudente señora de la casa,
severa, áspera, simple, oh, mujer primitiva.
Vengo a ti diariamente,
a tu peinado reino,
a tu falda implacable de raíces,
para arrastrar con ella el tiempo y su delirio,
la estación y los sueños,
y dejar limpio el rostro del patio y de la casa
para mirar el cielo
y para la esperanza.
Dócilmente repasas un día y otro día
la intimidad. Y callas.
Tienes los ojos ciegos para ver las cenizas
de las cartas de amor que se quemaron.
Tienes la boca muda para hablar de las rosas
que deshojó el chubasco
o que cayeron lentas, solitarias, vencidas.
Ensordecida barres las plumas
y no oyes la pregunta del pájaro
por su cuerpo de música y el aire.
Tu nariz infinita recoge y lleva y sopla
el fuego del otoño
y las briznas del frío,
toda caída, toda.
Tú repasas las horas del gozo y de la muerte,

arañas con tus manos de cereal y de bruja
el agua, el pan, la leche.
Eres como un verano que se vino del campo
y se metió en la casa, hipócrita y humilde.
Y aquí estás, impasible señora de la tierra,
cetro de nuestros días,
rígida hembra estéril,
mordiendo entre tu boca de dentadura unánime
los malos pensamientos de la casa
lo mismo que la dulce vacación de la hormiga;
y hasta el abismo llevas la soledad
el día en que bajo tu sol de opaca luz hirsuta,
descubres la memoria y su gran casa sola.
Así yo te conozco. Eres como el verano.
Antes de ti avasalla la materia.
Después de ti el otoño llama su último fuego.
Y si no estás, el tiempo arde a orillas de las ciudades
y entre el humo y la noche hay estrellas caídas.
Mas, yo sí te conozco, caballera del tiempo
cortada bajo el bíblico fulgor de las manzanas.

1950.

El oficio cumplido

Un gran dolor pule los huesos cuando la casa
cae con la noche encima, sobre el lecho.
Sí. Es la casa entera sobre los hombros,
sobre la espalda, sobre la frente,
sobre las rodillas,
en los pies,
entre los brazos.
No es el peso de la lluvia que se pasea al atardecer
y acompañada.
No es el recuerdo de aquellos ramos silvestres
que una vez impregnaron de olor acre y untuoso
la piel. Ni tampoco
la sombra de solares manchas detenidas
como nubes ardientes en el cuerpo
en esa lasitud que a orillas del mar
desprende el resplandor debajo de las palmas.
Es dolor de ser vivo,
de estar viva. Y recordar tus ojos
mirándome en la penumbra, brillando,
en la madrugada que recoge esta red
de cansancios
que mañana habrán de levantarse como un cactus abierto,
sólo reverdecido en la solemnidad de la memoria.

29-8-62.

Espejos

No tiembla el agua aquí ni el resplandor
que es hierático como una palabra escrita
y brilla, como hielo solar.

Pero tú puedes moverlo.

Mete tu mano en él

como en llaga de mujer olvidada,

y ya verás al fondo a Orfeo coronado,

atravesando las cuerdas del fuego,

y a Dafnis y a Cloe conducir los rebaños

hasta el pie de las colinas,

donde las flautas pastoriles

se volvieron azules y se unieron

en la dulce leyenda del amor.

1958.

Sitio de la ternura

Ni cuando se toca en el jardín uno solo
de los lirios abiertos
-o cerrados todavía
que es cuando parecen defenderse-
se siente.

De tanto padecer, la materia
se ha vuelto insensible.
Ni el aroma responde.

¿Dónde quedó el amor de aquellos días?

El ajo

El ajo aprieta su puño,
su blanco puño oloroso que enguantaron las libélulas
no nacidas.

Pero cuando llega a mi casa
y desnudo sus mediaslunas de olor
y reviento su mínimo palomar enloquecido,
el ajo grita por todo el tiempo que estuvo escondido.

Entonces sabe
qué corta resulta la libertad sobre la tierra.

28-9-55.

Este es otro jardín. . .

Este es otro jardín
En aquel patio
quedaron los juegos y la infancia de los niños,
cantos, llantos, voces.
Aquí ando sobre una yerba verde,
contemplo el jazminero maternal y florido
que impregna todo el aire de la casa,
las grandes rosas como claros enigmas,
y el par de acacias que barren
con sus delgadas frondas nuevas
aires de vecindario.
Todo es siembra familiar,
trasposición de amor que se renueva
como nada jamás en la belleza.
Han venido las abejas a urdir
la dulce corona porosa
y amanece cada día algún capullo nuevo
que no conoce aún la noche.
Sin embargo,
la intemperie pasa
del brazo de las estaciones.
Y cambian saludos verdes como hojas,
señales como tallos,
aromas como pétalos,
con entera y silenciosa libertad,
como si solamente fueran ellas las dueñas de mi casa.

1962.

Apunte

Siento que llegan las palabras sobre mi frente
como un gran vuelo
sobre un estuario solo y antiguo.
Bajo un sol radioso tiemblan las significaciones
y un soplo de dominio abrasa
la inmensidad de una cabeza que dejaron vacía,
como una casa destechada por vientos negros
y lavada por un agua flamígera.

1959.

La casa sola

I

Hombre: toma tú el candelabro. Enciéndelo. Verás su luz elevarse temblorosa como papiros rotos en cada cirio. Toma tú el candelabro y llévame. No me dejes caer.

Ciegos van los ojos. Ciego el corazón.

Tu paso yo sigo. Persigo tu voz.

Ciega voy sin ojos. No quiero caer.

El largo corredor habrá de estar oscuro. Me lo dijo mi madre. Y a ella lo advirtió la madre dos veces madre mía, mientras hojeaba un libro oloroso a resinas y con hojas como alas de libélulas, crujientes y doradas.

Enciende ya, que es largo el corazón, como los ríos

No me dejes caer.

Sordos mis oídos, sólo oigo tu voz.

Tómame las manos. Te sigo tu olor.

Sorda voy, mas, te oigo. No quiero caer.

II

Ya es el día. La noche cortó su gavilla de cobre
y la derramó en el prado. Ya conociste la dulce extensión
de las raíces. Y la sangre cortó su fruto gemidor y futuro.
Abro los ojos. Te reconozco en marisma o en selva,
en mar o en lluvia, en el silencio o en la soledad,
entre sus anémonas delirantes.

Sobre la yerba conociste un rebaño de olor. En la tormenta,
el diálogo. En el silencio las voces nocturnas moviendo
en sus aislados molinos el agua suspensa del misterio.

Ciega, sorda, fiel, sólo tu huella aprendí a recorrer
recogiendo el grano que a ti me llevaba. Mas, ahora, de pronto,
un río como fiebre nos ha roto el costado que fue uno.

Toma tú el candelabro.

Enciéndelo de nuevo. Ciega soy. Sorda soy. Hechura de tu forma,
la última soledad llama.

III

La madre debe abrir las puertas.

La criatura -otra criatura- vendrá hacia acá. Y yo estaré despierta

Oigo ya! Veo y toco! Liberada en la cumbre ya regreso!

A mis espaldas alza la luz! Levántala!

Que me veas caer.

1954.

La sal

En el bautizo estás recién llegada
de cualquier límite del mar.

Lo que importa no es tu origen
sino tu juramento ante altares y dioses,
compañera de fuegos y de óleos,
testigo incuestionable de que ha nacido un hombre.
Sabor sacramental, virtual aceptación,
ahí, contigo, comienza el reino de los terrenos símbolos,
presidido por tí, levísima,
auspiciadora del destino
que habrá de diluirse en la muerte,
como tú
en el mar.

1961.

Baño y tocador

Aquí repite la antigüedad su reverencia
de lirio y de carmines,
de carbón y de almagre,
en lentos arabescos oleosos que cubren
la máscara, gran imagen perdida
de otras huellas nunca reiteradas.
De almizcles y cocciones, reducidos
a la más breve sílaba del perfume;
de la maceración de la pradera
prisionera
en vidrios y en cartones y metales,
a la piel contemplada,
sólo hay la distancia de un pincel,
distribución de un gesto repartido
que primero fue pétalo o corteza
gota de resina,
liviana disposición de mineral y flora
contra tiempo y verdades,
desnudas
de improviso,
por agua y por aromas recordadas
cada día.

1955.

Los hilos

La Tierra los levanta. En árbol o en gusano
comienza su destino de paciencia.
Alrededor de la pierna del saltimbanqui
el rojo pide una estocada limpia.
El amarillo hincha las venas del sol
en altos girasoles.
Y el azul combate desde el arcoíris
con las crines celestes que nunca el rayo
ha sabido cortar hasta la muerte.
Brillantes como la mirada del amor,
opacos como el otoño más solo,
en el cestillo están, redondos o alargados,
dedos que el color se cortó de aburrimiento,
pezones que la primavera multiplicó en los días
en que el alba más antigua
creyó haber perdido la leche de la luz.
Por la avenida donde el viento
desemboca en la vida,
juntos se van, encima de todos, aterrados,
de haber perdido el árbol y el gusano,
el pedestal que erige su memoria.

1960.

Ira doméstica

Gavilanes y buitres de azufre
vienen a picotear el indefenso corazón.
Bailan encima del arroz en la mesa,
vuelcan el pan y desbaratan los volantes de la lechuga
y hacen temblar el agua contenida como una rosa de diamante.

Atraviesa la sangre, sutil, su líquido veneno,
como pluma de fuego un río escondido en la montaña.
Desata los nudos que teje la dulce mujer del ánimo
y rueda bajo el aleteo
la más dura margarita antigua, como un broche.

Cómo brilla el oro disperso de su polen
y qué inerme luce la pureza de los pétalos separados...

17-3-58.

Los libros

Nacen cuando todos los demás
van de un lado a otro
y moviéndose
hacen casas, recogen dátiles, pintan flores azules,
lían tabaco, forjan el metal
con manuales estrellas,
pulen y alzan la piedra,
y de pie ante el rumor fluvial de los telares
tejen la seda, el lino, el algodón, los colores
y sueltan en el mar y en el viento un navío.
Así nacen, lo mismo
que cuanto une a los hombres;
la oración y la guerra,
la cosecha, la paz y la belleza.
Exiliados del movimiento
nadie los descubre en su recinto,
unidos por el nombre
como por la consigna.
Y no asusta su ascética hermosura,
su jazmín apretado de misterio,
su silencio de hueso.
Sabén que la cima es del relámpago
y la frente es el alba y el crepúsculo.
El tiempo irgue su cuadrada mazorca,
teclado vertical,

infinito sonido de la palabra
que ahí se borra concentrándose,
quieto,
hasta que abrimos su abanico ilustre,
su pórtico en arco.
Entre las soledades se descubren,
ya rodeados del mundo donde son Dios.
Y crean.

1959.

Instante

Tengo el corazón cansado
de correr detrás de las escobas.
Ardiendo, con él aliso el tapiz de la melancolía,
mas, no se evapora así su antigüedad
ni recobran color las figuras que embellecieron los muros.

Mi corazón jadea, cansado, sobre las escobas.
Persigo los ratones que amanecieron royendo
los manteles del alba.
Mato alimañas
y desalojo de basura
y rastro el día.
Mas, qué implacable polvo cae sobre las cosas.
Mi corazón se cansa.
Y sueño de soslayo con el mar y la estrella.
Sin embargo, en esta vacación debo pagar un muro.
Pobre mi corazón entre mis huesos,
como un globo rojo enredado en un árbol
y a la llegada del invierno...

10-2-57.

Las tijeras

Garza de acero sin alas,
nada le parece más puro ni más suave
que el amor del algodón sobre los campos.
Y ha dedicado su soltería
a cortar todas las esperanzas del hilo
desde antes de nacer en los capullos.

1960.

Jóvenes

No creo aún que habéis crecido.
No lo creo hasta cuando reventáis las palabras
contra mi frente y contra mi corazón
y untáis de miel violenta
y plumas mojadas en sangre
la memoria,
que os quiere todavía pequeños
para no sentir tan antigua mi tristeza.

1959.

Un canario

Su soledad que canta llena todo el instante
y el espacio,
se sale de las rejas, va a los rincones de la casa,
se detiene en las huellas del día
y alcanza los más hondos estratos de la noche.
Acompaña a la Dueña en su labor:
limpiezas y tejidos, la costura y los caldos,
asentamiento de agua y espuma entre maderas
con raíces y tallos penetrantes,
natural homenaje del perfume.

Ya ella le dio el reunido grano,
la hoja fresca,
el agua que apenas un momento está en la mano,
para él, sin embargo, océano, río, fuente, lago,
gota de rocío engrandecida para poder entrar en ella,
en su recinto de cristales dóciles,
donde las plumas partirán el gajo de frescura
en dehiscencia de iris.

Ahí está sometido. Ultima instancia en su redondo viaje
por el cielo,
apagado lucero musical robado a selva y árbol,
a nido y a bandada,
prenda de la animal ternura

que la Dueña contempla sometida
como luz detenida en un anillo.

Si fueran dos en mutua compañía
qué cantos rápidos, qué inquietud conjugada,
qué manera de amor y crecimiento
contra hierro y maderas y cerrojos y vidrios,
qué lección más fugaz y vibradora,
qué notas amarillas y doradas,
picotazos del vínculo,
ración de vuelo nunca consumida.

Oh, fruto desplegado y pequeñísimo,
valva que se abre y cierra
por la perla del canto, liberada,
abanico de infancia
junto a los aleteos más grandes, más antiguos.

Su ovillo de rumor destrenza el hilo
del costurero en que el color reposa,
crea un frenético ámbito,
impalpable matiz de canto y vuelo.

En el canto está preso, en el volumen,
en la piedra, en el hierro, en la armonía,
universo instantáneo y egoísta.
Sola palpitación. Sola insistencia.

1961.

A mis zapatos

Vamos. Llévenme por otros caminos.
¿Sólo conocen éstos?
Si ya perdí el sentido!
Sean ustedes rumbo y llamamiento.
Una pesada enredadera cae en torno
y muero entre perfume y laberinto.
¿Qué piel de bestia artificial y dócil
no los llama hacia el campo?
¿Qué hilos los *apartan* de otras huellas?
¿Qué telas, qué tijeras, forma y clavos
no los hace sentir pie peregrino,
inquieto y mío,
en soledad buscando la alta lumbre?
Vamos. Lo ordeno.
Al baile del color en las esferas,
al duelo de la esfera dominada,
al espacio y su puerta donde el número
tiene llave de luz en la cabeza.
Más allá de esta constelación
de miedo y de esperanza,
más acá de los muros mortales que escarnecen,
más cerca del amor en toda cosa.
Como si fuera cierto que pudiéramos
vivir así y andando.
Sin muerte ni reclamos.

Como en campo de espigas y amapolas,
sin espinas ni cuervos ni serpientes.

1962.

Cuerpo solo

El olvido crea fronteras en el lecho donde el aroma
deposita sus ofrendas.

Por eso el descanso es tranquilo,
plenitud conocida,
cerrojo impalpable que ya no junta llave alguna,
mientras seres distintos cruzan el país donde el sueño
instala su hospedaje sin monedas,
la peregrinación que no pregunta vías ni conoce estaciones.

De la rosa apenas queda la imagen en el aire.

Si más allá despierta un gallo la última madrugada,
un temblor dorado levanta su espiga
solitaria frente al horizonte,
allí donde el sol desnuda las cosas
para decir después, en el crepúsculo,
que le pertenecieron.

1960.

Fin de año

Todo está en orden.
El árbol iluminado,
los manteles para la cena,
el vino y el pan de la Navidad,
todo cuanto es materia dispuesta desde el ánimo,
ordenado para la víspera de la última noche
que escribe el calendario.
Todo está dispuesto. La familia
armoniza las cosas. Y la madre
preside melancólica
los brillos renovados,
la transparencia limpia y el aroma.
Recuerdo días
que ya son sólo un número,
pausa en la meditación.
Bajo el jazminero que suelta una estrella
en el último alcohol de la tarde, recuerdo.
Y cierta paz
deja caer sobre mi corazón su levadura,
un color de crepúsculo en el río.
Cuando viene la sombra
entro a la casa nuevamente.
Después de medianoche
advierto que no queda en mi lecho
ni siquiera la arruga del día, obligatoria.

1962.

Apartamento

El cuadro que cuelgo de esta pared
en verdad está sostenido en la pared del vecino.
Cuando veo tan quietas las mesas,
con flores o libros o teléfonos o radios y t. v.
pienso que deben pesar
en la cabeza de la familia
del apartamento de abajo.
Porque su techo es mi piso.
Y cuando paso la escoba, la mopa,
o restriego el cepillo de la aspiradora sobre
las alfombras
o sobo las baldosas
con la pulidora
maquillando su rostro de impertérrita lisura
opaca,
imagino que el bello peinado de mi vecina inferior
se alborota,
se convierte en una cabeza de medusa,
que no alcanzan a tranquilizar mis afanes
sus tentáculos, desesperados
bajo el peso de toda mi casa, encima.
¡Qué modo de vengarse cada quien
de su prójimo,
viviendo y muriendo y haciendo
cuanto place y obliga

encima de los otros, impunemente,
candorosamente, sin premeditación
ni alevosía.

Ni las enredaderas son tan perversas.

Ni los altos árboles ni las montañas

ni el volcán

ni las lluvias

ni las olas sobre las playas

son capaces de tal infamia.

La naturaleza les ordenó una gravedad estática

pero no es el árbol el que ordena al fruto

caer sobre la hormiga,

ni la tormenta ha recibido órdenes

de deshacer las siembras

ni el volcán de avasallar con su incensario iracundo

las viñas,

y amasar los pueblos con sus niveles cayendo,

como con un rodillo de fatalidad.

Pero los hombres.

Qué manera de hacerse la guerra hasta en el instante
de la propia morada.

Así, el pan que alguien puede comprar arriba

ha de doler abajo, como una injusticia.

Y la flor traída a este piso superior

ha de doler en el número de abajo

como si arrancaran a la inversa

su raíz.

Y todo elemento o don,

pertenencia o gesto,

encima unos de otros,
-siempre encima-
es esta violenta y sin embargo pacífica
posesión de la vida.
Y el amor. Y la alegría. Y la esperanza.

Qué cruel es el amor de la pareja
de un piso
si arriba o debajo
se pudren las entrañas de los solitarios.
No hay apartamiento en estos agujeros
donde el hombre guarda su sangre.
Aquí en la paz como en la guerra
todo está junto,
en la promiscuidad cobarde
por la sobrevivencia.

1965.

Las alfombras

El bosque y los jardines
y las grandes extensiones terrenales están aquí,
aplastados por el pie del gigante que cruza la montaña.

Alguien somete los orígenes y olvida los rebaños,
las crines del caballo relumbrando en la tempestad,
las fibras escondiendo sus cabellos
como mujeres desnudas tras de los árboles del río.

No se mueven, no pueden moverse las pieles eléctricas
de las panteras,
ni se estremecen de rumor los altos bambúes
ni los juncales tiemblan bajo las alas de las gaviotas
ni silban los vientos ni el fuego cuando los animales llaman
las antiguas deidades verdes.

La transparencia viste una saya de mengua
y la ola ha alisado sus magnolias
y los brillos quemaron la turgencia universal de los escudos.

No cantan aves ni alumbran soles ni lunas.
Existe materia,
esclarecida tanto que no llama sentidos,
exhausta, inerme, sola, como piel de grandes leones,
temblor furioso y puro y natural muriendo,
gran fiera doblegada.

1959.

En mi habitación

Aquí están mis zapatos, con la forma
de los pasos y el pie que los dispone.
Aquí están mis vestidos, mis blusas y mis faldas
y mi ropa interior,
liviana y sencilla como una campánula silvestre
ya marchita,
mis medias que olvidaron las orugas
y han conocido antes la máquina y el ruido,
y después el latido y la huella;
mi paraguas, lánguido capullo, calabaza
del color del durazno y la cayena,
oh, mi mejor amigo defendiéndome
del cielo y su arrebató.
Espejos, libros, memorias de los viajes,
la música viniendo desde lejos,
su posada mariposa libérrima,
un lecho donde el sueño sólo es más sueño,
una lámpara antigua de la abuela materna,
una diversa advocación de vírgenes y santos
para la belleza y por los hijos, para la soledad,
esta máquina de escribir que llena de picotazos el silencio
como una gaviota furiosa y hambrienta
contra la huidiza verdad del mar,
este olor que de pronto se viene del jazmín
del jardín, desde la calle

a pelear contra el mío y mis perfumes
saliéndose de mí o del armario abierto.

Y retratos.

Y la vida haciendo ruido adentro y en torno
en cada día que pasa.

1962.

Devociones de altar

¡Mis parientes celestes,
tan lejanos,
tan bondadosamente inaccesibles,
que solamente me une a ellos
lo imposible:
la esperanza.

1965.

Pared

Te libro de espantos con el color.
Provoco tu bestia vertical que no sabe sonreír
ni avasallada por la dulzura.
Te regalé una madonna,
un bosquecillo de acuarela
y la rosada terracota de zodíaco
para que olvidaras las piedras de Jerusalén,
los amantes enterrados vivos,
la roja acometida de los ejércitos.
Sin embargo, me cierras el paisaje.

Mas, te abriré una puerta
y serás, sin quererlo, la boca que alimentará
de libertad el corazón de la noche.

Aunque en mi voluntad ahora la sangre
como un esmalte oscuro, brilla.

1958.

La tormenta en el campo

En el atardecer el cielo fue una inmensa
hoguera apagada.

Humo de nubes aureoló mi cabeza
sobre la profundidad genésica del mango.
Y no bastó que el sol levantara el arcoíris
porque el viento dismanteló el color
y los jirones desaparecieron en el remolino celeste.
Temblaban las nubes como las barbas de Dios
cuando es su furia.

Y una rápida golondrina no alcanzó a suavizar
el estremecimiento.

Del índigo al gris hubo la misma distancia
que de la primera gota de lluvia a la copa del árbol.
Una cerrazón oscura amasó plumajes como lagares,
alas como velámenes, cabezas de viejo como espumas.

Yo miré lo que miran los niños
en aquella pizarra de tormenta.

Un susto de libélulas
súbitamente se disolvió en mi pecho,
azotado por un erizo de azufre.

Seguí mirando hacia arriba, hacia el horizonte
cada vez más oscuro.

Una urgencia plúmbea sofocaba el largo itinerario
y el viento se destrozó los costados
contra las esquinas de la casa

atajando las frías bacantes extraviadas
de la lluvia,
su niñez perseguida por un inmenso toro de amatista,
su gran lirio al que la luz no pudo
devolver el calor de los orígenes.
Detrás de puertas y ventanas cerradas
oí la caída múltiple.
Y en un rayo a mi espalda
el equinoccio entero, quebrándose.
Fue como si Dios hubiera confesado que alguna vez
a él también se le rompen los nervios
con tantos ángeles en el cielo.
Y sale a dialogar con Satanás.

1959.

El anillo de bodas

Mientras más limpio está el oro del joyero
para el anillo,
el anular
de la que fuera novia
se volverá más delgado con el tiempo.
Porque los días van pasando alrededor
con su ácido rozando el pequeño horizonte.
Y el metal, como llama soplada por un viento continuo
se adelgaza, mas, no apaga su brillo
de esplendores antiguos.
Adentro el nombre permanece.
Y cuando ya él no está
de repente un día lo descubrimos
sin quererlo,
como el título de un reino desconocido.
Entonces el anillo pesa
como una generación de noviazgos perdidos
y es una llama viva quemándonos,
sin morir, en las manos.

1957.

Presentimientos

La muerte
tiene diversas maneras de anunciarse.
No las conoces?
Entonces no has callado,
no has guardado el silencio
que anuncia su palabra.
En tanto hablar y hacer
has abierto una cáscara vacía,
has perdido la almendra de la vida.
Hay que callar. Quedarse
tendido, inmóvil
frente al toro después de las heridas,
que husmea la tierra ensangrentada
y cree así en la muerte,
sólo por la quietud.
Hay que quedarse quietos,
por instantes siquiera,
como si de veras hubiéramos muerto y sólo
el aliento se hablara con el aire
alrededor.
Porque ese es el silencio que descubre
la manera del saludo mortal
que llega crujendo en las maderas,
saltando entre los cuadros de la casa,
agrietando los muros finamente,

como una vena abierta en piel doméstica,
várice de intemperie,
mas, capaz de llevarnos entre sus rojas manos
hacia la otra más morada interior
de la casa por dentro.

1962.

Cuadros

Invitados de voz estática, reiterada amistad indivisible,
alguna vez alguno ya fue mío
con su temblor elemental de imágenes,
brotando del pincel, puros y opuestos.
En torno están y me acompañan.
Libros abiertos son, alas de mariposa abiertas.
Eternos elementos
sin morir, sin vivir,
allí sujetos,
horarios del color y el amor que nunca pasa.

1961.

Las cortinas

El ama prende una corbata de pintor a los ladrillos.
Extiende un faldellín de encaje y muselina
recordando el origen.
Declara el pudor ante los vientos vagabundos
que rodean la casa.
Muestra a los vecinos sus banderas pacíficas.
Ofrece su telar,
su arpa textil a sol y a sombra.
Y vive entre la temblorosa columnata de seda
que un día de carnaval alforza
en el talle pueril de la familia.

1957.

Asuntos...

Pero el amor tiene sus asuntos,
mucho más bellos en la soledad.

Mas, si allí está él, esperándonos,
si allí está una, esperándolo,
no hace falta nada más.

Y ese es el único grande asunto del amor.

8-7-58.

Mesa con lotos

Ha de llegar el día en que poco a poco
me sumerja en la tierra
y esté rodeándome su palomar tranquilo,
y juntos compartamos la mutua incontinencia del despojo.
Ahora, todavía,
igual que esos lotos purísimos,
ebrios de claridad sobre la fuente,
desnudos, ávidos en la conquista del resplandor
y entre la noche ciegos, cerrados en el gozo del florecimiento,
resistiendo la sombra y el olvido,
esposos, solitarios, breves de superficie,
estoy como ellos, por el agua, viva,
por el verbo, sedienta,
y por amor y poesía, quemada,
y del color de las magnolias muertas.

1955.

Ceniceros

Ahí queda el más pequeño fuego
de la cerilla cuya cabeza
ardió en rápidas imaginaciones.
El Ama no permite que permanezcan llenos
sus pequeños sepulcros.
Recuerdan demasiado a la muerte
y le duele el campo vivo del tabaco, lejos,
entre abejorros y sol y manos diligentes.
Él podría venir por la noche
a reclamar sus grandes hojas frescas y verdes,
robadas, maltratadas, enjutas de retorcimiento,
como las doncellas de un pueblo saqueado
y vueltas leyenda apenas.
Porque ella alguna vez recorrió el campo
y conoció la flor estremecida en la axila vegetal
los libra de imágenes,
como si se limpiara el rostro cada noche.

(Mirándolos advierto, sin embargo,
que encima de mi frente no he podido aventar
la terrible ceniza).

1958.

Lámparas en la noche

Las constelaciones mantienen con fuegos estelares
el respunte
y las lámparas de la ciudad arden como pavesas del incendio,
suspendidas.

No hay brisa que las vuele. Permanecen inmóviles.

El resplandor atraviesa sus pulpos de vidrio,
anillos de planetas fijos,

transparente cepa de tuberosas;

y un ordenado vuelo se define,

un universo de criaturas estáticas

y de símbolos perdidos en la tormenta.

Asisto al crecimiento de sus hongos brillantes

y conozco, por sus ojos de búho,

abiertos de estupor ante el prodigio.

Porque la luz es fiel tras de las puertas

y resiste el duelo con la aurora.

Un campo de girasoles dispersos sigue alumbrando la noche

cuando el sueño ajusta su máscara a los rostros.

Y después del sol,

en su dorado esmalte se mantienen,

erguidas en la clara maravilla.

1951.

Acertijo del pañuelo

Las lágrimas y la moneda,
el color y la yerba y el saludo
en él se juntan,
y el encuentro es opaco, salobre, fácil,
y sella sobre su extensión los convenios de la temporalidad.
Una llave resbala llena de promesas
cuando la envuelve, como al secreto,
como zumo y aroma a las astillas.
Toda faz en él puede ocultarse.
Pero no sirve para recoger las palabras
sueltas furiosas sobre tu pecho.
El algodón mira en él un planeta
con cauda de perfume.
El viento puede arrastrar su cristal
de nieves vegetales.
En la casa es el único lirio abierto de golpe
por la mano doméstica.
Y es el único rostro que puede borrarse las arrugas.

1961.

La máquina de escribir

Un abanico abierto yace al fondo del metal.
Su varillaje de alfileres juntos sostienen, cada uno,
un corto vuelo embalsamado.
Mas, nada vale la soledad de un ala.
Sólo por la reunida fuerza,
en el relámpago de la danza y sus huellas azules, rojas, negras,
por el orden sonoro que desgrana la más sorda
constelación del hombre
-y sin embargo la más brillante y alta
sostenida sobre su cabeza castigada
por el inmenso poderío-,
el alfabeto ahí se somete,
ahí obedece al ángel tiránico y rebelde.
Por el pensamiento revive la breve dinastía,
la dispersa realeza coronada.
Por ella y por él, juntos,
el universo se llena de rasgos,
como si fuera un otoño antiguo,
sacudiéndose.

1959.

Admonición del espejo

Detrás de ti sólo verás las cosas,
otro rostro, otra imagen, no a ti misma.

Detrás de ti, algún muro, cuadro, color, paisaje,
algún objeto inmóvil cubriéndote la espalda.

Eres como la luna ante el espejo.
Tu espalda está mirada de otros mundos.

No te busques aquí, en esta claridad tensa y brillante.
Advertirás apenas los rasgos del pasado ahí presente
y la certeza de morir.

Y no te mires más.
Ya no te mires.

1963.

Ventana

El marco sostiene un lago vertical
donde mora una corola inmensa, sin raíces.
Por ahí rueda el cielo su ánimo,
el día de verano coloca una piedra resplandeciente
y la noche de invierno mezcla fósforo y amatista
y esconde a Dios en un guante de aluminio y de miedo.
Pero la memoria está en mi casa antigua,
aire de las mañanas con niños y zarandas,
cielos del mediodía con brillos insolentes,
la brisa de la tarde entre un olor de orquídeas,
y la noche, la noche de fuego húmedo
quemando el alto helecho de las constelaciones.

II

La ventana es la única agua donde puedo permanecer
sin morir,
columna transparente,
puente que encuentra en la orilla
el principio terreno,
boca de la sorpresa,
campo de aliento.

La nostalgia y los sueños en ella son cortinas adentro;
y afuera
alas,

y hojas secas,
sonando.

III

Pero en ésta,
como en un globo gira la luz redonda e infinita,
y el otoño es un ramo de brisas, arrastrado,
la cerradura, clavo de amor antiguo,
y a través de los vidrios oigo girar el mundo,
miro girando el mundo
detrás de este par de alas, azules, ciegas, fijas.

1957.

La sombrilla

Una victoria regia,
un loto inmenso,
gran rosa de montaña,
hoja de árbol de pan,
ala redonda,
platillo de seda voladora,
múltiple abanico,
sombra sobre el oriente, girasol,
luna de inmensa seda poseída,
estrella y sol que toco con mis manos,
copa de aire, regazo contra el fuego,
mano del viento,
pétalo terreno
que el tiempo abre como una sandía,
liviana y simple y siempre fresca,
lluvia en suspenso contra la caída.

(El tiempo cae, sin embargo, irremediabilmente.)

1964.

Cartas guardadas

No tiene aniversario el esqueleto.
Y el olor del papel en vez del hueso
y del hueso el color
y cuanta esencia ahí quedara detenida
la cierra blanca tela cosida por mis manos.
Para que no se escapen las dulzuras,
para que me acompañen siquiera ahí,
guardadas.
Con hilo nuevo zurzo de nuevo las costuras.
Su forma tan pequeña me da completo el tiempo.
Una caja, una simple caja
que pudo haber guardado mis zapatillas,
eso es lo que está lleno de escritura.
Las ciudades, la casa,
ahí palpitan, tejen su red, su cárcel
con las puertas al sol
y clausuradas.
De mis manos a otras y de un país a otro
una vez y otra vez conocen el exilio.
Ni uno de esos sollozos, ni una de esas vigili-
as, ni uno de esos éxtasis se quedó en el camino.
Están ahí guardados,
están ahí diciéndome que me aguarda la muerte.
Y mi cabeza cae, sobre mi sangre cae.
Y creo los nuevos signos del breve cementerio.

30-1-55.

Sábado

Cuando quieras tener tu casa limpia,
no busques brillos con agua y aceites
ni buen olor con ramas
y cortinas recién lavadas.

No.

Ama mucho tiempo, largo tiempo,
inmensamente.

Haz día la noche,
fuego la hora,
razón la impaciencia,
objeto la dádiva,
fin el encuentro

aunque entonces no digas nada
y mires el punto de los pensamientos en el techo.
Y nada más.

Pero cuando llegue el olvido, de pronto,
como un vendaval en primavera,
o el sol en la niebla del otoño,
y sientas que te quiebran los huesos,
que te abrasan el alma,
que te deslíen espinas en la sangre,
que en tu cabeza hay un anillo girando,
torciendo nervios,
burlando memoria con implacable brillo,
entonces anda despavorida,

recorre los rincones, ve a la ciudad de este a oeste,
grita, gime, no duermas,
deja que el llanto sea como un campo de maíz ardiendo
rodando desde detrás de tu ojo;
álzate, cae, espera, razona como un hombre, ciégate como bestia,
toca en la hoja el tiempo y en el llanto la muerte,
suplica, increpa, arrástrate,
exige hasta la ira,
que después, un buen día,
un día martes o sábado después del rompimiento,
con aserrín tendrás colmada la materia,
te sentirás vacía, otra, vacía y naciendo,
casa limpia sin dueño,
y tú, Dueña,
sin serlo.

3-6-55.

El abanico

Como la luz si se abre.
Bello cerebro, amable pensamiento,
compañía sostenida,
horizonte de viento prisionero.
Erguido, solitario, el varillaje
ha rumoreado desde el nacimiento
su origen de gemelo de las manos,
su sola identidad de estío y de hoja,
de espada contra lumbre,
de palmera tronchada y de rocío.

Sólo en su campo mínimo han podido juntarse
las barbas de la espiga, tan tranquilas...

1963.

Asco

Trapo y basura hallarás siempre.
Nervios, entrañas, carcomidos.
Ojos para mirarlo,
manos y oficio para su acabamiento,
ningún sentido para devolverlos
al origen,
ya en ellos sola memoria.
Trapos, basuras, gusanos,
hojas secas, desperdicios,
cabellos como telarañas
en el viento.
Una flor?
Cómprala.
Hasta el jardinero trae a la puerta
su cuota de mezquina indiferencia,
se regocija si el gusano cae
-azufre devorante-
y sonrío
pensando en más trabajo
y más monedas.
Combato -sólo yo- la ruina en el jardín
entronizada.
Polvo sobre las cosas,
sobre una misma
como sobre las cosas.

Entiendo ese quererlo todo ya vencido.
Es la única manera de olvidar la belleza.

1965.

Exposición

Me llamaban los girasoles.
Aquel gran viento
que destruyó en el tiempo los que vimos
florecer a lo largo del Sur,
es el mismo estático que aquí
desbarata estas oscuras corolas
de verano y de fecundidad
ardiendo en un solo matiz,
mientras los pistilos,
los estambres,
las esporas,
-toda esperanza-
vuelan atormentados como una
bandada de estrellas en la tarde,
enloquecidas.

1965.

Ausencias

El avión, altísimo, sonando
entre plumajes de humo,
fue un sombrero ridículo
en la inmensa cabeza de la tarde.

1965.

Llaves

Qué van a hacer, por Dios!
Si ahí detrás, adentro,
está la casa
y la vida,
¿A qué pedirles que salgan
ni para qué mirarlas como son,
si son?

De todos modos,
dentro o fuera,
de nada sabrán nada.
La cerradura
es un ojo de Dios.

Y ustedes,
¿quiénes?

29-11-64.

Poemas sueltos

(1945-1965)

Pensamientos ante un pájaro muerto

Ahora estás ahí en la pequeña mesa de juego.
Sobre el cristal negro brilla tu cuerpo rígido
como un topacio que dejó su anillo.
Bajo la rosa eras apenas una fruta extranjera en el jardín,
un ovillo de mínimo amarillo vespertino
una gota de estos crepúsculos de vino y miel ardiendo
que derraman cestillos de mimbre y de manzanas
sobre la falda azul de la llanura abierta.
¿De dónde pudo haber caído esta quietud diferente?
Bajo este aire aturdido
¿qué puede resistir su acometida
tan sordamente fijo a la raíz oscura
que la tierra parece respetar la sorpresa?
Eras tú, breve pájaro amarillo muerto,
con un nombre cualquiera bajo el sol del verano,
con la cabeza echada sobre el pecho en esa curva fría de la
inicial del reino,
con las alas ceñidas al costado cerrando el anuncio fatal
de la podredumbre,
con las patitas duras apretadas al tallo esencial de la muerte,
con el pico cerrado ante la estrofa fúnebre que no leerán tus ojos,
porque llegué a mirarte cuando ya las hormigas habían
devorado la luz y sus paisajes.
Estás ahí, tranquilo, amarillo, tranquilo.
Tu muerte en la mañana ha endulzado los vinos de mi antigua tristeza

y ante el cerco mortal mi corazón echó a rodar sus aros
por la plaza del pueblo,
de la mano del niño que te sigue pintando
después de haber mirado la hoja de tu vuelo y su huella sonora
por el tiempo y su oscuro áspid de lejanía;
por todos los caminos que tú ya conocías
y por éste de ahora que antes que yo conoces.

Estás ahí tranquilo, amarillo, tranquilo.
Maté las trece hormigas que comieron tus ojos.
Ninguna dio la luz que sorprendiera en ellos.
Y rodaron al viento bajo todos los pasos.

Quisiera hacerte un sitio al pie de la ventana.
Ah, si todos los hombres y los niños del mundo,
las madres, las mujeres, enterraran los pájaros al pie de las ventanas,
qué distinto sería el recuerdo en el aire!
Cuidarían de las bestias en torno de las casas sus pequeños fantasmas;
crecería una ronda de alas y de cantos
y podría decirse: ahí vive un pájaro muerto”
y en la voz se unirían las ventanas del mundo:

—¿De qué color, hermano, era el que recogiste?

—¿Lo mató la tormenta o el perro vigilante?

—¿Quién le cerró la red del vuelo esta mañana?

Podría dejarte ahora sobre un ramo cualquiera
para que el sol mañana se sorprenda al hallarte

como una flor expósita de infrahumana fragancia.
Mas, ¿qué dirían los pájaros si no acudes al vuelo?
¡Cómo me duele verte con tu estrella de azufre opaca y detenida,
incapaz de incendiar la rosa de los vientos!

Es tan breve tu muerte, tan limpia y sin atuendo,
que en vez de echarte tierra sobre las plumas lúcidas
voy a atarte las patas a este ramo de rosas
y a dejarte en el árbol de la copa más alta,
con mortaja de aire,
con este sol de altas ceras inacabables,
con la noche y su inmensa pluma de vaguedades,
libre y arriba, en alto.
Como un pájaro.

1951.

Árboles y cigarras a mediodía

Los años los elevaron fuertes
y el ramaje irrumpe coronándolos.
Así están después de la victoria
viviendo en el descanso contra el sol,
erguidos sobre la más breve mortalidad del bosque.
Arriba permanecen hojas y flores rumorosas,
alto flujo redondo -pensativo-
apenas entreabiertas por los vientos
como algas en el mar
o umbela sacudida.
Una cigarra estruja su fósforo de cantos
y una fricción de alas contamina los árboles,
crece en ráfaga inmensa
abrasando el cordaje estival del mediodía,
forma un súbito coro
hasta la crispadura transparente
en el aire suspensa,
y por voluntariosa, consumida.
Nunca oí más violento nacer y triunfo y muerte
que este crecimiento de la nota de origen.
En las cortezas, a los ojos de todos,
hermanas de las altas, permanecen:
gotas de resinosa algarabía instantánea;
alfileres crujientes,
fieles del bosque bajo el cilicio solar,

furias pacíficas,
piedras del resplandor,
ojos de la sed sonando
hasta cuando la mano desbarata su éxtasis de vidrio
para seguir buscando
la nota inacabable de la luz.

1957.

Romance en mitad del viento

Al Norte, el viento desnudo.
Al Sur, la brisa en enagua.
Por el Este, el remolino
trae el chubasco a la espalda.
En esta tierra del llano
solamente el aire manda:
baja la cabeza el árbol,
cimbra sus grifos la paja,
el chaparro muerde el polvo,
la flor vive dominada.

El potro es rauda escultura
sobre un pedestal en marcha.
Entre los cuernos del toro
toda la luz se desangra.
Yo no sé cómo los pájaros
no han perdido aquí su mapa
ni cómo el agua va en cauce
ni el horizonte, a distancia,
las nubes fieles, arriba,
con el azul en las ancas.

Yo no sé cómo sujeta
la cabellera y la falda
la noche de los veranos

cuando el cielo en aire avanza.
Ni cómo prende la estrella
su clavel de fría plata
ni cómo cierra la luna
su brazalete de nácar
ni la palmera sostiene
su peineta de esmeralda.

Al amanecer comienza
su ronda blanca en las ramas
y crece su adolescencia
junto a la de la mañana.
A mediodía su frente
en rosa de fiebre estalla,
su perfil es mimbre de oro,
su aliento, de un dios en llama.
Hacia el reino del crepúsculo
su pie de pluma resbala.

En la soledad, entera
su voz íngrima resalta:
van rebaños perseguidos
por envenenadas flautas,
serpientes de seda lánguida
entre las rodillas, pasan;
búhos con ala de vidrio
mueren junto a las ventanas;
la sombra trenza su pelo
con ramos de madrugada.

La cornamenta del fuego
y la guitarra del agua,
en la oscuridad conciben
ciudades de lino y malva;
la mujer y el hombre unidos
tienen espasmo de ala.
El universo es un trompo
de rauda cinta escarlata.
Transparente y leve el tiempo
como bestia mansa, avanza.

Y es que cuando el viento sopla
la tierra está arrodillada,
muda como una semilla,
sumisa como una estatua,
con un silencio de cobre
que hace olvidar las campanas,
rota la voz aromosa
en la sedienta garganta,
fecunda en el sueño gris
que le traspasa la entraña.

Al Norte el viento desnudo.
Al Sur la brisa en enagua.
Va a nacer el aguacero
de pie sobre la sabana.

1949.

Sonetos a la sombra de Sor Juana de la Cruz

(1946-1962)

A una rosa blanca

Bajo un rayo de sol dobla la rosa
su redonda corola, entristecida
por la luz insistente y suspendida
sobre su albor, como una mariposa

cuya vivacidad quema y acosa
su aroma, su esplendor, toda la vida
de ésta que es una rosa sometida
a morir siendo flor y no otra cosa.

Yo la miro y mirándola imagino
que placería a tus ojos contemplarla
y que a tu corazón encantaría

compartir junto a mí el fugaz destino,
la soledad con ella, y alentarla
para que no se muera todavía.

1962.

Ruego doméstico

Denme la paz en casa. El armonioso
orden de cada cosa, esa lenta
inamovible muerte, que sustenta
cada objeto, en su sitio y en reposo.

Que lo nuevo, lo usado, si está ocioso,
no esté desordenado. Es afrenta
de materialidad, que me atormenta,
el final abandono de su gozo.

Haya la complacencia del azoro,
la clara diligencia femenina
combatiendo molicie con decoro.

La rosa de la casa no sea espina,
ni se apague la lámpara de oro
en cuya luz quemé toda resina.

1959.

Desencanto

Que tu garganta esconda otra palabra.
Que tu cabeza guarde otra sentencia.
Que sean tu razón y tu conciencia
dirigidas a dar nuevas batallas.

Esas que está pidiendo tu mirada.
Esas que te consumen de impaciencia.
Esas que te reclaman con urgencia
la esencia y forma de tu llamarada.

Nada espero de ti siendo yo misma.
Y me basta la fe de hallarme viva
la voluntad altiva, que es aliento

y me descubre el corazón vacío,
como si nunca hubiera sido mío
sino un absurdo y raudo pensamiento.

1956.

La ciudad instantánea

(1964-1966)

A Caracas

I

Un arpegio verdiazul y continuo mantiene
la cordillera alrededor de la Ciudad.

A veces puede la niebla
escribir su liviana melodía
en el monte más alto.

Mas, lo eterno es este azul cromático

Suspenso

cerrándose en sí mismo en torno al valle.

II

A la montaña, el incendio
y el hombre juntos
un día, le abrieron un entredós de mandarina.
Se lo cosieron con aguja estéril,
con hilo de sequía irremediable.
Y apenas queda entre sus ojales, abiertos
a trechos de desnudez
-mientras llega el estambre de las lluvias-
la cinta crujidora del viento
sobre heroicos plantíos de claveles,
sobre morados pastos de dragones,
sobre un vaivén continuo de gladiolos,
sobre un pañuelo azul de nomeolvides,
entre macizos húmedos de helechos
y ágoras de palmeras,
que condecoran con violencia y ruina
los collares del fuego
y el monograma de las huellas,
que sólo pueden tocar sin borrar
las mariposas.

III

Imprecan las colinas:

¿quién, dónde está el que nos avasalló el seno
de juveniles permanencias?

¿Quién nos tatuó de aridez,
nos empavesó un rostro de acritud
para esta soltería erosionada?

Hombre y verano, juntos,

ebrios un día,

talaron el mantel donde el vino

y el pan alguna vez servirían la heredad.

Se secó la opulenta migaja.

El hontanar

se convirtió en vasta avidez.

IV

Por las mañanas, por las tardes, por las noches,
esta blanca presencia acude a la montaña.
Aderezo o encaje, duna o guirnalda,
alero de vellones, litoral de garzas,
cinturón de palomas,
lo cierto es su dibujo de levedad estática,
su urdimbre dócil,
su nube de espuma sostenida
que desaparece
si el crepúsculo con mano luminosa
desnuda la vegetal altura.
Adolescente o viejo,
hombre o mujer,
coro de ángeles o muro de fantasmas,
lo cierto es su fidelidad,
esa nieve suspensa,
su campo enlunado de arroz y de nardo,
de espigas florecidas que crecen
bajo la tormenta,
y entre lluvias construyen
este largo balcón de margaritas.

V

Esta es apenas la memoria de un río,
con lecho impuesto y curso de mentira.
La Ciudad, creciendo,
comenzó un día a negarle
la plenitud de la floresta.
Y ya sin el amparo raigal de las colinas,
sin la afluencia húmeda,
sin compañía genésica,
se fue agostando como amor solitario,
como un pequeño dios al que natura
después de engendrarlo, le negara
los maternales signos de la sobrevivencia.
Mas, sobreviene alguna vez.
Sacude su cabeza remota de humus y aguaceros,
se esponja en la estación
como una zaranda de pájaros y flores.
Y en el rito del agua
resbala en los estratos milenarios,
corre su vacación de lluvias
por sementera y pueblo,
sobre sonrisa y llanto.
Y escribe un margen turbio a la Ciudad,
posiblemente insatisfecho de su destino,
a un lado del gran texto de piedra.

VI

Un bosque de cafetos y caobos
donde resonaron las voces del Obispo,
las del Cacique, las del Fundador,
y que se agosta y se renueva
o es vencido y triunfante
en árbol, flor, en pastos y avecillas,
ahora siente cruzado por máquinas y ruidos
su cuerpo de constelación fragante,
dominado el amor de la naturaleza
por un enjambre de insectos artificiales
que va soltando el tiempo.

Lejos quedó la vena de agua surtidora.
Y la ausencia
instala un largo sollozo de verano
entre los cortinajes del bambú,
por encima de los antiguos árboles
solitarios.

La savia que sostiene sus propias esculturas
ve derribarse, lenta, crepitantes estatuas.

VII

El único juego de dominó que no termina,
que no acuesta las piedras
de los jugadores
es éste de las altas construcciones
contra el viento y el sol
sobre las mesas del valle.
Desde la colina los miro.
Azules, rojos, blancos, grises.
Colores
de las piedras del dominó
de la Ciudad.

X

El mejor zoo de la ciudad
lo tiene este cielo.
Grandes osos polares inmóviles,
garzas detenidas en el jagüey azul
de los estratos,
colas de pavos reales
abanicando el furor crepuscular,
saurios que devoran las primeras estrellas
en el estuario donde desemboca
el inmenso río celeste,
serpientes de resplandor,
pulpos entre las margaritas del mediodía,
remolinos de nimbus
como bandadas de alondras
a punto de desintegrarse
en el trueno;
aerolitos como peces
y cardúmenes de constelaciones.
Y el zarpazo de la tempestad
en el relámpago,
degollando este mazo de nomeolvides celestes
que la mano de Dios ata con el arcoiris
sobre la serranía.
Caballos cenitales, zorros nocturnos,
liebres y conejos de la alborada,
lentas vacas plúmbeas,
palomas brillantes en el candelabro de oro
de la mañana.

Y la oveja más mansa de la brisa
desbandando millones de alas
en el soplo lustral de los amaneceres.

El zodiaco, entre tanto,
ciñe sus figuras al anillo del Tiempo.

XIII

De pronto la Ciudad
recobra la memoria
en las banderas.

XIV

Haciéndole peana a las grandes columnas
están las cajas de cepillos
para las barbas del viento.
Tijeras que no cortan la rutina
-ese molino ciego en el que exprime la vida su mazorca-.
Medias como neblinas para mujeres,
cintas que dividieron el color,
invitaciones del alfabeto
en lápices que guardan la heráldica del bosque
y las tintas y sus violetas embotelladas.
Juguetes al azar, anteojos sin miradas.
El tiempo enfundado en los paraguas,
el vacío panal del mosquitero,
las cestas y sus finos laberintos de juncos,
globos como monedas,
flores para todas las estaciones
los planetas untuosos de la ambulante frutería,
la dulce nieve cálida de las formas de azúcar.
La amistad del café, su alcornia derramada
en tanta taza de ansiedad o tedio,
en tanto sorbo oscuro de entretanto.
Todo está aquí, todo cuanto vende la necesidad
y es tráfico de periódico o guiño de neón,
nada igual a sí mismo, a su elemento.
La Ciudad enreda hilos de gritos,
cose con agujas de velocidad,
ampara volúmenes enloquecedores,
provoca a los pacíficos,

crea ritmos de prisa y nada,
de ahora o nunca,
de esto por esto.
Rapto de trueque o muerte.
Esto y más que no es palabra
es la Ciudad
incontenible en ella.
Esto y más que es la miseria.
Esto y más que es el lujo.
Teléfono y demolición, rancho y
propiedad horizontal,
radio para la soledad andando,
tv para dialogar con nadie,
para ser espectadores abstenidos.
Y por sobre todos, algo,
algo,
algo que pasa y repasa
gestando, gastando
vida en volandas,
muerte volando con su gran cruz
para los empecinados
y su corona de cielo encima de todos,
siempre.
Y el día bramando como un toro rucio
que cada uno mata como puede
para contar su cuento que es su vida.
Y la noche borracha o abstemia
en la mano de un vagabundo como puñal o llave,
en la mano de alguien como esperanza o sueño.
Campanas de rezo, perdida agonía,

música de alegría pero de proceso,
todo junto y aislado,
astro intocado,
sol al que nadie ha ofrecido visita.

Alguna vez, tormentas que descargan sus orquestas de jazz
como lotes de negros en viaje sin discriminación.

Casi siempre el verano abriendo pergaminos
de vidrio incandescente
sobre anémonas levísimas, solitarias, que emergen
entre piedras y cactus.

Y el ruido,
ay, este ruido,
zócalo sonoro,
friso de resonancias,
arboladura y tuétano del eco,
el ruido.

Y de pronto en todo esto
algún parque, algún verde, algún puente y el río,
nidos, amor, la brisa
y un rato para dormir.
Y nada.

XIX

Vestidos, desnudos, con andrajos,
los niños juegan
y son color que atraviesa las calles y los parques,
como haces de luz
las ventanas del aire.
Aerolitos, vitrales, reflejos,
¿a dónde van?

XX

Lo que brilla alrededor por las noches
no es de fiesta.

Ni vigilia distinta a la vigilia.

Ni más amor ni pena.

Es la vida. Otra vida.

Pero vida al fin

que le cobra en altura terrena

a la Ciudad

lo que en el valle fulge

apretado en secreto.

Sin embargo,

arriba o abajo,

en las colinas alrededor

o en pleno valle,

la gente tiene

un idéntico signo

de sal, de vino, de óleo

y el exacto final.

XXIII

No son ruinas de otra acrópolis
que los dioses derribaron.

Son columnas inconclusas
que los hombres de hoy levantan.
Los conflictos de las almas permanecen.
Y en la piedra, en el mantel, en el color
se hacen fraternos.

Por aquí como los vientos
pasaremos.
Pasarán como los vientos
los que vienen.
Sucesivos los caminos no se pierden.
Son los pasos de los hombres
los que mueren.
La Ciudad se yergue y cae
como en el tiempo
sangre y polen, vida y muerte
se suceden.
Tú no esperas. Otro espera.
Todo existe.

Como tú y como los otros,
como yo, como los siglos,
siempre iguales.
De regreso y despedidas
están hechos
hoy, mañana, ayer
y siempre.

XXVI

Aves y pájaros rezagados
abren sus vuelos
entre ceibas, samanes, eucaliptos.
Huyendo de los ruidos vuelan alto
sobre las cruces de las iglesias,
creándoles frontis a los edificios,
como si fueran altos pensamientos.
O abren sus rompecabezas
en el estrecho cielo citadino
para que nuestras miradas descubran
la figura del vuelo.
No se han ido todos de la Ciudad,
aunque los ahuyente un aire enfermo
y ruido y movimiento.
Aunque sólo algunos hallen sitio
a un lado de la vida de alguien
que aún los ama.

XXVII

En las casas solariegas
la antigüedad resiste.
Se esconde en el corazón
de las maderas.
Ve aplastarse sus senos y su vientre
debajo de las pinturas.
Y encima de sus muslos y sobre sus rodillas
el peso de los siglos poseyéndola.
Delante de su rostro,
por sobre su frente,
sobre su cabeza,
pasan las generaciones curiosas
hacia su propio olvido,
como Argos multiplicado
que nunca acaba de traducirle
al sentimiento
la mirada.
Entre ellas
el tiempo ocurre en gestión
inaplazable,
mientras ven aplazar sucesivamente
su muerte,
por todo el amor de los amantes
que aman su inmortalidad.

XXX

A veces la tradición
grita sobre los escombros
como una mujer enloquecida
que pregunta
por sus perdidas joyas.

XXXI

Las buganvillas, amigas poderosas del aire,
combaten el sol y el verano
con sus largos ramos floridos.
Con ellos lo incitan,
lo llaman
no sé para qué
si él no puede
hospedarse allí más que el instante
mismo de su permanencia,
la instancia mínima que ninguno de nosotros
puede calcular por eso,
porque es el viento.
Entre ellos —los ramos y el viento—
no puede haber más amor que el que ya existe:
el que conocen los primeros meses del año,
al florecer entre los últimos fríos decembrinos
y los raudos resoplidos de marzo.
Veo las trinitarias florecidas
tocar el verano
que es la piel del trópico.
Las veo temblar en cada capullo
que recuerda la forma
de los tulipanes,
cuando cabecean en el mediodía
contra las paredes de mi casa.
Y pienso, viéndolas tan ariscas
y esbeltas
fulgir en sus colores allí donde rosas y jazmines

languidecen atosigados y tristes,
que son copas que quedaron vacías
y empequeñeciéndose
desde el día de su advenimiento
a la larga ebriedad equinoccial.

XXXIV

La avenida se ilumina de apamates.
La leve luz redondea amatistas en el crisol
del mediodía
mas, no brillan,
porque el olor de miel floral
vence la piedra
con su temblor
erguido sobre los minerales.

XXXV

Las iglesias son
el místico archipiélago.
Ah, el largo solaz de la oración,
su agitado zarzal solitario
cuya flama alumbra
el ignorado rostro de la Omnipotencia.
En el aire las torres señalan
las plegarias,
su secular instante reiterado.
Y un atrio sonoro abren las campanas,
multiplican el ara.

Afuera el sol oficia en ellas
su largo rito de oro.
La luna es la aureola
de la imagen nocturna.
La madera regala su sombra para el gesto.
Toda materia rinde el mortal vasallaje,
eleva sus vitrales de color o de aroma.
Afuera espera Lázaro el óleo fariseo.
Y es la piedra del símbolo
la que sostiene el púlpito
desde donde los siglos hablan
con Jesucristo.

XXXVII

Como gatos hieráticos
uno detrás de otro,
vigilantes,
cazando el cardumen transeúnte,
—los peces de color de la velocidad—
en el mar nocturno se yerguen
acechantes
los faroles de las autopistas.
Sus pares de ojos fosforecen
fijos sobre la palpitación rauda,
abiertos en la luz mercurial que los alienta.
Y no se cansan
en su pie de hierro sostenidos,
en su estirada cacería imposible.
Como ojos de lechuzas en las ramas del viento,
como ojos felinos en mástiles,
como ojos que ven por la geometría
desde lo alto de su espinazo metálico,
gran exposición de gatos nocturnos,
huesos de gatos negros con sólo
ojos
brillando.

XXXVIII

En el duodécimo piso de un andamio
contra el sol de la tarde,
las siluetas de los albañiles.
Uno a otro se pasan ladrillos
(deben ser ladrillos)
y parecen saludarse con suaves genuflexiones,
inclinados, uno frente al otro.
Es un ballet gris contra
el ardiente sol del verano.
Los veo como al fondo de sus perfiles
veo las nubes,
pasándose una a otra
el inmenso resplandor de este crepúsculo.

XXXIX

La gente se apretuja
en las ciudades, en los edificios.
Se junta en obligada fuerza.
Si supieran hacer miel
como las abejas!
Pero hacen días como vinagre.
Y las comunicaciones tienen las sorpresas.
Las casas abiertas, rodeadas
de terrenos, de jardines,
parecen desafiar la acometida
resistiéndose.

Y el habitante concurre a las grandes
convocatorias generales.
Qué soledad en tanta compañía!

XLI

Hubo algunas fuentes en su origen.
En medio de una plaza, breves y tímidas,
irguieron sus astromelias transparentes,
sus líquidas zarandas,
sus frías umbelas
que ahora se repiten,
cristalino rumor, frescura dominada.
La Ciudad las estrena.
Parece recogerse los cabellos
con sus fugaces lazos,
con sus horquillas frágiles de vidrio.

XLIV

La noche
con traje negro de cuello alto
en el que las nubes
no dejan ver el collar de las constelaciones,
encima del estadio deportivo
sostiene encendidos
altos estandartes de neón
alrededor de los juegos.
Los que pasamos por la autopista
—que es un momento de pasar por la vida—
solamente oímos los gritos de la multitud
y miramos
palpitando al costado
de la inmensa estructura
como al corazón del juego,
la llama olímpica,
que es llama contra viento
y en las manos de las generaciones,
aleteante lengua desesperada
que quiere decirle algo
—aún!—
a la inmortalidad.

XLV

Desde la cima del monte
—verde, azul, rosa, morado—
miro cómo
alrededor, por las noches,
la Vía Láctea baja a las colinas.
Se tiende paralela a la serranía
a acompañarla en la intemperie.
Silenciosa, enciende sus astros.
Y permanece desnuda y alumbra
hasta que el sol la cubre.
(En la Ciudad, en la tierra,
el sol apaga las luces que enciende el hombre
y el hombre desnuda e ilumina la noche).

Oración por los árboles de los caobos

Por la inocente gémula, temblorosa de savia contenida que dio a luz estos árboles, no los dejéis morir.

Por la primera raíz que se atrevió a extender su vena húmeda, buscando los más puros hontanares, no los dejéis morir.

Por la hoja inicial y el pequeño tallo que no quiso dejarla subir sola a la altura donde el viento comienza su peregrinaje, no los dejéis morir.

Por el empuje de su crecimiento, por el mínimo ímpetu que levantó a los ojos de la hacienda sus iniciales verdes promisoros, no los dejéis morir.

Por los servicios que prestaron a la hormiga cuando solicitó su refugio, amenazadas por las crecientes de quebradas y por los aguaceros, no los dejéis morir.

Por la esperanza que mantuvieron desde el principio para los frutos del café, junto a su costado en la doble ascensión de verdes y rubíes, no los dejéis morir.

Por esa adolescencia de rumor y de frescura, por haber sido testigo de los primeros amores entre la ciudad y el campo, cuando ella comenzó a avasallarlo, no los dejéis morir.

Por resistir con brío la acometida de la tormenta, el acero frenético del relámpago, las gigantes manos del viento sacudiéndolos, no los dejéis morir.

Por haber sabido tolerar el hacha del hombre, la invasión de la máquina, el aliento devastador del tiempo, no los dejéis morir.

Por las mariposas y los pájaros que en ellos se encuentran para comentar el aparecimiento de la última flor, la vecindad de pacíficos gusanos y para recibir las postales del aroma, celebrar las íntimas meriendas del néctar, y hallar el pecho de una hoja para descansar del mediodía y del vuelo, no los dejéis morir.

Por los amantes que bajo su fronda urdieron su migaja de sueño; por el solitario que allí recuerda los amores perdidos, por el mendigo que duerme bajo su inmensa limosna de libertad, no los dejéis morir.

Por los niños que entran a sus dominios como si entraran a una catedral donde las imágenes sonrían y les permiten subir por sus vestiduras y amparar sus juegos bajo la aureola beatífica del verde, no los dejéis morir.

Por la lluvia que cuando baja del cielo puede estar segura de hallar sus escalas de esmeralda para no caer ni herirse los delgados pies fugaces, no los dejéis morir.

Por el agua compañera de su reino, por el fuego que en ellos se hizo frío y fecundo, por las estaciones que son sus únicas amantes conocidas, por la tierra que los iza desde su entraña como mástiles, como banderas, como torres, como a espadas, como a árboles, no los dejéis morir.

Por el viento que todos los días encuentra con quien jugar en la infancia, con quien competir en la agresividad de los chubascos, a quienes contar sus viajes en cada regreso, sobre quienes dormir en cada hora del ángelus, no los dejéis morir.

Por la orquídea que vino de tan lejos a refugiarse en sus altos y fuertes pechos de gigantes, por su melancolía de color y de origen, por su soledad ahí prendida por la vida, no los dejéis morir.

Por la belleza, en fin, por el amor, por el sol y la estrella que como la belleza y el amor pueden mirarse y creerse tan cerca a través de sus ramas y del reconocimiento, cuidadlos para su salvación que es la salvación del bosque y su dominio vegetal; y no permitáis que la muerte venga a su inocencia de criaturas antiguas si podéis mantenerla por los siglos de los siglos en el reino más dulce de la tierra.

1959.

Retratos y tormentos

(1960-1972)

1

Al fondo de sus ojos brilla en doble resplandor de quemadura dorada, el canto de un gallo rojo. Son dos claras notas iracundas. Dos picotazos que se humedecen en el claro amanecer de la mirada. Apenas vistos, encuentro toda la vida en ellos. La vida suya, brillante y fragorosa de ímpetu contenido en el cerco de las ojeras, intención y palabra some-tidas. Un gesto sensual abunda en la nariz por cuya piel baja el rubor desde la frente creciendo en un oleoso y corto derramamiento arrebo-lado. Si miro las cejas, hasta el cabello se va el reconocimiento. Como encrespada fronda, lo agitan levemente los nervios desde la frente, sin dejar sola la turbación del párpado. Y el cabello, tranquilo en su cima de coronaciones, puede fulgir en ráfaga, de pronto. Las orejas, pequeñas, más que lo que son parecen ensenadas para todos los barcos del silencio, que antes deberán cruzar la suavidad fluvial de la barbilla, el pozo mis-terioso de la boca, su brocal de brevas en otoño; cuando el sol apenas roza la fina pelusilla enmielada, sobre la que se detiene alguna palabra temblorosa para huir con la voz hasta la entraña y ahí guardar secretos o evadirse, escondida en sus propios sonidos.

2

Sobre la cabeza el pequeño sombrero parece un nido. Hasta tiene una pluma coloreada. Y no se descubre la cabeza. Con él trabaja, puesto.

El torso delgado, nervudo, semidescubierto porque la malla de la camiseta lo ciñe apenas, muestra los hombros angulosos, el pecho, las axilas cerradas, en el oficio de su inclinación hacia la tierra. Ellas deben parecer un hormiguero reunido, igual al que se le pinta en el pecho y se le reúne a los lados de la cabeza y de la nuca, de vellosidades raleadas.

Me mira como si yo fuera una planta también. Y así como mueve los hierros arreglando el jardín, así mueve, precisas, las palabras. Agachado mientras trasplanta las margaritas, se le abre detrás una franja sobre la piel de la cintura, entre el cinturón y el borde de los pantalones, como un surco estéril.

Mirándolo, recuerdo a John Tomás, aquel jardinero que se sembró de amor en la propia Ama.

Y te amo hacia el pasado.

3

Querría tener un pañuelo de Madrás, de aquellos que conocí arrollados alrededor de las cabezas de las culisas, cuando fue mi infancia. Las mujeres subían por las calles de mi pueblo con grandes canastos de verdura, olorosos a campo y a esencias vegetales, llenos de grandes malabares húmedos por la reciente lluvia, ardiendo como pebeteros en el perfume bajo el ardiente sol del trópico. Quisiera un pañuelo de Madrás. Que hubiera atravesado el mar de Omán, el Océano Indico, su intenso azul eléctrico de mariposa nocturna enceguecida, que destrozara sus alas inmensas contra las costas de África y de India, como si le dolieran, y quisiera romper las grandes ajorcas de plata de las alas, su oscuro color de especias nacido de la selva ecuatorial.

Ese pañuelo de Madrás devolvería a mi cabeza la memoria más fresca, la despertaría quizá de su letargo de dudas y quebrantos, la enjoyaría de rubíes por toda la sangre perdida luchando, llorando, contra edades y sacrificios, posiblemente seca en el telar que dispuso el color de su huella verdadera. Lo usaría con mis pulseras de plata guardadas de aquel viaje. Y quizá algún día andaría de vuelta la calle que pasaba por mi casa hacia la Escuela, el Río, la Catedral, la Plaza, hacia los morichales. Y sería como devolverme por la vida a través de más de cuarenta ladrones y a través de más de mil y una noches.

4

De su país se trajo la estatura, su fuerza corporal y su idioma distinto. Cuando pasa en bicicleta por la calle, seguramente recuerda las calles de su pueblo, porque canta bajito una melodía que yo recuerdo haber oído en su país y que aquí, bajo el sol nuestro, es como un paisaje en una postal, volando.

De sus ojos, uno se entorna, pestañeante. El otro se abre hierático, vidrioso. Así, parece su cabeza la de un dios antiguo que prefiere no ver sino a medias el mundo. Sus manos, cuando sueltan o aprietan los tornillos de las llaves del agua, lo hacen como si abrieran o cerraran las fuentes mismas de la inmortalidad. Por algo vino de Italia, el país más azul que he conocido.

5

Por favor, convertid el pañuelo estampado con flores en un día de mar, para salir a quemarme en su orilla, al sol, estas piernas que se me confunden entre las margaritas. Sacadme del sombrero de copa. Quiero salir a pasear por las nubes con él, llevándolo como una malla negra para cazar estrellas. Dejadme entre las naves de la col, cerca de los candiles de las zanahorias, juntas bajo la tierra en un repique apagado de fuego. Porque sobre los rábanos no podría dormir. Son mis remordimientos. ¡Pero por favor! ¡Quítenme del escenario, de entre las candilejas empeñadas en cerrarme las fronteras de la tierra. Líbrenme de hacerme figura de teatro, cuando yo sólo quiero no sentir que el puño de la magia me aprieta la cabeza torturándome, como si yo tuviera que ser el único conejo del mundo que se deja atrapar por la prestidigitación!

6

No quise ver cuando derramaban el árbol. Joven y frondoso, lleno de frutos, me había acompañado por diez años frente a la ventana, al fondo de la casa, recibiendo los pájaros y el viento, la lluvia y el sol, en anfitrionía incomparable. Pero rompió los muros a raizazos y hube de aceptar su muerte y esta horrible memoria del muñón hirviente de savia, brillando, rubio, bajo el primer sol de la mañana, como un puño enguantado en oro de protesta.

Vértigo

De espaldas sobre el movimiento,
girando en un átomo cuyo rigor
quedó solitario en él mismo,
el color se desciñe en mil puntos negros, en un arpegio
donde los girasoles cumplen
su destino de luminoso itinerario,
en una silla negra,
frente al vacío,
en el vértigo girante,
y sola la soledad en su murmullo de provocaciones,
un grito varias veces repetido anonadó la estancia
donde los hemiciclos giraban
sobre una cortina de saluciones.

De las condenas

La casa sola se llena de silencio,
como de un agua leve como el aire
que atravesamos como astros o como quillas,
las únicas cosas capaces de cortar
la densidad de la hora solitaria.
Inventada norma de amor o convivencia
donde la soledad escuece
como el sol tropical en el cénit,
el morir de silencio en la noche
poblada de constelaciones dolorosas,
el morir sin nadie
como si no hubiera Dios —que nos dispone—
como si animales,
como tierras baldías entre el incendio,
como río sin lecho
donde echar a correr su amor en estampida,
como si fuéramos condenados a muerte
por morir sin llamar a quienes nos prohibieron
la palabra.

Teatro solo

Se apagan las luces sobre las genuflexiones.
El pasado hasta hoy quiere cubrir lo natural.
Ahora
es sacar a relucir como piedra magnífica
el socavón de los milenios,
iluminarse con cuanto para el futuro
se tiene como signo.

Experiencia

Mueve la cabeza sobre la columna.
El cráneo sobre las vértebras
de la espina dorsal.
Y sonríe.
Como las bailarinas
que danzan en el césped de las alfombras
ante el amo feroz.

Vejez

En la maleta de los viajes,
huele a tiempo guardado.

Soneterío

(1966 - 1972)

Diálogo con el Zodíaco y siderales

ARIES

Te corresponde, Aries, darle a mis sueños lana
de la que sobre tí calientan grandes soles,
veranos de diamante en humildes favores
como son dar la luz, la claridad pagana,

esa que se insolenta frente a cada mañana
con su asta dorada de nácar y alcoholes.
Hoy debes darme lecho de rosas, no dolores,
cordero de los cielos, constelación arcana.

Porque me estoy cansando de estar viva viviendo.
Harta el planeta amargo y el hombre amargo y duro.
El poeta está solo entre el ruido y la piedra,

que lo cercan y lo aturden. Tus favores pretendo
para esperar el día del dormir más oscuro
entre polvo y raíces, como si no muriera.

TAURO

Embiste, bestia. Inviste de poderío mi cuerpo.
Haz que resista el tiempo, su faena profunda,
tal como tú resistes el símbolo, en la tunda
a que te obliga Orión en el alto rodeo.

Cifras los dos del número zodiacal. En suspenso
de significaciones. Armonía en coyunda.
Juntos girando fijos en la seña errabunda.
Toro de astros, de abril y de mayo. Trofeo

de la feria celeste para el gran beneficio
del destino y su norma. Vespéral sacrificio
frente a Orión, dominante, de primavera el signo,

que en ella tienes campo para correr estrellas
como a doncellas locas, tocadas de centellas
y en la Vía Láctea juntas, en un solo latido.

GÉMINIS

Si se pudiera estar tal como ellos
con alguien para siempre, en armonía.
Si ese fraterno dúo de astronomía
fuera verdad para el amor, los sellos

de la más cierta realidad, destellos
de un mundo celestial, genealogía
de positiva suma, jerarquía
dulcísima y feliz, sin atropellos.

Sexo ni condición, virtud o vicio
los señala. Tampoco existe indicio,
razón de su presencia en los extremos.

Girando en el Zodíaco, el conjunto
parece el tiempo en vivo contrapunto
con la mortalidad y Dios: puntos supremos.

CÁNCER

Criatura horrenda, bestia del infierno.
No os pertenece el cielo. No sois suyo.
Os exiliaron dioses y cocuyos,
caballos, peces, ángeles, inviernos.

Quasimodo entre bellos. Cruel falerno
para embriagar a la materia. Orgullo
de la fealdad. Empecinado grullo
del ható de las nubes, subalterno.

No has carcomido las constelaciones.
En contra d' ellas quiebras ambiciones.
No se hizo la luz para tu enjambre.

Y si predices mal y desventura,
Leo y Géminis cuidan la criatura
hasta donde Dios niega tu raigambre.

LEO

Sacude tu melena de fuego y alabastro.
Pon a sonar el viento que corre entre planetas.
Ruge con los rubíes de Aldebarán y Sirio
y regálale a Venus un cirio de pinastro.

Hijo de la tormenta. Así digo. No hijastro
porque tiemblan, si quieres, relámpagos y truenos
si alguno del Zodíaco, mezquino, te provoca
la clara jerarquía legítima del rastro.

¿Quién se atreve a cazarte? ¿Te ha enamorado Diana?
¿Te promete crepúsculos, las noches, las auroras,
mientras brillan los dos, frente a la luna, inmensos?

Cuida, entonces, tus signos, desde por la mañana,
la selva iluminada donde reinas y moras
mientras esté despierto y exista el Universo.

VIRGO

Eres del mes furioso del sol y las candelas.
De los inviernos crudos del sur y sus metales.
Pareces una niña llamando a los umbrales
con un nardo, un laurel, un tallo de canela.

Cerrada, cerradura ¿cuáles llaves modelas
para abrir el destino a las buenas señales?
¿Quién te apartó de ferias, de orgías, de bacanales
y te sentó en la órbita donde el número velas?

Tan sola como Aries. Como Acuario. Tan sola.
Y como Sagitario. Pareces una ola
que al mar celeste pide horizonte y navío

para venir a tierra en la barca de Ulises,
Penélope de otoño con los cabellos grises,
linda vendimiadora, labriega del Zodíaco.

LIBRA

Altas, lejanas, ígneas margaritas
en las manos de Urano levantadas.
Ojos al aire, ciegos, sin miradas,
a un horizonte oscuro circunscritas.

Quieta la aguja pendular, no excita
el asignado movimiento. Atadas
permanecen sin polen ni aromadas
al símbolo de piedra. Allí gravitan

en la mitad del círculo, baraja
cuya lectura mágica desgaja
las interpretaciones de lo astral.

Dados para jugar estrella errante
a espaldas de su gesto dominante
hasta perder la noche sobre el mar.

ESCORPIO

Te aprendí a mirar la forma
de la cabeza a la cola.
Pareces una amapola
que en la noche se transforma,

pierde el veneno y conforma
una espléndida cabriola,
pero se queda alta y sola
en la figura y su norma.

Niegas tu historia de azote.
Te queda el lumíneo brote
de las significaciones.

En las nocturnas praderas
no haces daño. Y nada esperas
entre las constelaciones.

SAGITARIO

De frente a los gemelos, imprevistos
en desnudez y diálogos, apuntas
un secular acecho de preguntas
con arco y flecha y ojos siempre listos.

Arquero y cazador tan bien provisto
de fuerza y amenaza, descoyuntas
el resplandor de Aldebarán y ayuntas
en tu presencia al Ángel y a Mefisto.

Porque eres bestia. Hombre también eres.
Sin embargo, allá arriba a nadie hieres,
fijo en las latitudes invernales.

Y tu figura en la vigilia enciende
una lumbre de siglos que trasciende
lejos de los estíos equinocciales.

CAPRICORNIO

Te pusieron el cielo como un risco
para trepar y devorar verdores,
macho cabrío de álgidos ardores,
cuernos de cardo, olor de malvavisco.

Juegas entre la noche con el disco
de la luna. Lo gastas en furores.
Y ya en mengua de brillos y colores
abandonas su pálido asterisco.

Arremetes al fin de la jornada
y en el ímpetu arrastras la manada
hacia el girante círculo celeste.

Tu número es el ocho. El infinito.
Tu regente, Saturno. Y está escrito
que abres y cierras las anuales huestes.

ACUARIO

Dicen unos que el aire es tu reinado.
Otros, que el agua, heraclitana y pura.
Corrientes ambas de cualquier altura
son hondo y alto signo iluminado.

Un cántaro en el brazo, al hombro alzado
o dos estrellas de ávida estatura,
lo cierto es tu presencia y tu figura
y cuanto de ti anuncian, envidiado.

Sentado esperas la estación. Tu hora,
para lucir sin prisa y sin demora
mientras pasan las noches y los días

sin recoger el viento ni las aguas,
pez brillador o chispa de las fraguas
de celestes y antiguas travesías.

PISCIS

De la pesca total, sólo sacaron
a ustedes dos, boreales, inocentes,
para el hartazgo de las relucientes
figuras zodiacales. Inflamaron

su hambre voraz los monstruos. Y cruzaron
en noche de basalto, como en fuente,
los dos cuerpos fugaces, sin corriente
para el viaje que nunca comenzaron.

Sin embargo, perennes permanecen.
Nada ha sido capaz de destruirlos
en la opuesta armonía significativa.

Sus presencias del mar, quietas
ofrecen imprevisto esplendor. Sin advertirlo,
son del día y la noche semejantes.

La Vía Láctea

Un cataclismo de ordenada ruina
parece haber dispuesto sus señales,
su laberinto azul de minerales,
su gran rastro de pluma cristalina.

Orla de espuma sideral, germina
en rocío de cobres y corales,
liana de fuego, cingulo de sales,
friso nocturno, alga adamantina.

Dicen que fue de Juno leche suelta
amamantando a Hércules, infante,
y vuelta astral reguero de leyenda.

Cabellera de Venus desenvuelta,
mojada en mares de agua delirante,
desnuda, impar, en mito y en ofrenda.

La Osa Mayor

Un aire negro te clavó en la altura
como a un papagayo de diamante.
Quedaste ahí, lejana, en el instante
de tu propio dibujo, en la postura.

No se te ven los hilos de juntura
a la tierra ni al cielo. Fulgurante,
rígido vuelo eres, en constante
imagen racional de la medida.

Cerrado coto de una sola vía
sin cazadores y sin cacería,
mariposa de esmalte, banderola

que en el aire del tiempo se detiene.
Gran hermana mayor de quien sostiene
la estrella de navíos y de olas.

La Cruz del Sur

Con esas cuatro uvas rutilantes
-cerezas de mercurio y acerina-
con esas cuatro lámparas de esquina
que el Sur alumbran claras, vigilantes.

Con esos cardinales abrasantes
-cuatro conjuros contra la neblina-
con esos cuatro insectos como espinas
suspendidas en fuegos fulgurantes;

freno de la tiniebla y su caballo,
contraseña de espacios, descubierta,
escudo de familias celestiales

en la puerta del Sur y en los umbrales,
pareces la de Cristo, copia cierta,
memoria de la infancia, Cruz de Mayo.

Místicos

I CONTEMPLACIÓN DE CRISTO EN SEMANA SANTA

Recordando a Gabriela Mistral

Té vi clavado. El rostro bajo la luz, entero.
Yacente en el madero, de los clavos colgado.
Gajo de muerte, como si fueras demorado
cuerpo humano mortal, impío, percedero.

Parecías eso apenas. Un hombre verdadero,
no divino, sí humano. Sin espíritu. Atado
como vulgar criatura en castigo adecuado.
Cuando los hombres juzgan, Dios mismo es prisionero.

¡Hasta cuándo estarás a la intemperie! ¿Acaso
no descansan los muertos, solitarios, al raso
bajo el cielo, en la tierra, podridos hasta nada?

Nunca han sido los hombres más crueles que contigo.
¡Todavía te sostienen por siglos de los siglos
en esa cruz de sangre y sacrificio,alzada!

II

NOCHE DE JUEVES SANTO

Orión, en puro esmalte de diamante y de fuego
resplandece en la oscura noche del Jueves Santo
contra el nocturno techo. Entre su hondo encanto,
él es también un Cristo de profundo silencio

que abre el cuerpo al dibujo de las constelaciones
y a sus significados, por el número hallado.
La bestia de su lidia tiene el ojo de Urano
que le brilla rendido en el transcurso insomne.

Esa vida lejana del cielo, qué serena
desde aquí contemplada, poderosa faena
si el plenilunio abre su gran verano astral,

imponderable en límpidas vastedades aéreas,
como entraña y facetas de inalcanzable piedra
hecha por Dios y el tiempo, transparente, abisal.

III

Hiciste al hombre idéntico a tu naturaleza.
Mas, tu poder omnímodo, omnipotente, ignoto,
sólo es tuyo, oh Cristo de las carnes abiertas,
del Espíritu fuerte, Ser todopoderoso.

Señor de cielo y tierra, de aires, aguas y fuego,
de todo cuanto existe, tanto nos diste en gozo.
Sin embargo, eres tú quien riges vida y tiempo,
quien nos llama, por último, al profundo reposo.

Nada podemos. Nada le basta a la criatura
insatisfecha y torpe, asumiendo un destino
como ante cielo turbio de presagio y sorpresa,

urgida de ser libre y poderosa y pura,
dueña de la verdad, frente al amor y al sino,
segura de que el alma es por ti mismo, hecha.

1972.

A Nuestra Señora de la Luz

Cuadro del pintor Juan Pedro López,
abuelo de Andrés Bello, en Caracas.

Emerges incorpórea, cuerpo de núbil lirio
en brevísimo rasgo de azules y de blancos.
Un escorzo en la veste celestial hasta el flanco
lame el pintado infierno con inmóvil delirio.

De él asciende un mancebo sometido a martirio
en busca de tu mano intercesora, en franco
anhelo de salvarse del profundo barranco.
Tú le miras y le alzas, como a inocente cirio.

Ángeles te rodean y te imponen corona.
Y a tu Niño otro ofrece un cestillo de frutas.
Tú y el Niño, en dos abren el místico mensaje

de la pintura, a un lado y a otro lado. Patrona
pareces de los jóvenes y sus ariscas rutas,
Señora de La Luz y su alto linaje.

1972.

A Santa Teresa

Lirios morados fueron Fundaciones.
Místicas amapolas Las Moradas.
Pocos fueron caminos y posadas
para sus largas peregrinaciones.

Éxtasis y cilicios y oraciones
fueron pan, fueron agua y madrugadas,
para el fervor creador y las sagradas
órdenes del Amado y las visiones.

De soledades hizo su corona.
De celestial trabajo las espinas
ardidas en el fuego reverente.

Y cuando ya el aliento la abandona,
el Espíritu Santo la reclina
en el brazo del Dios, terrible y fuerte.

1970.

Del mar

I

Miro desde la hamaca árboles y palmeras.
Oigo crujir los ramos y las inmensas hojas.
El sol saca del aire la humedad y la aloja
entre todas las cosas y en las horas primeras.

Las palmeras ofrecen sus troncos de escaleras
de anillos sucesivos que sus gemas arrojan
en ariscos racimos, sin que nadie recoja
el apretado reto, en cerradas fronteras.

No alcanzo a tocar nada. Cierta profundo pánico
me ha inspirado siempre el vasto ser oceánico
y la naturaleza en sus más puras formas.

Porque somos distintos, sin un común lenguaje,
que es gesto en ella, vivo, absoluto y salvaje,
y en mí, criatura humana, un eco de la norma.

II

Por la lluvia de anoche, el día, húmedo, denso,
tamiza en tonos grises toda la luz celeste.
Brillan sólo las gotas en la heredad agreste
y un vaho salobre y áspero sube en el aire tenso.

Levanta la humedad su vestíbulo inmenso
en todo cuerpo vivo que a su forma se apreste.
El calor unta al cuerpo su fina oleosa veste
y el hastío prende fuego a su profundo incienso.

A la orilla del mar el gran rumor se queda
insistente y sonámbulo. La mañana se hospeda
en un ámbito abstracto de penumbra y de sal,

mientras surge a lo lejos la luz de la calina
en su traje de plumas y seda cristalina
como una transeúnte que escapara del mar.

III

En torno todo cruje. Las hojas y las ramas,
lo que cae, lo que vuela, el mar lejos, la arena.
La palma como un fósforo estrujado resuena.
Sube su fuego verde que nunca se derrama.

Parece que la vida es sólo ruido. Brama
saturado el silencio en sonora faena.
Adentro de uno mismo la sangre viva suena
junto a los pensamientos, en cordaje de flama.

No hay silencio en lo vivo. No hay silencio en la muerte.
El hombre aquieta el aire que en sí mismo es su suerte
cuando al dormir olvida sus sentidos y calla.

Ya lo inerte fue vivo movimiento en hechura.
Y cuando sirve al tacto en su ración más pura,
Dios enmudece oyendo al hombre en su batalla.

IV

Gatos baudelerianos, gatos negros y blancos,
vagabundos, famélicos, a la orilla del mar.
Entre el sol y el cangrejo sois los extraños flancos
que las especies abren de la tierra a la sal.

Raros os véis andando entre palmas y bancos
de arena, entre calina, gaviota y gavián.
Vuestro ambiente de plumas, de cojines y espantos
aquí se pierde en una paradoja vital.

La garza os contradice. Yo os encuentro sobrando
en paisaje marino donde la luz es mando,
en el que la tormenta es vuestro ojo infernal.

Mas, al veros tan fieles al mendrugo y atentos,
recuerdo la sentina de los barcos, su aliento
de pescado, que flota contra el tiempo, en el mar.

1972.

El cangrejo

Se arrastra, absurdo y limpio por la sal, en la arena
yendo y viniendo en ágil, lateral caminata.
Tiene de perla y ágata, de azul y de escarlata
su forma informe y ávida de criatura terrena.

La playa lisa y fina, su huella desordena.
Trep a la roca, al limo o un abismo remata
huyendo, y en el fondo seguro se recata.
Toda la playa ahueca. La vuelve una colmena.

Se finge muerto y junta las patas. Se reduce
a una forma de fábula; y basta que lo azuce
para que se alce en ímpetu y acometa, brutal.

Con esquirlas de nácar le hizo Dios armadura.
Y Lucifer le puso ojo y tenaza dura.
Y lo exilió Neptuno a la orilla del mar.

1972.

El salvavidas

Sentado en silla rústica como en tronco de palo
es un vivo amuleto contra viento y marea.
Mar y vientos lo tallan como a una presea
allí en un punto fijo de arenas y de escualos.

Su sombrero de fibras arriscado es un halo
encima de los ojos. Su carne centellea
bajo el salitre insomne, negra como la brea.
Blanca, de espuma sucia, su risa es un regalo.

A media pierna, azul, el pantalón suspenso.
Como un anillo extraño, salvavidas inmenso
atado atrás espera un grito del azar.

Hombre frente al peligro, réplica de Neptuno
tallado en sal y soles, su compromiso es uno:
ser un dios de la vida entre el hombre y el mar.

1972.

Dintorno

NARRACIÓN DE LA TARDE

Cuando la luz se va con el ocaso
y sobre el monte la cabeza inclina,
la tarde quema lentas golondrinas
en la pira solar de su regazo.

Nubes de leve, silencioso paso,
campos de dalias son y mandarinas.
Arde un solo fulgor en la opalina
lejanía del azul, como en un vaso.

Suelta la brisa se levanta. Apenas
se mueve el árbol. Y un color se niega
a ser color ante el nocturno acoso.

El cielo es playa de incendiada arena.
Y un caracol de luz en sí repliega
sus propias soledades, silencioso.

1970.

CABEZA DEL SILENCIO

Es un caleidoscopio. Un meteoro sonoro,
una arista, una nota tocada al infinito,
una hendidura, una espina de cristal que se quiebra,
algo mínimo inmenso, tremante enredadera.

Una cesta de hilos sonoros y revueltos
donde saltan un grillo y una cigarra juntos,
cantando. Un timbre puesto por detrás de los ojos,
sonando y reflejándose constantemente y solo.

Un soplo entre la boca, en la nariz. Un hálito
en la garganta, orquesta en musical impulso.
En las venas, el agua de la vida fluyendo.

En los huesos, la flauta pánica del sentido.
En el sentir, vigilia. En el sueño, el olvido.
En el ser, duende, ángel y campana desnuda.

1972

De la máquina y del ruido

II

Cortas el aire y suena tu demonio
a carcajada limpia contra el ángel
de la nube y la niebla, en el ultraje,
vasto, opulento, súbito Eolo.

Lúcido emerges y lo opacas todo.
Todo lo humillas en brutal alarde.
Millonario en decíbeles, cobarde
malparido del hombre, ser sónico.

Contra tu vuelo se revienta un ala
y te repliegas como resplandores
de un sol sonoro que en sus ondas crece.

Eres una saeta oscura y clara
en sombra de sonido y de furores
y en luz que en tu transcurso se estremece.

III

El agua partes, rasgo azul de acero,
y corres velocísimo y profundo,
creando mientras la cruzas, otro mundo,
pez del sonido, impávido y perfecto.

Toda la humanidad gime en tu cerco,
látigo planetario y errabundo.
Sobre ciudad y aldea eres impulso
en servidumbre de continuo asedio.

En la máquina mínima, presente
como en inmensa dimensión, actúas,
dios del siglo violento e implacable.

Has dominado al hombre con servirlo,
pareja de la máquina y parodia
de un cataclismo eterno, inacabable.

V

Piedras rodando raudas de lo alto.
Hirviente levadura de metales.
Pólvora de Satán, de minerales
luciferinos para el gran asalto.

Porque es asalto, salto, sobresalto
su estallido de impactos desiguales,
ese ají resonante, esas señales
del hombre y de la máquina, en resalto.

Furioso pavo real de pluma intacta.
Mosaico incandescente, hoguera exacta,
madrépora de luz, hongo intangible

abrasador del ámbito, guijarro
bajo una ola a rastras, despilfarro
del aire y de su paz, irredimible.

VII

En hombre te imagino, escandaloso
en todo acto, en el amor o en ira.
Los instintos ardiendo de estampía.
La razón trastornada en el acoso.

Consecuencia del número, alardoso,
posees la máquina sin cortesía.
Nada te importa tu genealogía.
En ti acaba y comienza, lujurioso.

Me pregunto si un día desapareces,
cuál ecuación te volvería silencio,
pasajero rumor, sólo un instante.

Alguien que te dijera: estás sobrando.
Y número de acero, ser terrible,
a tus propios infiernos te mandara.

1972

Palabra de honor

1962-1970

Tango

Puedo cambiar mis zapatos, comprar otra ropa,
usar zarcillos nuevos, medias nuevas cada vez
que se rompan, tener otro abanico,
otro bolígrafo y leer un libro reciente,
dejar de ver un amigo que no quiso verme más tampoco,
romper vínculos, falsos,
botar cosas, cosas, cosas
largo tiempo guardadas,
rotas simplemente,
-aún enteras imagen y recuerdo-
cambiar de casa, de médicos, de pañuelos,
no dormir, ni bañarme ni salir de vacaciones,
descubrir en otras enramadas un pájaro
por largo tiempo desaparecido
y sentir esa alegría de quien halla la belleza
sin trueque.
Puedo olvidar el sitio donde
dejé el paraguas, el sitio
del jabón, de la horquilla,
el recibo por pagar, la hora de la cena porque escribo.
Pero no puedo cambiarme el sentimiento,
el amor por quienes amo
y no me aman y apostrofo.
Este afecto por ustedes
mis amigos,
que yo llamo.

Límites de la soledad

Nada más que un medio trono fue el reinado
de aquella tiniebla.

Hasta que la luz llevó a costas su exilio
de anémonas, su estática vibración de minerales,
como si fuera solamente una gran inflorescencia
morada,
una inmensa amatista.

El otro fue de los ruidos y el agua
como tú con el beso junto al rostro
hasta la pavorosa imitación del cataclismo.
Y luego el dardo, la herida última, hasta
el otra vez vértigo, y oscuro,
su gran campana de algodón sonando
en una sola vibración, en un solo martirio
cuyo final parece alzar
a Lázaro otra vez junto al poema.

Muñeco para la magia

Extraño atavío te doy.

De titiritero.

Te cargo con todos los recuerdos de los viajes.

Aun con aquellas mariposas de cerda de caballos,

que coloco en tus sienes

para que me recuerdes,

con aquel collar de marfil que el tiempo

ha vuelto de oro como el amor,

como el sol sobre el tren por el camino.

Te atavío de memoria. Te unzo de recuerdos.

Te exorcizo con caracolas donde ya el mar

perdió su huella.

Trato de darte otra vida y de lanzarte lejos,

al propio viaje de tu vida, para que no me atormente

tu imagen de amuleto de ciudades ambulantes,

recorridas por palabras, deseos, olvidos.

Te conjuro con ramos de aroma.

Con canción de agua y sal, lejanísimas.

En los ojos te cierro mi imagen bajo un par

de rosas muertas.

En la boca, en la garganta cuya voz no oí más nunca,

en el sexo y su posible forma

te cruzo con el brillo de un alfiler perdido.

Y aun así no te vas. No me dejas.

Hasta cuándo!

Centella

Parece que hubo, hay amor.
Porque cada color
cada palabra
cada melodía
mueven como brisa la ola del alma
y sacan estrellas marinas del fondo
donde todo lo que ha ido acumulando el tiempo
a veces se desprende
con cierto júbilo brillante, palpitando,
en fulguraciones.

Anillo entero

Estamos juntos y estamos separados.

La dimensión crea el vínculo.

¿Quién que conozca la ausencia
puede decir que no sabe
algo de la muerte?

Tarde triste

Enciendo las lámparas cuando el sol
está aún en el crepúsculo.
Antes de la oscuridad hay que recordarlo.
Hacer que ellas lo repitan dividido,
compartido, repartido.
Porque volveremos a la tierra sin él,
sin el sol, tan alto
que sólo puede acompañarnos su luz
hasta el día del polvo.
Y aún así él estará sobre nosotros, arriba,
ya bajo tierra
y tierra misma
nosotros.

Los números

Abierto cuadrado en el que sólo faltan
tres horizontes para una ventana
sobre el vacío.

Absurdo

-De esta agua no beberé,
dijo el Poeta.

Y el niño, con él por el camino,
se sonrió sin entenderlo
cuando juntos hallaron
la fresca fuente.

-Toma una mariposa, le dijeron
para engañarle herida y desamparo.
Y el niño juntó en un soplo
los labios,
alzó y abrió la mano que sostenía las alas.
Y la soltó en el viento.

Reflejo

En la punta que cierra el sobre
escribo el título del poema,
dirección de esta carta.
Y la recibo inmediatamente
yo misma.

Apunte

Chicharras.

Cigarras.

El sonido resuena
en campana de árbol.

En vez de luz, sonido.

La chicharra es la llama
en la lámpara del árbol.

Conocimiento de las amapolas

Ni siquiera ala de mariposa
ni sombra de dibujo ni nervadura.

Nada.

Un polvillo rosado y negro
suelto en el sobre transparente.

Eso fue lo que quedó de aquella
amapola de las ruinas
que por primera vez tenía en mis manos.

Eso fue todo. Tan poco.

Como uno.

Nada.

Polvo.

Certidumbre

Lázaro irredento,
los amigos fueron los que sellaron sus labios.
Adentro se le fue muriendo lentamente el verbo
como un hombre interior, fuerte y bello.
Por más que acudió una y otra vez a llamarlos,
huían.
Parecían aterrados de la verdad de llaga y desamparo.
Lázaro se quedó como en desierto sin oasis.
Sólo un gran sol escocía su piel como su entraña,
a flor de aire.
Y parecía -tanto ardor-
querer quemarlo todo hasta el hueso y el polvo.
Ninguno más le habló
ni le dio puerta abierta
ni pan
ni agua.
No hubo hospedaje para noches y días,
para verano o fríos.
Se fueron poniendo lejos, en un ocaso
decretado por voluntades, no por astros,
como figuras de ajedrez movidas
por algún capataz jugador
que no era el alma.
Ahora pasea su leve sudario
entre aires rutinarios

que le alzan el propio aliento
como vuelo sometido en torno de su cuerpo,
como su cuerpo,
mientras los ojos no miran ni los oídos oyen
ni toca ni siente nada,
sino que va simplemente yendo,
en un zodiaco reverberante,
hacia el gran crepúsculo donde la noche nace.

Memoria del bosque

Esparzo aromas de pino en la estancia
para poseer mi pequeño y propio bosque,
para recordar la fragancia húmeda
de su constelación
sostenida en el verde
con respunte de lluvia,
mientras permanezco en la casa solitaria
alumbrándome apenas con estas memorias
sin diálogo, hacia adentro.

Cartas al señor tiempo

(1947-1959)

¿De quién es la leyenda? ¿De quién el poema? El Aliso. Hay un árbol con ese nombre. ¿Dónde?

Vamos sobre cielos, campos, ríos. El avión salta como una gigantesca salamandra y hace correr la pluma fuera de las líneas del papel. Tú vas conmigo, compañero de rabiosos azares, de sueños, de melancolías. Entre el viaje y el recuerdo estás presente, como la tierra ésta que miro desde tan alto, desde tan lejos y que parece una inmensa flor marchita encontrada de pronto al volver la hoja de un libro, y detrás de la cual una estampa elemental, ciega, de entraña desolada, ha de arder en llamarada caleidoscópica.

Qué largos se ven los caminos desde lo alto.

En Valera estamos ya. A la derecha del aeropuerto, la serranía se hace distante de puro azul. La soledad estalla bajo el sol cenital como un globo de sordos cristales. Al norte queda el pueblo. Al suroeste El Aliso.

-¿Por qué llaman así ese sitio?

En el camino, como en todos los caminos venezolanos, queda vagando la respuesta como una mariposa incolora.

Campos sembrados, colinas, el río.

El aire es grato. La temperatura, baja. El polvo levanta ramos opacos en la carretera. Saltan cascadas en todo el trayecto. Una somnolencia tropical recoge el ánimo bajo los párpados cerrados.

—Aquí a la derecha —¿ve?— se abre el camino en dos. Uno va hacia La Puerta, en Trujillo. El otro a Timotes.

Seguimos. Ahora está el. pequeño corazón del valle al frente atravesado por la flecha trémula del río. Alrededor, en una ronda cerrada y altísima, las grandes montañas andinas borran el horizonte. En estas tierras el horizonte es subjetivo. El hombre en el llano, centro de su abierta extensión, es la montaña. En la sierra el hombre es un árbol, nada más.

Al fondo del paisaje, pequeños retazos blancos se fijan entre los sauces. Son las casas del pueblo, distantes. Una que otra dispersa afinca su cálido secreto entre las vertientes, sobre alguna meseta o en la propia cresta altísima. El maíz levanta tímidas grímpolas verdes en el encallado y chato navío de la parcela. No-me-olvides silvestres suavizan con espigas azules la orilla gris del río. Las rocas avasallan los márgenes. A la derecha sube un camino angosto. El sauce reitera su alta, graciosa presencia con una prodigalidad maravillosa. Sube el camino. Subimos lentamente. A la derecha, el abismo. A la izquierda, dalias, calas, nardos. Aquí, frente a mí, la casa con un pórtico de bambúes, una violenta cascada que horada el umbral de tierra húmeda y un perro encadenado.

Sábado.—Son las 5 y 37 minutos de la tarde. Hay una temperatura de 18°. Estamos a 2.020 metros sobre el nivel del mar, sobre una colina que baja hasta el Motarán, estruendoso y monótono en un lecho de piedras. Escribo en uno de los bancos de la terraza de la casa “El Aliso”, entre dos cuadros limitados por sauces dentro de los que crecen nardos, gladiolas crisantemos. Al fondo, cactus, cañaverales, maizales, contenidos por una corta muralla de piedras. Pasan hombres, mujeres, niños, por el camino. A mi espalda, dormitan los perros caseros. En la inmensa, soledosa paz, la acequia suma su voz de contralto al coro monocorde del río. Todo es rumor, agreste rumor, salvaje armonía de color y de aroma.

Vengo de visitar un jardín vecino, al pie de uno de los cerros del fondo. Todas las flores que he visto o que no he visto jamás, están allí, en una gradería rocosa en cuya base dos lagunas desvelan sucios espejos abismales. Una legión de peces de color quiebra el arcoíris bajo el agua. El contorno es un apretado macizo de lirios blancos perfumadísimos, sobre el que podríamos andar, tan compacta es su verde contextura. Es tanta la quietud del agua que no puedo menos que pensar cómo se desbordaría si pudiera estallar como una cadena cristalina, pendiente ahora de la tierra, para suicidarse en el gran reloj del mar...

Jueves.—6 y 30 p.m. Hoy hubo moras en la mesa a la hora de almorzar. Oscuras de pura madurez —pequeños vasos de vino dulcísimo— apretadas en los mínimos racimos, qué gracia acre y sensual, candorosa y llena de sabiduría vegetal ofrecían sobre el blanco mantel, en la fina fuente de plata, detenida su peregrina esplendidez de rubíes y amatistas!... El agua en el vaso clarísimo, el pan del trigo montañero, las flores nuevas en los pequeños floreros redondos, el mazo de nardos ofuscante de aroma y de blancura, la legumbre recién recogida en los cuadros vecinos, qué eglógica, coincidente paz universal trascendían! ... Regresa una a su pórtico desde donde un dios pequeño señala rumbos a través de la primera edad. Recuerda, como si los hubiera poseído, todos los sueños infantiles volados en las rondas de cantos y de gritos. Vuelve a contar las horas adolescentes, como si contara niñas ciegas con túnicas verdes y rosas sin color entre las manos. Y pasa —he pasado— el puente de cristal del arco iris otra vez sobre la vida, en una invertida aventura del tiempo sobre el apacentado corazón... ...En el navío del crepúsculo los mástiles del sauce despiden el verde. La neblina reitera su fidelidad al tiempo y éste la arrastra como a cordera taciturna y esclava, encadenada a su pulso de frío...

Este gajo de moras. Estas moras. . .

Es viernes.— Son las cuatro de la mañana. Vamos a Mérida. La sombra es total. Ni cocuyos, ni luna. Las luces de la casa se reflejan sobre nosotros, en el patio y dentro de la camioneta, creando pequeños duendes escurridizos vestidos de blanco y negro.

Bajamos la cuesta de El Aliso. Salimos al camino. Vamos hacia el pueblo. El vaho húmedo, frío, del río, se suma al frío de la madrugada y maltrata la piel del rostro y de las manos. La sombra esparce su fronda blanda a los lados.

Timotes está quieto. El camión del correo sube lento y pesado. Deja los sacos de correspondencia y sigue. Detrás de nosotros marcha. La noticia la transmiten los faros encendidos. El camión asciende, asciende. Nuestros niños cantan canciones infantiles. Alguien cumple años y el happy birthday gotea su melodía pegajosa y ritual en la rosa fría de la madrugada. (¿Cuál es nuestra canción para esta oportunidad? ...).

Sobre las montañas metálicas, luces azules extienden figuras de leyenda en el cortinaje del amanecer. El camino sube, sube.

Una calle con casas blancas y puertas cerradas y una torre apuntan la fe de nacimiento de Chachopo.

Crece los tonos del alba, rojizos, grises, amarillos, azules, flotando encima de blancas nubes redondas. El agua cae a cortos trechos sobre el camino en lindas cascadas. Una, tres, cinco, veinte. . . No puede contarse el agua de las sierras. Hay una multiplicación hasta el infinito en las vertientes. Es un saludo fresco y ágil, limpio y fiel, entre la vasta presencia vegetal. Las piedras hacen tosco el lecho. Debe estar desgarrada la entraña cristalina. Pero es un cilicio sin tiempo ni medida que no afecta el leve cuerpo móvil. El mismo rizo de espumas sobre la misma piedra nos dan la prueba exacta de su eternidad. Sin embargo, cada vez es otra, como si en vez de nacer en un sitio y morir en otro, manantial y afluencia cerraran sobre sí mismos su parábola.

Las laderas de las montañas van haciéndose más desnudas frente al amanecer que ahora macera racimos y corolas en el caleidoscopio del sol. En el ángulo que forman dos picos gigantescos, la mañana suspende hasta el hombro del día una cesta de frutales luces. Sube, sube el camino. Aparece la primera nota de frailejón que, sin modestia, prodiga en adelante su presencia en todo el paisaje. A lo lejos parecen mínimas ovejas dormidas. Cerca, es rasgado cáliz de suavidad, escultura candelosa, vellón agreste, detenido surtidor de la savia, cetro y corona de una monarquía del sosiego y de la soledad.

Abajo las nubes ciñen lentos cíngulos a la serranía novicia. Y el camino tuerce su hilo paralelo al río. Y sube. Sube.

Ahora estamos cerca de los 4.000 metros de altura. Las manos acostumbradas a los climas cálidos de los valles centrales, de los llanos, de las tierras salvajes del oriente y del sur, se apergaminan y endurecen. Arden los párpados. Los labios están resecos. La tierra se torna húmeda. Las bestias pastan lentamente bajo el crecido pelo. El romerillo de flor pequeña y amarilla acompaña el felpudo capullo de los frailejones sin abrir, regándose entre ellos en casi toda la región montañosa. Una que otra espiga roja alza su antena sangrienta en los riscos. Apretados helechos en torno del manantial repiten la fábula de sus mínimas arquitecturas góticas. Los pájaros esconden su lanzadera de plumas. Sube el camino y rápidos caen los abismos como mantos de dioses perdidos, huyendo.

Lejos la cresta de la sierra muestra sus aristas. Ya la tierra no tiene la morbidez de las colinas vistas hasta ahora. Una arquitectura salvaje, erecta y aguda, vertical y desnuda, gris y definitiva, alza geométricas formas. Es un caramillo gigante hecho para el soplo de Dios. Al viento no se le oye tocarlo. Hoy se ha helado la música en su boca sacrílega. La sinfonía lunar de la nieve espera el hálito poderoso. Entre tanto, las

doncellas amarillas del sol deshojan lentamente sus altos compases de frío, y caen redondas las notas oscuras y misteriosas de las lagunas en las cuencas inmensas de la tierra, como ciegos ojos fijos.

Toda la vegetación es humilde, tirada a ras de la tierra, en el clima donde las espadas salobres del frío cortan el zumo ascendente del trópico.

Se hace pareja la carretera un tiempo. La tentación del frailejón me lleva las manos hasta su raíz húmeda y negra. Tan claro está el aire y tan limpio el páramo, que recojo una, dos, tres clases de pequeñas especies vegetales. El sol riega pálidos lirios luminosos sobre las cimas más altas. Y a la derecha, el águila simbólica marcando la cumbre altísima del Páramo de Mucuchíes, abre sus alas impertérritas. A su lado, mojadas ruinas dan fe de un intento fracasado en la vigencia de una soledad imperiosa.

Nunca vi nieve antes de ahora. ¡Está tan lejos... Recuerdo que en mi infancia soñaba conocerla. Y Niza (lindo nombre), era la ciudad anhelada. (!) Las postales de nevadas cumbres, las laderas cubiertas de narcisos en la primavera, los pinos con su tarjeta de leyenda colgada en las ramas, me la daban —entonces— perfecta. ¿Por qué no pensé en estos Andes altísimos, hermosos, míos?... Ahora los tengo más cerca, todavía lejanos en la pura nieve. Pero sé que puedo venir a verlos cuando quiera y mirarlos cien veces, con buen día o con ventisca, con sueños o sin ellos: recia, pensativa, fértil, distinta tierra nacional.

.....

El regreso es canto, sueño recuerdo. Ha sido una estupenda lección de geografía objetiva. Ya conozco el manantial de donde nacen el Motatán, el Chama, el Santo Domingo; traigo frailejón y trigos verdaderos. He sentido el alto frío andino y he adorado la nieve. La llanura, la selva y la

montaña me han dado su secreto cósmico. En la imaginación, el Orinoco riega su caleidoscopio de amenazantes cristales. Sobre mis muslos, pequeñas, livianas ovejitas de anime, niegan el balido en una caja de cartón.

Son las dos de la tarde.

Sábado 10 a. m.— El aliso es este arbusto. Cuando llegué aquí un solo árbol —ya muy viejo— allá, al otro lado de la casa. Entonces sembré éste de una rama, aquí, al frente, para justificar bien el nombre del sitio, —me ha dicho Herr Apelt.

El arbolito tiene las ramas torcidas y apenas en las puntas crecen apiñadas las hojas de leve felpa, ovaladas y blandas en su clara nervadura. La flor crece en inflorescencias. Es pequeña como un cáliz verde pálido y tiene un vago perfume a azahar. En los brazos rugosos echan raíz, parásitas oscuras, sin gracia ni flor. Cuando el viento sopla fuerte, las ramas se van con él como queriendo apresar algo. En el borde del barranco su presencia corta y retorcida que florece tímidamente, contrasta con la de los sauces verticales y elegantes, artepuristas del paisaje.

.....

Son las ocho y media de la noche de este día sábado. El día ha concluido brillante, fresco. En el corredor, bajo el farolito del ángulo iluminado, el sueño despierta. En mis rodillas reposan libros de Wilde, de Santayana, de Croce, tres pensamientos distintos, tres tiempos diferentes. No me decido por ninguno. Pienso en ti, compañero de sueños, de rabiosos afanes, de melancolías...

...Pasa el viento. Sigue quedándose el río. Los cañaverales y sus cortas lanzas estremecidas son un campo de batalla vegetal. Sobre la cima, una

que otra estrella libera su pez de luz. La niebla empieza a caer sobre el valle, raudamente. Crece el aire, sacude los árboles y una garúa finísima riega su polen de frío. Una leve claridad esponja las nubes, arriba. Y lentamente —ah, si estuviera conmigo, mirándola!— la luna cuelga su re doma de jazmines sin aroma en los tallos celestes. Aparece intacta unos segundos, rodeada de volanderas figuras grises y desaparece después en una ronda de topacio, como una mariposa a la que pulverizaran las alas. Lentas olas. Son las nubes, cercándola. Lento mar celeste, sin rumores. La orilla de la serranía es una flor de pura sombra y la luna sobre ella parece una abeja de oro disecada, inmóvil.

A través de los sauces la miro, ahora. Y vaga entre su nervadura como un peregrino corazón de azúcar, como si fuera un sueño suspendido entre las arborescencias de la sangre, como una tarjeta de anime en la cual el sol escribiera su inédita leyenda luminosa; manzana de un eterno paraíso a la que la tierra muerde en estación menguada. Al frente Orión clava su resplandor organizado en el cielo que miro desde aquí, los luceros pastorean el rebaño de la sombra y el río lleva en su corriente toda la piel de plata de los peces del mundo, desollados.

Adentro, en su habitación, Gonzalo, Leo, Felipe, Tony, Noel, Irene y Max, duermen. Son cuatro cabezas rubias y tres oscuras, con mechones rebeldes crespos en la frente, las de los varones; y con lentas, desmayadas madejas de áureo estambre la de la niña.

En el patio quedaron los puentes de ladrillos y piedras; el circo de palitos de fósforos y arena para la lucha de los bachacos rojos y las carreteras y los camiones de moderno material plástico, los cuadernos de dibujo sin concluir, el avión y su armadura desarmado. Cabalgaron hasta el mediodía ayer; estuvieron en Laguna Grande esta mañana y se bañaron en el Pozo de Las Monjas en la quebrada de Mijará, hoy. Todavía tienen las mejillas rosadas, pero están tranquilos.

En el alféizar de la ventana de mi habitación, los cofres de anime, las piedras llenas de mica recogidas en el río, las fotografías de los sitios más hermosos, las espigas de trigo cortadas en el viaje, el gran mazo de dalias y africanas, acompañan la mota del frailejón que yace, como un inocente pulpo de estambre.

Domingo 9,30 a.m.— Hace un día espléndido. El sol pule con fuego el vasto zafiro celeste. Una paz eglógica acampa en esta tierra. Apenas se mueven las hojas de los árboles en medio de una temperatura de 15 grados. Los sables de los sauces brillan, recién pulidos. Bajo la luz solar, las piedras con mica estallan en resplandores cegantes. Los caminos hierven con idéntica fervorosa lumbre. Las montañas se ven limpias, grávidas, como senos de mujeres hermosas después del alumbramiento.

Recorro los pequeños senderos que terminan en el barranco. Mañana ya no estaré aquí. Por entre las ramas del aliso, el cielo aleja su fruta azul en la rama del aire. Yo respondo acercándome a un ramo de jazmines recién abiertos en la enredadera. Es una hora de feliz abandono telúrico. La tierra parece haberse amado anoche a sí misma. Una lasitud de savia derramada esparce acres aromas en el ambiente. Y no hay vuelo de pájaro alguno rasgando este sueño, prolongado a pesar del ardiente recado del día. Toda esta fuerza natural me atraparé, como una enredadera ambiciosa, durante muchos días y durante largo tiempo. La valla fría de la ciudad cosmopolita irrumpirá con sus cien gritos diferentes en el claro, manso recuerdo, con una atolondrada presencia de niña caprichosa. Yo haré una elegía de silencio por ese recogimiento en mí misma, en el que pude oír de cerca mi corazón y alzarlo, como un racimo olvidado y dulcísimo, bajo las vides luminosas del sol.

El Aliso. Estado Mérida. Agosto de 1947.

Contenido

- 9 **NOTA DE LOS EDITORES**
- 11 **RONDA (1941)**
- 17 **VARIACIONES EN TONO DE AMOR (1943)**
- 21 **VASO DE RESPLANDOR (1943-1945)**
 (PREMIO MUNICIPAL DE POESÍA)
- 35 **LA ESPIGA AMARGA (1950)**
- 53 **CANTO AL ORINOCO (1953)**
- 93 **SONETOS NOBLES Y SENTIMENTALES (1956)**
- 107 **LA CASA POR DENTRO (1943-1965)**

- 219 POEMAS SUELTOS (1945-1965)
- 229 SONETOS A LA SOMBRA DE SOR JUANA DE LA CRUZ (1946- 1962)
- 235 LA CIUDAD INSTANTÁNEA (1964-1966)
- 269 RETRATOS Y TORMENTOS (1960-1972)
- 283 SONETERÍO (1966-1972)
- 317 PALABRA DE HONOR (1962-1970)
- 333 CARTAS AL SEÑOR TIEMPO (1947-1959)



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-215-9

Depósito legal

DC2023000913

Caracas, Venezuela, noviembre de 2023

La presente edición de
ANTOLOGÍA PERSONAL
fue realizada durante el mes
de noviembre de 2023,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Antología personal A lo largo de la poesía de Luz Machado se aprecian tanto persistencias como antípodas derivadas de su visión del mundo, su poética y ciertos sobresaltos en su vida personal. Su lírica transita entre el soneto, el verso libre y el poema en prosa. Desde los albores de su producción poética, en *Vaso de resplandor* (1946) aborda temas existenciales y de naturaleza psicológica, para sumergirse en los conflictos del ser que ponen en entredicho las certezas de la realidad. *La espiga amarga* (1950) ahonda en esa etapa metafísica con una mayor madurez. También invoca la fuerza y las maravillas de la tierra en su *Canto al Orinoco* (1953), que recoge estampas de su natal Ciudad Bolívar, donde “el miedo suelta su ancla temblorosa / en la más firme tierra”. En *La casa por dentro* (1943-1965), toma preponderancia un estilo más directo, pero que aporta la precisión de un lenguaje más vanguardista. En este poemario toma protagonismo el microcosmos que conforman los objetos de la cotidianidad, donde el yo poético resignifica con cierto halo impresionista el rol de la mujer en el hogar, como una forma de simbiosis entre el ser y las cosas.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

